HOMILIA LV (LVI)

Entonces Jesús dijo a sus discípulos: el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mt 16, 24).

ENTONCES. ¿Cuándo? Después de que Pedro había dicho: No quiera Dios que esto suceda, y había oído aquel Retírate de mí, Satanás. No le pareció suficiente a Jesús con increpar a Pedro; sino que anhelando demostrar con abundancia lo absurdo de sus palabras y la utilidad que de su Pasión se seguiría, dijo: Tú, Pedro, me dices: No quiera Dios que esto suceda; mas Yo te digo que no sólo sería dañoso para ti el impedirme padecer, aun cuando te pese mi Pasión, sino que ni siquiera podrías alcanzar tu salvación, si tú mismo no estás preparado para morir. Y para que no pensara que el padecer era indigno de Cristo, no sólo con las anteriores palabras, sino también con las que siguen, le ensena la utilidad de su Pasión.

En Juan dice: Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto. 192 Pero ahora, tratando más largamente del asunto, habla no únicamente de su acabamiento por la muerte, sino que extiende la doctrina a sus discípulos. Como si les dijera: tan grande es la ganancia de la Pasión que si vosotros no queréis morir, os será perjudicial; mas sucederá lo contrario si estáis preparados para ese bien. Así lo declara con lo que sigue. Pero ahora lo examina por un solo lado. Observa cómo impone una obligación estricta. Pues no dice: Queráis o no, es necesario que padezcáis semejante Pasión. Sino ¿qué es lo que dice? Si alguno quiere venir en pos de mí. No lo obligo; no le impongo una necesidad; lo dejo al arbitrio de cada uno. Y por esto digo: Si alguno quiere. Os invito a bienes y no a males, ni a cosas difíciles, ni a suplicios y penas, para que fuera necesario obligaros. La naturaleza misma de la cosa es suficiente para atraer. Y con decirles esto, más los animaba. Quien pone obligación, con frecuencia más bien aparta de la obra; pero quien la deja al arbitrio del oyente, más lo atrae. Puesto que más fuerza tiene la simple exposición de la empresa que no la violencia. Por eso les decía: Si alguno quiere. Como si les dijera: grandes son los bienes que os ofrezco, y tales que espontáneamente se corre hacia ellos.

A la verdad, si alguno ofreciera oro y un tesoro tal vez, no llamaría con violencia. Pues si a esas cosas se va sin violencia, mucho más se irá a los bienes celestes. Si la naturaleza misma de la cosa no te persuade a que corras a ella, ya no eres digno de recibirla; y si la recibes, no sabrás apreciar lo que recibes. Por eso Cristo no obliga, sino exhorta y es indulgente con nosotros. Y como los discípulos murmuraban mucho, comentando lo dicho y se turbaban, les dice: no es el caso de turbarse y comentar. Si creéis que lo que dije, si os aconteciere, no es fuente de bienes innumerables, yo no os obligo, no os hago violencia, solamente invito al que quiera.

No penséis que seguirme es hacer eso que ahora hacéis al seguirme. Necesitaréis de muchos trabajos y pasar por muchos peligros, si habéis de seguirme. No por haberme confesado ahora, oh Pedro, vayas a pensar que sólo te esperan coronas y que con solo pensar lo que has pensado te basta para la salvación y que en adelante has de vivir contento como si ya todo estuviera acabado. Como Hijo de Dios que soy, puedo eximirte de experimentar los males, pero por bien tuyo no quiero hacerlo, para que tú pongas algo de tu parte y- así seas mejor probado. Ningún Prefecto de juegos, cuando estima mucho a un atleta quiere coronarlo gratis, sino que anhela que éste lo gane con su propio trabajo, sobre todo porque lo estima. Así Cristo quiere que aquellos a quienes especialmente ama brillen con su propio mérito y por sola su gracia.

Advierte, además, cómo hace un discurso en nada pesado. Puesto que no circunscribe los males a solos los discípulos, sino que, extendiendo su ensenanza a todo el orbe, dice: Si alguno quiere, ya sea mujer o varón, príncipe o súbdito, quienquiera que por este camino echare. Al parecer dice una sola cosa, pero en realidad son tres: negarse a sí mismo, tomar su cruz, seguirlo. Junta dos cosas, en tanto que la otra la pone aparte. Veamos en primer lugar qué sea negarse a sí mismo. Pero ante todo qué sea negar a otro. Y así sabremos qué sea negarse a sí mismo. Quien niega a otro, ya sea su hermano o su criado u otro cualquiera, no se presenta, no lo auxilia, no se entristece, no se aflige, puesto que se trata de uno que le es extrano.

Quiere, pues, Cristo que en esa forma, es decir, en forma alguna, perdonemos a nuestro cuerpo; de modo que aun cuando lo azoten, lo empujen, lo quemen o le hagan otra cosa cualquiera no lo perdonemos. Porque esto es verdaderamente perdonarlo. Así los padres, cuando entregan sus hijos a los maestros, es cuando verdaderamente los perdonan, advirtiendo al profesor que nada les perdone a los ninos. Así, Cristo no dijo que no se perdone uno a sí mismo, sino lo que es más duro Niéguese a sí mismo. Es decir, que sea para sí como un extrano, de manera que se entregue a los peligros y certámenes, y esté en tal disposición como si fuera otro el que padeciera. No dijo simplemente negarse, sino abnegarse. Y con este pequeno aditamento da a la sentencia una gran fuerza. Porque abnegarse es mucho más que simplemente negarse.

Y tome su cruz. Es una consecuencia de lo anterior. No vayas a pensar que conviene abnegarse únicamente cuando se trate de palabras, injurias y oprobios. Por eso dice hasta dónde conviene negarse a sí mismo: es decir hasta la muerte, y muerte la más oprobiosa. Y para significarlo no dijo: niéguese a sí mismo hasta la muerte, sino tome su cruz, o sea hasta la muerte más vergonzosa; y no una ni dos veces, sino por toda la vida. Como si dijera: lleva contigo perpetuamente semejante muerte y permanece cada día dispuesto a morir. Puesto que muchos despreciaron las riquezas, los placeres, la gloria, pero no despreciaron la muerte, sino que tuvieron temor a los peligros, Yo, dice Cristo, quiero que mi atleta luche hasta la muerte y que soporte el certamen hasta derramar su sangre. De modo que conviene llevar con fortaleza la muerte, si es necesario morir, y aun la muerte más oprobiosa y execrable, y aunque sea por vanas sospechas: y en tales casos grandemente gozarse.

Y sígame. Como puede suceder que el que padece no siga a Cristo, no padece por El (así como los ladrones, los robadores de sepulcros, los hechiceros sufren y graves padecimientos), para que no creas que basta con soportar los dolores, anadió el motivo de soportarlos. ¿Cuál es? Que al sufrir todo eso, vayas en seguimiento de Cristo y por causa de El lo padezcas y así ejercites todas las virtudes. Porque eso significa: Sígame. De manera que no sólo demuestres fortaleza de ánimo en los padecimientos, sino además continencia, equidad y toda clase de virtudes. Esto es seguir a Cristo como conviene: procurar las demás virtudes y padecer por El todo. Hay quienes siguen al demonio y padecen las mismas cosas y por él aceptan la muerte; pero nosotros lo hacemos por Cristo y aun por nosotros mismos y por nuestro bien. Ellos lo hacen danándose a sí mismos aquí y en la otra vida; pero nosotros lo hacemos para lucrar ambas vidas.

Entonces ¿cómo no sería el colmo de la desidia el no tener tan gran fortaleza cuanta muestran esos que perecen, cuando vamos a recibir tantas coronas? Y eso que a nosotros nos auxilia Cristo y a ellos nadie. Por otra parte, este fue el precepto que dio Cristo a los apóstoles cuando los envió a misión, diciéndoles: No vayáis a los gentiles. Os envío como ovejas en medio de lobos. Seréis llevados a los gobernadores y reyes. 193 Pero ahora lo enunció más solemnemente y con mayor reciedumbre. Porque entonces hablaba sólo de la muerte, mientras que aquí menciona la cruz y una cruz perpetua. Puesto que dice: Tome su cruz, es decir: llévela siempre.

Tenía Cristo por costumbre poner los mandatos más importantes no al principio y como exordio de sus discursos, sino poco a poco y sin sentir, a fin de que los oyentes no se perturbaran con lo duro de las cosas. Aquí, como lo que decía parecía ser cosa difícil y molesta, observa cómo la hace fácil en lo que sigue, estableciendo premios superiores a los trabajos. Y no sólo premios, sino además castigos para los perversos. Y en los castigos se detiene más que en los premios, por que a muchos los hace prudentes más la amenaza de los castigos que los bienes del premio.

Sin embargo, advierte cómo en este pasaje comienza y acaba con lo mismo. Pues dice: El que quiera salvar su vida la perderá; y el que quiera perder su vida por mí, la hallará. Y también ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma? Y no es que no os tenga compasión, sino que, por el contrario, os compadezco cuando tal cosa ordeno. Pues quien condesciende con su hijo lo pierde, mientras que quien no le deja pasar nada, ése lo salva. Que es lo mismo que dijo el sabio: Si castigas a tu hijo con la vara, no morirá; antes librarás su alma de la muerte. 194 Y también: El que ama a su hijo tiene siempre dispuesto el azote para que al fin pueda complacerse en él. 195 Y lo mismo se hace en el ejército. Pues si el capitán, por no molestar a sus soldados los mantiene siempre en el campamento, destruye a los mismos soldados y a otros muchos.

Pues bien: a fin de que tal cosa no os acontezca, dice Jesús, os conviene estar siempre preparados para una muerte continua. Porque vendrá luego una guerra terrible. No te estés quieto en casa. Sal al campo y pelea; y si caes en la pelea, habrás encontrado la vida. Si en estas guerras sensibles y de acá, quien está pronto y preparado para la muerte, es tenido como preclaro entre los demás y como invicto y temible para los enemigos; y sin embargo, si muere no puede el general resucitarlo, el general por quien pelea, mucho más en las batallas espirituales en que se tiene la esperanza de la resurrección, quien exponga a la muerte su vida, la encontrará: desde luego porque no será vencido prontamente; y además, porque, aun estando postrado lleva su alma una vida mejor.

Luego pues había dicho: Quien quiera salvar su alma la perderá y quien la pierda la salvará; y en ambos casos habló de la salud y de la perdición, para que nadie piense que aquella perdición y esta otra, ni aquella salud ni esta otra son iguales, sino que vea con claridad que hay tan gran diferencia entre aquella y esta salud cuanta hay entre aquella y esta perdición, la demuestra mediante los contrarios diciendo: Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma??Observas cómo la salvación que se logra fuera de lo conveniente es perdición, y perdición la peor de todas, como que ya no tiene remedio, pues nada hay que pueda redimirla? Como si dijera Cristo: No pienses que quien así guarda su alma, evadiendo los peligros, la ha salvado; anádele si quieres que ha guardado todo el orbe y lo ha ganado. Porque ¿qué ganancia saca de todo eso, si ha perdido su alma? Si vieras tú a tus criados en delicias mientras tú estás entre males extremos ¿pensarías que por ser Señor de ellos tú algo lograbas? ¡De ningún modo! Pues piensa así respecto de tu alma cuando mientras tu carne vive entre delicias y riquezas a ella le espera la muerte futura. ¿Qué dará el hombre a cambio de su alma? Insiste en lo mismo. Como si dijera: ¿tienes acaso otra alma que des a cambio de la tuya? Si pierdes tus riquezas, las puedes suplir con otras; y lo mismo si pierdes tu casa o tus esclavos u otra cualquiera posesión que tengas. Pero si pierdes tu alma no podrás dar otra. Aun cuando poseas el mundo y seas rey del universo; aunque pongas en la balanza todas las cosas del orbe y al orbe mismo íntegro, no puedes redimir una sola alma.

Pero ¿es acaso admirable que así suceda respecto del alma, cuando aun en las corporales cosas lo mismo se puede observar? Aun cuando estés con mil diademas coronado, si tu cuerpo estuviere enfermo de una dolencia incurable, no lograrías, ni aun dando de regalo todo el reino, alcanzar la salud; y esto aun cuando anadieras otros muchos cuerpos y ciudades y riquezas. Pues piensa lo mismo acerca de tu alma; y con mayor razón tratándose del alma. Dejando, pues, todo lo demás, ocúpate de ella con todas tus fuerzas. No te preocupes de las cosas de los demás con descuido de ti mismo y de tus intereses, cosa que ahora todos hacen, pareciéndose a los que trabajan en las minas que ninguna utilidad ni riqueza sacan de semejante trabajo, sino muy grave daño, pues en vano se exponen a los peligros en bien de otros, sin obtener para sí ganancia de los sudores y aun de la muerte que muchas veces les acontece. Y actualmente tienen éstos muchos imitadores que andan en busca de riquezas para otros. Y hasta son más miserables que los dichos mineros, pues al fin de sus muchos trabajos les espera la gehenna. A los mineros la muerte les acarrea el término de sus sudores, pero a los otros les resulta el comienzo de sus padecimientos.

Y si dices que tú, siendo rico ya disfrutas de tus trabajos, muéstrame la alegría y gozo de tu alma y entonces te lo creeré. El alma es lo principal de todo lo que poseemos; y si el cuerpo engorda mientras ella enferma, de nada te sirve toda tu abundancia. Pues así como cuando la esclava se goza, su gozo de nada sirve a su ama que está moribunda, y así como en nada ayuda el ornato de los vestidos al cuerpo enfermo, así tampoco la riqueza al alma; sino que de nuevo te repetirá Cristo ¿Qué podrá dar el hombre a cambio de su alma? y continuamente ordenará que te ocupes en salvarla y que de sólo eso tengas cuidado.

Una vez que con tales palabras ha puesto terror, consuela a sus discípulos con estas otras: Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras. ¿Observas desde luego cómo una misma es la gloria del Padre y del Hijo? Pero si la gloria es una y la misma, queda claro que también la substancia es una. Pues si en una substancia la gloria es diferente, corno dice Pablo que una es la gloria y resplandor del sol, y otra la de la luna y otra la de las estrellas y una estrella difiere de otra en claridad, siendo ellas de la misma substancia, 196 ¿cómo podría creerse que aquellos cuya gloria es una tengan una substancia diferente? Porque no dijo Cristo: en una gloria como la del Padre, para que por aquí tú sospecharas una diferencia de substancia; sino que con todo cuidado dice que vendrá en la mismísima gloria del Padre, de manera que creamos que es una y la misma de ambos. Entonces, oh Pedro ¿por qué temes la muerte cuando de ella oyes hablar? Porque en aquel día me verás en la gloria del Padre. Y si yo estaré en la gloria también vosotros estaréis en la gloria. Porque vuestras cosas no están circunscritas a los límites de la vida presente, sino que os espera una suerte mejor.

Pero Cristo, tras de anunciar esos bienes, no se detuvo ahí, sino que aun en esto mezcló cosas terribles y trajo a la memoria el juicio y la cuenta inevitable y la sentencia sin acepción de personas y el juez que no se engana. Mas no permitió que su discurso fuera solamente de cosas tristes, sino que mezcló con ellas la buena esperanza. Porque no dijo: entonces castigará a los pecadores, sino: Entonces dará a cada uno según sus obras. Y lo dijo no únicamente para recordar el castigo a los pecadores, sino también las coronas y premios a los buenos. De manera que dijo esto para alegrar y confortar a los buenos. Sin embargo, yo, cuando oigo esto, siempre me lleno de terror, pues no pertenezco al número de los que serán coronados; y pienso que hay también otros que comparten conmigo semejantes angustias y terrores. Pero ¿a quién no atemorizarán estas cosas si entran en su conciencia? ¿a quién no pondrán miedo, hasta persuadirlo de que necesitamos vestirnos de saco y cilicio, mucho más que el pueblo de los ninivitas? Puesto que no se nos habla de la destrucción de la ciudad ni de una común desgracia, sino del eterno suplicio y del fuego que jamás se extingue.

Por este motivo yo alabo y admiro a los monjes que viven en el desierto: es decir, además de otras causas, también por estas palabras. Porque los monjes, después de la comida, mejor dicho después de la cena, pues no conocen la comida, pues saben que el tiempo presente es de luto y de ayuno, en una palabra, después de la cena, cuando dan gracias a Dios, repiten la dicha sentencia. Y si queréis oír el himno que cantan, para que también vosotros lo recitéis con frecuencia, os repetiré su íntegro canto, que es como sigue: Bendito seas, oh Dios, que me alimentas desde mi juventud y das alimento a toda carne. Llena de gozo y alegría nuestro corazón a fin de que teniendo siempre suficiencia de todas las cosas, abundemos en toda buena obra en Cristo Jesús, Señor nuestro, a quien contigo sea la gloria, el honor y el poder, juntamente con el Espíritu Santo, por todos los siglos. Amén. 197 Gloria a ti, oh Señor. Gloria a ti, oh Santo. Gloria a ti, oh Rey que nos has concedido el alimento en alegría. Llénanos del Espíritu Santo, para que seamos aceptos en tu presencia y no quedemos avergonzados el día en que darás a cada uno según sus obras.

Semejante himno debe causar admiración todo él, pero sobre todo su final. Puesto que la mesa y los alimentos hacen pesados y disolutos, semejante sentencia la pusieron los monjes corno un freno del alma en ese tiempo de esparcimiento, trayendo así a la memoria el día del juicio. Lo aprendieron sin duda de lo que sucedió a los hijos de Israel, tras de la mesa aquella bien abastecida: Comió y engordó y dio coces el amado. 198 Por lo cual dijo Moisés: ¿Cuando hayas comido y bebido y estés harto acuérdate del Señor tu Dios? 199. Porque tras de comer se atrevieron a lo más inicuo. Cuídate, pues, tú de que no te suceda lo mismo. Pues aun cuando no inmoles a dioses de piedra y oro ovejas y terneros, guárdate de inmolar tu alma a la ira ni tu salud a la fornicación y a otras semejantes enfermedades del alma.

Temerosos los monjes de semejante precipicio, también por esto, en terminando su comida, o mejor dicho su ayuno -ya que su mesa es un ayuno continuo-, traen a la memoria aquel día tremendo y aquel juicio. Pues si ellos que continuamente se atormentan con saco, los ayunos, el dormir en el suelo y otras innumerables formas de penitencia, sin embargo, necesitan de semejante amonestación ¿cuándo podremos nosotros vivir con moderación, siendo así que colmamos nuestras mesas con infinitas ocasiones de naufragio espiritual, y ni al principio ni al fin hacemos oración? Pues bien: para quitarnos esas ocasiones de naufragio, tomemos de nuevo ese himno y expliquémoslo por sus partes a fin de que cayendo en la cuenta del gran fruto que nos reporta, con frecuencia lo entonemos en la mesa y así reprimamos los asaltos del vientre y metamos en el hogar las costumbres y prácticas de los ángeles. Habría sido lo conveniente que vosotros, usándolo ya desde antes, hubierais sacado ya ese fruto. Pero, pues no lo anheláis, a lo menos oíd de nuestra boca esa melodía espiritual; y que cada cual, una vez terminada la comida, dé gracias comenzando de esta manera:!Bendito Dios! Así cumpliréis desde luego con la ley apostólica en que se nos manda: Y todo cuanto hacéis de palabra y de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por él. 200 Y luego, para que la acción de gracias no sea solamente para ese día, sino de toda la vida, se dice: Que me alimentas desde mi juventud.

También aquí hay una ensenanza para la virtud. Pues quien es alimentado por Dios no debe andar solícito. Si tú, prometiéndote el rey darte el cotidiano alimento de su propia despensa, vivirías del todo confiado, mucho más debes estarlo pues es Dios quien te lo da y de El te viene todo como de una fuente: debes pues estar en absoluto libre de toda solicitud. Los monjes lo cantan para dejar ellos toda solicitud e inducir a lo mismo a sus discípulos. Y para que no creas que sólo por sí mismos dan esas acciones de gracias, anaden: Que da alimento a toda carne. Así dan gracias por el orbe entero; y como padres de todo el universo, alaban a Dios en lugar de todos y se incitan a la verdadera fraternidad. Puesto que no pueden aborrecer a aquellos por quienes dan gracias a Dios por el alimento que les ha proporcionado. ¿Observas la caridad introducida mediante la acción de gracias, que quita todo cuidado del siglo, tanto por lo que precede como por lo que sigue? Pues si da Dios alimento a toda carne, mucho más lo dará a quienes le están adheridos. Si a quienes andan envueltos en los cuidados del siglo alimenta, mucho más lo hará con los que están libres de tales cuidados.

Cristo confirma esto cuando dice: Vosotros valéis más que muchos pájaros. 201 Con semejantes palabras nos ensena que no hay que poner la confianza en las riquezas, ni en la tierra, ni en las simientes; porque no son ellas las que nos nutren, sino la palabra de Dios. Palabras son éstas con que se refuta a los maniqueos y valentinianos y a los que piensan como ellos. Porque no puede ser un Dios malo el que a todos, aun a los que de él blasfeman, les da bienes. Sigue luego la petición: Llena de gozo y alegría nuestros corazones. ¿De qué gozo habla? ¿acaso del secular? ¡No, de ninguna manera! Si semejante gozo quisieran los monjes, no habitarían las cumbres de las montanas ni los desiertos, ni se vestirían del saco de penitencia. Hablan de otro gozo que nada tiene de común con el de la vida presente, sino del gozo de los ángeles, del gozo de allá arriba. Y no lo piden así simplemente, sino con abundancia. Pues no dicen daños, sino: llena. Ni dicen a nosotros, sino: a nuestros corazones. Porque este gozo lo es sobre todo del corazón. Pues los frutos del Espíritu son caridad, gozo, paz. 202 Y porque el pecado introdujo en el mundo la tristeza, piden que mediante el gozo entre en ellos la justicia, pues de otro modo no se engendraría en ellos el gozo. Para que teniendo siempre suficiencia de todo, abundemos en buenas obras. Mira cumplida aquí aquella sentencia del evangelio. Daños hoy nuestro pan de cada día. 203 Y buscan que se cumpla el efecto de su petición en vista de los bienes espirituales, pues dicen: para que abundemos en toda buena obra. No dicen para hacer sólo lo que debemos, sino aun mucho más de lo que ordenan los preceptos. Porque esto quiere decir lo de abundemos. Piden a Dios lo suficiente en las cosas necesarias; pero en cambio ellos no quieren obedecer en sólo lo que es suficiente, sino en todo con sobreabundancia. Esto es lo propio de los hombres de recto corazón, esto es lo propio de hombres dados a la virtud: obedecer en todo y siempre con plena generosidad.

Y luego, recordando su debilidad y confesando que sin el auxilio de lo alto nada perfecto pueden llevar a cabo, una vez que dijeron: Para que abundemos en toda buena obra, anaden: En Cristo Jesús, Señor nuestro, a quien contigo sea la gloria, el honor, y el poder por todos los siglos. Amén. Ponen fin, como dieron principio, con la acción de gracias. Después, parece como si comenzaran de nuevo, pero continúan con el mismo discurso. Así lo hace Pablo al principio de su carta, como si terminara con la glorificación de Dios, diciendo: Por voluntad de Dios y Padre nuestro a quien sea la gloria por los siglos. Amén. 204 Y luego introduce la materia de que va a tratar. Y también en otra parte: Y adoraron y sirvieron a las criaturas en lugar del Creador, que es bendito por los siglos. Amén. 205 Pero no termina aquí su discurso, sino que sigue adelante. De manera que no acusemos pues a estos ángeles como si obraran mal cuando, una vez que han terminado con la glorificación, de nuevo comienzan un himno sagrado. No hacen sino seguir las tradiciones apostólicas al comenzar con la glorificación y terminar con ella y comenzar en seguida un himno nuevo.

Por esto dicen:!Gloria a ti, oh Señor! ¡Gloria a ti, oh Santo! ¡Gloria a ti, oh Rey que nos has dado el alimento con alegría. Porque es necesario dar gracias no únicamente por los beneficios grandes sino también por los pequenos. Y dan gracias por éstos para poner en vergüenza a los maniqueos y a todos los que aseguran que esta vida es mala. Porque no vayas a pensar que quienes se ejercitan en lo más alto de la virtud y desprecian el vientre, abominan de los alimentos, a la manera de los que a sí mismos se estrangulan; sino que te persuaden con sus oraciones suplicantes que de muchas cosas se abstienen, no porque aborrezcan a las criaturas de Dios, sino por ejercicio de virtud.

Observa, además, cómo tras de dar gracias por el alimento que se les ha concedido, piden cosas mayores y no se detienen en las del siglo, sino que traspasan los cielos y dicen: Llénanos del Espíritu Santo. Porque nadie puede proceder en modo preclaro, si no está lleno de esa gracia; así como no puede llevar a cabo nadie nada generoso y grande, si no disfruta de la gracia de Cristo. En consecuencia, así como una vez que dijeron: para que abundemos en toda buena obra, anadieron: en Cristo Jesús, así ahora, tras de decir: Llénanos del Espíritu Santo, anaden: para que seamos aceptos en tu presencia. ¿Observas cómo nada piden de las cosas de la tierra, tocantes a la vida presente, sino que por éstas tan sólo dan gracias, y en cambio acerca de las cosas espirituales no sólo dan gracias sino que anaden las súplicas? Porque dijo Cristo: Buscad primero el reino de los cielos y lo demás se os dará por anadidura. 206 Considera, además, otra virtud de los monjes. Pues dicen: Para que seamos aceptos en tu presencia y no seamos avergonzados. Porque no nos preocupamos de que algunos todo eso lo juzguen en desdoro nuestro; porque ni siquiera advertimos 1o que los hombres burlando o reprendiendo dicen de nosotros, sino que una sola cosa anhelamos: que no seamos confundidos en el último día. Y después de eso traen a la memoria el río de fuego y los premios y recompensas. Y no dicen: para que no seamos castigados, sino para que no seamos confundidos, porque para nosotros esto es más terrible que la gehenna: el aparecer como ofensores de Dios. Pero como a muchos de los más ignorantes esto no suele aterrorizarlos, anaden: Cuando des a cada uno según sus obras.

?Observas en qué forma y cuánto nos ayudan esos ciudadaños del desierto, extranos y peregrinos, o mejor dicho, ciudadaños del cielo? Nosotros acá somos peregrinos y extranos del cielo y ciudadaños de la tierra; pero ellos al contrario. Y terminado ese himno, penetrados de compunción y derramando abundantes y fervorosas lágrimas, van a tomar el sueno; y no duermen sino tanto cuanto es necesario para un pequeno descanso. De las noches hacen días y pasan su vida en acciones de gracias y en el canto de los salmos. Ni sólo lo hacen los varones, sino también las mujeres que ejercitan ese mismo modo de vivir, superando su natural debilidad con la grandeza de su animo.

Avergoncémonos nosotros, los varones, al ver en ellas tan gran contingencia; y dejemos ya de impresionarnos con la codicia de las cosas presentes, que no son sino sombra, humo, sueno. Porque la mayor parte de nuestra vida parece carecer de sentido. La edad primera redunda en estulticia; la que ya se inclina a la ancianidad, embota nuestros sentidos. El tiempo intermedio es corto y en él gozamos de los deleites. Más aún: ni siquiera en este corto tiempo intermedio gozamos como se debe del placer, pues se interponen infinitos cuidados y trabajos que lo destruyen.

Os ruego, en consecuencia, que busquemos los bienes perdurables y eternos y aquella vida exenta de ancianidad. Porque también el que habita en la ciudad puede imitar la virtud de los monjes. Puede, aunque tenga mujer y viva en su casa, orar, ayunar, dolerse. Los primeros discípulos de los apóstoles vivían en ciudades y mostraban la misma piedad que quienes luego se retiraron al desierto; y aun otros que presidían oficinas como Priscila y Aquila. También los profetas tenían esposa y casa, como Isaías, Ezequiel, el gran Moisés. Pero eso en nada les impidió el ejercicio de la virtud. Pues también nosotros, imitando a éstos, demos continuas gracias a Dios, celebrémoslo con himnos continuos, cultivemos la continencia y las demás virtudes, y traigamos a la ciudad ese ejercitar las virtudes que florece en los montes, para que seamos aceptos ante Dios y aparezcamos como hombres honorables y alcancemos los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, el honor y el poder, juntamente con el Espíritu Santo y vivificante, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LVI (LVII)

En verdad, en verdad os digo que hay algunos entre los presentes que no gustarán la muerte antes de haber visto al Hijo del Hombre venir en su reino (Mt 16, 28).

PUES HABÍA hablado muchas cosas acerca de los peligros, de la muerte, de su Pasión y aun de la matanza de sus discípulos, y les había dado preceptos difíciles, cosas todas realizables en la vida presente y que estaban como quien dice entre las manos de ellos, mientras que los otros bienes estaban en esperanza y expectación -como era aquello de que quienes pierden su alma la salvarán y que El vendría en la gloria de su Padre, y repartiría los premios-, queriendo certificarlos de vista y manifestarles lo que sería aquella gloria en que había de venir, en cuanto ellos podían entenderla, ya desde esta vida quiso hacerla manifiesta y revelarla, a fin de que no se dolieran ni de la muerte de ellos ni de la muerte de su Señor; en especial Pedro, que se esforzaba en aceptarlo.

Observa, pues, lo que hace, una vez que les habló de la gehenna y del reino. Habiendo dicho: Quien ama su alma la pierde; pero el que aborrece su alma por mí la encontrará; 207 y también: Dará a cada uno conforme a sus obras, 208 explicó luego esto. Habiendo tratado de ambas cosas, luego deja ver su reino pero no la gehenna. ¿Por qué? Porque eso habría sido necesario en el caso de que hubiera habido ahí almas más ignorantes; mas como los oyentes eran varones buenos y probos, los confirma por el lado de los bienes. Pero no fue este el único motivo de semejante determinación, sino también porque era lo que a él más le convenía. Sin embargo, tampoco omitió el otro aspecto, sino que con frecuencia puso como delante de los ojos lo referente a la gehenna. Así, cuando narró la parábola del pobre Lázaro y cuando hizo mención del que exigía los cien denarios y también trajo a la memoria al que entró a la sala del convite sin el traje de bodas, sino con sórdidas vestiduras; y en otros muchos pasajes.

Seis días después tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan. Otro evangelista dice: Ocho días después; 209 pero no contradice a éste, sino que bellamente con él concuerda. Porque uno cuenta el día en que Jesús hablaba y también el otro en que los sacó aparte; mientras que el otro evangelista cuenta solamente los días intermedios. Quiero que consideres cómo ejercita Mateo la virtud, pues no calla a los que fueron antepuestos. Lo mismo hace Juan con frecuencia, cuando cuidadosamente apunta las alabanzas a Pedro. Este coro de los santos apóstoles siempre estuvo vacío de envidias. Habiendo, pues, tomado a los corifeos, los llevó aparte a un monte alto. Y se transfiguró ante ellos. Brilló su rostro como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve. Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con El. ¿Por qué a solos ellos tomó? Porque eran más excelentes que los otros. Pedro sobresalía porque amaba sobremanera a Cristo; Juan porque era el muy amado; Santiago por la respuesta que dio juntamente con su hermano cuando dijo: Podemos beber el cáliz. 210 Y no sólo por la dicha respuesta, sino además por sus obras, tanto otras como la de cumplir lo que le habían dicho. Porque más tarde apareció ante los judíos tan vehemente y eficaz que Herodes creyó hacerles un excelente regalo con mandarlo matar.

?Por qué no los llevó consigo desde luego y al punto? Para que los otros discípulos no lo llevaran a mal. Por igual motivo, ni siquiera les indicó los nombres de los que iban a subir con El al monte. Sin duda que los demás habrían también deseado con vehemencia subir con Cristo para contemplar tan inmensa gloria y se habrían dolido de que se les dejara a un lado. Pues aun cuando la visión fuera corporalmente, pero habríales despertado grandes deseos. Y ¿por qué lo predijo? Para que estuvieran más preparados y sobre aviso acerca de la visión, mediante ese previo aviso; y ardieran en deseos de verlo, encendidos con la espera de esos días y de este modo se acercaran a ella vigilantes y solícitos. Y ¿por qué trae ahora a Moisés y a Elías? Muchos motivos podrían aducirse. Y el primero es que las turbas decían que El era Elías, otros que jeremías, otros que alguno de los profetas. Trae, pues, consigo a los que parecían ser los principales, para que con esto se viera la enorme diferencia que había entre el Señor y los siervos; y así mejor se viera que justamente Pedro había sido alabado por haberlo confesado Hijo de Dios.

Hay otro motivo. El de que frecuentemente se le acusara como trasgresor de la Ley y que se le tuviera como blasfemo, porque vindicaba para sí la gloria del Padre, que en nada le correspondía. Pues decían: No puede venir de Dios este hombre, pues no guarda el sábado. 211 Y también: Por ninguna buena obra te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios. 212 Ahora bien: con la visión de aquellos dos quedaba manifiesto que ambas acusaciones provenían de envidia y que de ambas era inocente; y que no había traspasado la Ley ni había vindicado para sí una gloria que no le perteneciera, al llamarse igual al Padre. Por eso trae consigo a los que más en esto se habían distinguido. Moisés había dado la Ley; y bien podían pensar los judíos que Moisés no habría tolerado de buena gana que ella fuera conculcada, según ellos creían, ni que rindiera homenaje a un enemigo de la Ley que él había promulgado. En cuanto a Elías, que estaba lleno de celo por la gloria de Dios, en el caso de que Jesús fuera un adversario de Dios y que falsamente se llamara igual al Padre, jamás ese profeta le prestaría honores.

Además de las dichas, hay también otra causa. ¿Cuál? Para que entendieran que Cristo tenía potestad sobre la vida y la muerte e imperaba en cielos y tierra. Por eso hace presente a uno que ya había muerto y a otro que aún no había muerto. El quinto motivo -pues de verdad es el quinto- lo pone el evangelista. ¿Cuál es? Para manifestar la gloria de la cruz y consolar así a Pedro y a los otros que temían la sagrada Pasión y levantarles el ánimo. Pues los profetas, en cuanto llegaron ahí, no permanecieron callados, sino que trataban de la partida de Cristo que debía cumplirse en Jerusalén, es decir, de su Pasión y muerte de cruz, pues así la llaman siempre. Ni sólo por este camino les levanta el ánimo, sino también con la virtud de ambos varones, virtud que sobre todo quería Jesús que floreciera en sus discípulos.

Y pues había dicho: Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame, trae consigo a los profetas que por cumplir la voluntad de Dios y en favor del pueblo que se les había encomendado, habían sufrido mil muertes. Porque ambos perdieron su alma y la encontraron. Ambos con libertad y constancia se opusieron al tirano: Moisés en Egipto; Elías contra Acab; y ambos en favor de hombres mal agradecidos y desobedientes. Aquellos mismos' por cuya salvación se desvelaban, los pusieron en extremo peligro, pues querían apartarlos de la idolatría. Ambos eran gente privada y particular. Moisés además tartamudo y de voz débil. Elías se presentaba como un rústico. Ambos eran en extremo pobres, pues ni Moisés poseía algo, ni Elías, que sólo tenía su túnica de piel de camello. Y todo esto en la Ley Antigua, sin haber recibido la gracia de hacer tan gran cantidad de milagros.

Pues aun cuando Moisés dividió el mar, pero Pedro anduvo sobre las aguas y podía transportar las montanas y curaba toda clase de enfermedades y echaba los demonios feroces; y tan estupendos prodigios los realizaba con sólo la sombra de su cuerpo, y así convirtió a todo el orbe. Y si Elías resucitó a un muerto, los apóstoles resucitaron a muchos en número incontable, aun antes de recibir el Espíritu Santo. Por tal motivo, pues, los trajo a escena. Porque quería que sus discípulos imitaran su celo en atraer al pueblo, lo mismo que su constancia y su fortaleza; y que estuvieran llenos de mansedumbre, como Moisés lo estuvo, y de celo como Elías; y que fueran igualmente solícitos. Pues Elías sufrió por el pueblo judío tres anos de hambre; y Moisés decía: Perdónales su pecado o bórrame de tu libro, del que tienes escrito 213 Todo esto les traía a la memoria mediante aquella visión. Y los presentó en aquella gloria no para que ahí se detuvieran, sino que pasaran más allá de los límites de la palestra. De modo que cuando después dijeron: Digamos que baje fuego del cielo, 214 se acordaron de que así lo había hecho Elías; y él hubo de decirles: No sabéis de qué espíritu sois. Así los exhortó a olvidar las injurias, diferenciando los carismas. Pero no pienses que condenamos a Elías como imperfecto. No decimos eso. Por el contrario, era perfectísimo. Sino que en aquellos tiempos, cuando la mentalidad de los hombres era aún un tanto infantil, se necesitaba aquel modo de ensenanza. Y Moisés a su vez tenía también ese género de perfección. Pero a los apóstoles se les exigió más. Pues dijo Cristo: Si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. 215 Y fue porque ellos habían de entrar, no a Egipto, sino a todo el orbe, que se hallaba en peores condiciones que Egipto; y no iban a dialogar con un Faraón, sino a luchar con el demonio, tirano perversísimo.

Su empresa era atarlo y arrebatarle todos sus haberes; y la llevaron a cabo no dividiendo los mares, sino secando el abismo de la maldad mediante la vara de Jesé, abismo agitado de muy peores oleajes. Considera cuántas y cuán graves cosas se presentaban para inspirarles terror: muertes, pobrezas, infamias, males infinitos; y todo eso lo temían más que otrora los judíos al Mar Rojo. Y sin embargo, Cristo los persuadió a que confiadamente acometieran por todo; y así con gran seguridad atravesaron por en medio, como por tierra seca. De modo que para excitarlos a semejante empresa trajo a escena a los varones dichos, que en el Antiguo Testamento brillaron.

?Qué hizo entonces el fervoroso Pedro? Dijo: ¡Qué bien estamos aquí! Como había oído que Cristo iría a Jerusalén y allá padecería, todavía temblando y temeroso, tras de la increpación aquella, ya no se atreve a acercarse y decirle: No quiera Dios, Señor, que esto suceda; pero todavía sobrecogido de temor, viene a decirle lo mismo con otras palabras. Veía aquel monte, aquella vasta soledad, y pensaba que en aquel sitio había una seguridad plena; y no sólo por razón del lugar, sino porque ansía así apartarlo de ir a Jerusalén, otra vez; y quería que perpetuamente permaneciera ahí. Por eso habló de las tiendas de campana.

Como si dijera: si esto se acepta, ya no tornaremos allá; y si no tornamos allá, no morirá El en Jerusalén. Pensaba que allá los escribas lo acometerían. Pero no se atrevió a decirlo claro. Mas tratando de conseguirlo se expresaba con toda seguridad y decía:!Qué bien estamos aquí! en donde se hallan presentes Moisés y Elías: Elías, que ordenó bajar fuego del cielo a la montana, y Moisés, que entrado en la oscuridad habló con Dios. Y nadie sabrá en dónde nos encontramos. ¿Has visto el amor a Cristo harto fervoroso? No investigues si era prudente, si era oportuno aquel modo de exhortar; sino fíjate en cuán ferviente y cuán encendido es ese amor. Y que al decir lo que decía no temblaba únicamente por sí mismo, se ve por lo que dice cuando Cristo les anunció de antemano que se le preparaban asechanzas y la muerte. Óyelo: Aunque fuera preciso morir contigo, jamás te negaré 216 Advierte cómo, puesto en mitad de los peligros, cuida poco de su vida; pues rodeado de tan gran muchedumbre, no sólo no huye, sino que desenvaina su cuchillo y corta la oreja a Malco, siervo del pontífice. Hasta tal punto se desentendía de sus propios intereses y temblaba por los de su Maestro.

Tras de aquella proposición tan absoluta, recapacita; y, temeroso de que de nuevo se le increpe, dice: Si quieres haré ; 217 aquí tres tiendas: una para ti, una para Moisés y otra para Elías. ¿Qué dices, oh Pedro? ¿Acaso no lo diferenciaste hace poco de los siervos? ¿Por qué ahora lo cuentas entre los siervos? ¿Adviertes cuán imperfectos eran los discípulos antes de la cruz? Cierto que el Padre le había hecho una revelación; pero esa revelación se le fue pronto de la memoria, perturbado no únicamente por el temor que ya dije sino por el otro que de la visión le había sobrevenido. Significando esto los otros evangelistas, es decir la confusión de la mente que sufría Pedro al hablar así, aclaran que esto le sucedió a causa del pavor. Porque Marcos dice: No sabía lo que decía. Porque estaban aterrados. 218 Y Lucas, habiendo referido lo de: Hagamos tres tiendas, al punto anadió: Sin saber lo que decía 219 Y luego, significando que Pedro y los otros estaban llenos de temor, dice: Estaban cargados de sueno. Al despertar vieron su gloria. Llama sueno al adormecimiento que les aconteció con aquella visión. Pues así como los ojos con un fulgor excesivo quedan entenebrecidos, así les aconteció a ellos. Pues ahí no había noche sino día, y el brillo de la irradiación hería los ojos débiles.

Y ¿qué sucedió? El no habla. Tampoco Moisés, tampoco Elías. Habla aquel que es mayor que todos y más digno de fe. El Padre deja oír su voz desde la nube. ¿Por qué desde la nube? Porque siempre se presenta así. Dice David: Hay en torno de El nube y oscuridad. 220 Y también: Haces de las nubes tu carro. 221 Y luego: Montado sobre ligera nube. 222 Y: Una nube lo arrebató a sus ojos. 223 Y además: Vi venir sobre las nubes del cielo a uno como hilo de hombre. 224 De modo que para que crean que la voz viene de Dios, sale de la nube; y la nube era lúcida. Pues dice el evangelista que: Aún estaba Pedro hablando cuando los cubrió una nube resplandeciente. Y salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias. Escuchadlo.

Cuando Dios amenaza se muestra en una nube tenebrosa, como en el Sinaí. Pues dice la Escritura: Moisés penetró dentro de la nube y en la tiniebla, y el humo subía como un vapor. 225 Y el profeta, hablando de las amenazas de Dios, dice: Hizo de las tinieblas un velo, oscuridad acuosa, densas nubes. 226 Pero aquí, como no intentaba aterrorizar, sino ensenar, la nube es lúcida. Pedro decía: Hagamos tres tabernáculos; pero Cristo le manifestó un tabernáculo no hecho por mano de hombres. Por eso en el Sinaí había humo y vapor de horno; acá en cambio hay inefable luz y voz. Y luego, para manifestar que no se hablaba simplemente de uno de los tres, sino solamente de Cristo, cuando llegó la voz los otros dos ya habían desaparecido. Si de uno de ellos cualquiera se hubiera hablado, no habría permanecido Cristo solo, idos ya los otros.

?Por qué la nube no cubrió únicamente a Cristo, sino a todos juntamente? Si hubiera envuelto únicamente a Cristo, se habría podido pensar que la voz era de Cristo Por lo cual el evangelio, para confirmar en que no era voz de Cristo, anadió haber ella procedido del seno de la nube o sea de Dios. Y ¿qué dijo la voz? Este es mi Hijo amado. Si es amado, no temas, oh Pedro. Convenía que ya conocieras su virtud y su poder y que estuvieras seguro de su resurrección. Pero como aún lo ignoras, ten más confianza, a lo menos por la voz del Padre. Pues si Dios es poderoso, como de verdad lo es, también el Hijo lo es del mismo modo. En consecuencia, no temas los males. Y si aún no accedes a esto, piensa a lo menos que Cristo es el Hijo y que es amado. Pues dice el Padre: Este es mi Hijo amado. Si es amado, no temas, puesto que nadie rechaza al que ama. No te turbes, pues aunque mucho ames, no amas a Cristo más que su Padre lo ama.

En el cual me he complacido. Y lo ama no sólo por haberlo engendrado, sino porque es igual a El en absoluto y de su misma substancia y voluntad. De manera que existe un doble y aun triple argumento de amor: porque es el Hijo, porque es amado, porque en El se ha complacido. Pero ¿qué significa: En el cual me he complacido? Es como si dijera: En el cual descanso; en el cual me deleito; el que es en absoluto igual a mí y que tiene una misma voluntad con el Padre. Y dice: Escuchadlo. De modo que si El quiere ser crucificado, no te opongas, oh Pedro. Al oírla los discípulos cayeron sobre su rostro, sobrecogidos de gran temor. Y Jesús se acercó y tocándolos les dijo: Levantaos, no temáis. Alzando los ojos ellos no vieron a nadie sino sólo a Jesús.

?Por qué se atemorizaron cuando oyeron la voz? Porque ya en el Jordán anteriormente había venido esa voz; y estaban presentes las turbas, pero nadie se atemorizó. Y lo mismo en la otra ocasión, cuando decían que se había producido un trueno, tampoco sufrieron nada semejante. Entonces ¿por qué en el monte cayeron sobre su rostro? Porque la soledad, la altura del monte, la quietud misma eran grandes, y el hecho de la transfiguración estaba lleno de profundo pavor y la luz era brillantísima y la nube extensa: cosas todas que les infundieron terror. De todo el conjunto brotaba un divino terror, de manera que cayeron rostro en tierra juntamente temiendo y adorando.

Mas para que aquel terror, si duraba mucho, no les quitara la memoria, al punto Cristo los libra y se le ve ya a El solo; y les ordena que a nadie lo digan, hasta que El resucite de entre los muertos. Pues al bajar del monte les mandó Jesús diciendo: No deis a conocer a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Pues cuanto eran más altas las cosas que de El se contaban, tanto más dificultoso resultaba para muchos el creerlas; y con esto además crecía el escándalo de la cruz. Por eso les ordena callar; y no lo hace simplemente, sino de nuevo recordando su Pasión, y casi diciéndoles el motivo de mandarles callar. Porque no les ordena que jamás digan a nadie estas cosas, sino hasta que él resucite de entre los muertos. De modo que callando lo duro, solamente les dijo lo que era agradable. Y ¿qué iba a suceder? ¿Que ya no se escandalizarían ellos? De ninguna manera. Pero Cristo miraba únicamente al tiempo que precedería a la cruz; puesto que después habían de recibir el Espíritu Santo. Además de que los respaldaría la voz de los milagros en lo que decían y también que todo lo que decían era aceptable, pues las cosas mismas, con mayor claridad que cualquier trompeta, predicaban el poder de Cristo y no se oponía obstáculo alguno.

Nadie en consecuencia más bienaventurado que los apóstoles; sobre todo aquellos tres que se hallaron dignos de ser envueltos por la nube juntamente con Cristo. Pero, si queremos, podemos también nosotros ver a Cristo; en verdad, no como ellos lo vieron en el monte, sino con mayor esplendor; puesto que el último día no vendrá como allá en el monte. En éste, atemperándose a los discípulos, sólo dejó ver tanto resplandor cuanto ellos podían soportar. Pero en el último día vendrá en la propia gloria del Padre, no con Moisés y Elías solamente, sino con el inmenso ejército de los ángeles, con los arcángeles, con los querubines y con la infinita multitud de aquellos espíritus. No cubrirá su cabeza con una nube sino que el cielo todo lo envolverá. Pues así como a los jueces, cuando han de sentenciar públicamente, los que se hallan presentes les remueven los velos, para mostrarlos así a todos al descubierto, así en aquel día todos verán a Cristo sentado a juicio; y toda la humana naturaleza se presentará ante El y El personalmente la sentenciará.

A unos les dirá: Venid, benditos de mi Padre, pues tuve hambre y me disteis de comer. A otros: Siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco te constituiré sobre lo mucho. A otros, al contrario: Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles. Y a otros: Siervo malo y holgazán. A unos los hará pedazos y los entregará a los atormentadores; a otros ordenará que atados de pies y manos sean lanzados a las tinieblas exteriores. Y así tras del golpe de la segur caerán al horno. Ahí irán también a caer los que son desechados de la red. Y los justos brillarán como el sol. Más aún mejor que el sol. No se dice esto porque su luz sea igual a la del sol, sino porque no tenemos un astro más luciente que el sol. De modo que por esta comparación quiso Cristo declarar el futuro resplandor de los santos. Pues también en el monte, cuando dijo el evangelista: Brilló como el sol, habló así por igual motivo. Que aquella luz fuera superior a la que se pone: en la comparación, lo testificaron los discípulos cayendo en tierra. Si no hubiera sido una luz intensísima, sino igual a la del sol, no hubieran así caído, sino que fácilmente la habrían tolerado.

De modo que en aquel día los justos resplandecerán como el sol y más que el sol, mientras que los pecadores sufrirán castigos eternos. No se necesitarán entonces explicaciones, ni argumentos ni pruebas ni testigos. Porque el juez mismo será todo a la vez: testigo, prueba y juez. El lo conoce todo claramente. Porque: Todas las cosas están desnudas y manifiestas a sus ojos. 227 Nadie aparecerá ahí como rico ni como pobre, como poderoso ni como débil, como sabio o como ignorante, como siervo ni como libre; sino que quitadas todas esas máscaras, sólo se examinarán las obras. Si acá en los tribunales, cuando alguno perora sobre la tiranía o el asesinato, aun cuando el acusado sea prefecto, o cónsul, o tenga otra dignidad cual quiera, desaparecen ahí todas las insignias de dignidades, y el que queda convicto sufre el extremo castigo, con mucha mayor razón en el último día las cosas irán por esos mismos caminos.

Para que esto no nos suceda, despojémonos, os ruego, de los vestidos sórdidos y revistámonos de las armas de la luz, y entonces' la gloria de Dios nos envolverá. Al fin y al cabo: ¿cuál de los preceptos es duro? ¿cuál no es fácil? Oye lo que dice el profeta: Ni aunque encorvares tu cuello a la manera de un collar y te acostares con saco y en ceniza, ni así será agradable tu ayuno; sino rompe las ataduras de iniquidad, deshaz los haces opresores. 228 Observa la sabiduría del profeta. Puso primero lo gravoso y lo removió, y luego ruega que consigamos la salvación por medios más fáciles, declarando de esta manera que Dios no pide trabajos sino obediencia. Y luego, para demostrar que es fácil la virtud y en cambio es gravosa la perversidad, con sus claros nombres lo expresó. Pues dice que la perversidad es cadena y constricción, en tanto que la virtud es liberación y suelta de esas cadenas.

Porque dice: Rompe las ataduras de iniquidad, llamando así a los réditos y usuras en los documentos. Deja libres a los oprimidos, es decir, a los pobres desdichados. Y tal es el deudor, pues con sólo ver al acreedor su ánimo se quebranta y lo teme más que a una fibra. Alberga al pobre que carece de techo; si ves a uno sin vestido cúbrelo; y no vuelvas tu rostro ante tu hermano. En la Homilía que anteriormente predicamos, al tratar de los premios demostramos las riquezas que de esas buenas obras se originan. Ahora veamos si acaso semejantes preceptos contienen algo que sea difícil y supere nuestras fuerzas naturales. Nada de eso encontraremos, sino todo lo contrario; de modo que lo tocante a la virtud hallaremos que tiene gran facilidad, y lo que atane a la perversidad, veremos que tiene todo lo contrario, o sea sumos trabajos.

?Qué hay más difícil que andar colocando a rédito y andar solícito de los contratos y usuras y pidiendo fiadores y estar temiendo y temblando por las prendas dadas, por la suerte, por los documentos, por los réditos, por las fianzas? Así son las cosas del siglo. La que parece mejor pensada seguridad está llena de sospechas y es lo más frágil de todo. En cambio, ejercitar la misericordia es cosa fácil y libre de toda solicitud. No negociemos con las desgracias ajenas: no hagamos objeto de lucre lo que toca a la misericordia. Yo sé que muchos oyen esto de mala gana. Pero ¿qué se ganaría con callarlo? Si callara y a nadie diera molestia' con mis palabras, no podría con mi silencio libraros del suplicio. Peor aún: con el silencio se lograría todo lo contrario, porque se acrecentaría el suplicio; y no sélo vosotros, sino también yo, sufriríamos el castigo de semejante silencio. Entonces, ¿a qué vendría adularos con mis palabras, cuando eso en nada ayuda para las obras, sino que, al revés, resulta dañoso? ¿Qué ventaja hay en proporcionaros alegría con las palabras y en la realidad procuraros dolor? ¿en halagar los oídos y condenar el alma al tormento? Es, pues, necesario sufrir aquí el dolor para no ser castigados en la otra vida. Porque grave es en verdad, grave es la enfermedad que se ha introducido en la iglesia. Aquellos a quienes se les ha ordenado no acumular riquezas, ni aun justamente adquiridas con su trabajo; aquellos a quienes se ordena abrir sus riquezas a los necesitados, esos se enriquecen con la pobreza de otros, inventando hermosas rapinas con una avaricia al parecer bien justificada. Ni me opongas las leyes civiles. El publicano bien las guarda y sin embargo es condenado al castigo; castigo que también nosotros padeceremos si no dejamos de destrozar al pobre, y, tomando ocasión de la penuria y la necesidad, desvergonzadamente abusamos de la usura.

Para eso tienes las riquezas, para que alivies a los pobres, no para que los oprimas. Pero tú, simulando ayudarlos, acrecientas su desgracia y les vendes su libertad a fuerza de dineros. ¡Véndesela! ¡no lo prohíbo! Pero sea a cambio del reino de los cielos. No exijas por esa obra tuya un precio mínimo, como es la usura del ciento, 229 sino la de la vida eterna e inmortal. ¿Por qué has de ser pobre y necesitado por gusto? ¿Por qué eres de ánimo tan pequeno hasta el punto de vender las cosas grandes por poco precio cuando lo conveniente es venderlas a precio del reino que para siempre permanece? ¿Por qué, dejando a Dios que es de gran precio, buscas las cosas humanas por una nonada, y poniendo al Rico a un lado, andas en busca de lucros humanos? ¿Por qué, abandonando al que es rico, te dedicas a molestar al que es pobre? ¡Pasas de largo al que bien te paga y pactas con quien es ingrato! Este con dificultad te restituye el préstamo; aquél anhela devolvértelo y pagarte. Este apenas te paga el centésimo; aquél te da el céntuplo y además el reino eterno. Este anade injurias y oprobios; aquél te anade alabanzas y encomios. Este te engendra envidias; aquél te entrelaza coronas. Éste paga apenas en este siglo; aquél en este siglo y en el venidero. ¿No será, pues, el colmo de la locura el ni siquiera saber alcanzar ganancias? ¡Cuántos, por causa de los intereses, perdieron sus capitales! ¡Cuántos, por una increíble avaricia se arrojaron a sí y a otros a los extremos de la pobreza! ¡Cuántos a causa de la usura fueron a dar en peligros! No me alegues que el otro de buena gana recibe el préstamo y agradece el redituar. Esto acontece a causa de inhumanidad. También Abraham, cuando entregó su esposa a los bárbaros, se alegró de aquella injuria; por cierto, no voluntariamente, sino por el miedo al Faraón. Del mismo modo el pobre, puesto que no le das las cosas gratuitamente, se ve obligado a agradecerte tus crueldades. Me parece que si tú libraras a alguno de algún peligro, luego le pedirías el pago de haberlo libertado. Dirás que eso de ninguna manera lo harías. ¿Qué dices? De modo que cuando libras a alguno de un grave peligro no quieres cobrarle y en cambio en cosas menores ¿demuestras tan grave inhumanidad? ¿No te das cuenta de cuán grave castigo te amenaza por esto? ¿No oyes cómo incluso en el Antiguo Testamento estaba eso prohibido? Pero ¿qué es lo que muchos alegan? Cierto que recibo réditos, pero también doy a los pobres. ¡Oh hombre! ¡cuán buenas palabras! Pero Dios no quiere sacrificios semejantes. ¡No burles así astutamente la ley! Es mejor no dar al pobre que darle de lo así adquirido. Con frecuencia la riqueza adquirida mediante justos trabajos, la vuelves perversa a causa de su empleo y sus frutos: como si alguien a un vientre fecundo lo obligara a dar a luz escorpiones. Mas ¿para qué recuerdo la ley de Dios? ¿Acaso vosotros mismos no llamáis a eso inmundicia? Pues si vosotros que sois los que lleváis la ganancia así lo llamáis, piensa lo que Dios sentenciará acerca de vosotros. Y si quieres preguntar a los legisladores civiles, sabrás que ellos eso lo estiman como lo sumo de la desvergüenza. A los que tienen las más altas dignidades y forman el gran Senado, no les está permitido mancharse con semejantes lucros, sino que tienen una ley que les veda tales ganancias. Entonces ¿cómo no será espantoso que tú ni siquiera des a la ciudad celestial un honor semejante al que los legistas romanos dan al Senado, sino que honres menos al cielo que a la tierra y que no te avergüences de hacerlo? ¡Qué insania mayor habría que querer sembrar sin tierra, sin lluvias, sin arado? Con razón quienes tal modo de agricultura prefieren y tan mala, solamente cosechan cizana que luego ha de arrojarse al fuego.

?No hay acaso muchos negocios justos? Los hay de campos, de rebanos; hay greyes de oficios manuales y de activos cuidados de los bienes de familia. ¿Por qué así enloqueces que vas a cosechar vanamente espinas? Dirás que los frutos de la tierra están expuestos a muchas desgracias, como son el granizo, la polilla, las lluvias excesivas. Pero no lo están a más que los negocios de usura. Porque, suceda lo que suceda, en la agricultura solamente perece la ganancia, pero queda íntegro el capital y el terreno; mientras que en aquellos otros, con frecuencia muchos han perdido absolutamente todo; y aun antes de que el daño se presente, ya viven en perpetuas ansiedades. El prestamista nunca disfruta de lo propio, y ni al entregársele el rédito goza de la ganancia, sino que se duele de que la ganancia no iguala al capital; y antes de que ese fruto íntegro nazca, se anda esforzando por darlo a luz, con anadir los réditos al capital; de manera que haciéndose fuerza procura que el capital dé a luz esos partos viperinos.

Tales son esos préstamos que dilaceran el alma y la roen del modo más miserable. Ellos son las cadenas de injusticia y los vínculos de los contratos obligados. Dice el prestamista: te doy, pero no para que recibas, sino para que me devuelvas más. Pero Dios prohíbe aceptar lo que así se da. Porque dice: Dad a aquellos de quienes nada esperáis recibir 230 Tú, en cambio, exiges más de lo que diste; y lo que no diste, exiges que te lo pague como si fuera una deuda aquel a quien prestaste. Piensas por este medio aumentar tus riquezas, y lo que haces es encender para ti un fuego inextinguible. Para que esto no suceda, acabemos con esos perversos e inicuos frutos de los préstamos. Esterilicemos ese vientre danino y busquemos solamente las verdaderas y grandes ganancias. ¿Cuáles son? Oigamos a Pablo que dice: Es gran negocio la piedad, si uno se contenta con lo que tiene 231 Enriquezcamos con solas estas riquezas, para que gocemos aquí de paz y además consigamos los bienes eternos futuros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LVII (LVIII)

Le preguntaron los discípulos: ¿Cómo, pues, dicen los escribas que Elías tiene que venir primero? (Mt 17, 10).

DE MODO que esto ellos no lo sabían por las Escrituras, sino que así lo contaban los escribas, y semejante opinión corría entre el vulgo, lo mismo que acerca de Cristo. Por eso decía la samaritana: Yo sé que el Mesías está por venir y que cuando venga nos hará saber todas las cosas. 232 Y los judíos preguntaban al Bautista: ¿Eres tú Elías o uno de los profetas? 233 Pues como ya dije, semejante opinión acerca de Elías y de Cristo andaba muy valida; sino que ellos no la interpretaban correctamente. Porque la Escritura refiere dos venidas de Cristo: la que ya se verificó y la que está por venir. A ambas se refiere Pablo cuando dice: Porque se ha manifestado la gracia salutífera de Dios a todos los hombres, ensenándonos a negar la impiedad y los deseos del mundo, para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo. 234 Aquí tenemos la primera venida. Pero oye cómo declara luego la otra: Con la bienaventurada esperanza en la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Cristo Jesús.

También los profetas hablan de ambas venidas; y de una de ellas, que es la segunda, dicen que tendrá como Precursor a Elías. Precursor de la primera fue el Bautista, al cual Cristo lo llamaba Elías, no porque fuera Elías, sino porque tenía un ministerio como el de Elías. Pues así como Elías será precursor de la segunda venida, así Juan lo fue de la primera. Pero los escribas, confundiéndolo todo y pervirtiendo la opinión popular, se fijaron únicamente en Elías, el Precursor de la segunda venida; y así decían al pueblo: Si éste fuera el Cristo, debía haberlo precedido Elías. Y este fue el motivo de que los discípulos preguntaran: ¿Cómo es, pues, que los escribas dicen que Elías ha de venir primero? Por la misma causa los fariseos enviaron mensajeros al Bautista para preguntarle: ¿Eres tú Elías o uno de los profetas? sin mencionar la primera venida. ¿Cómo resolvió Cristo la cuestión? Respondiendo que Elías ciertamente vendrá antes de su segunda venida; pero que ya vino también, llamando así al Bautista. Como si dijera: Juan vino ya como vendrá Elías; pero si preguntáis del Tesbita, ese ya vendrá. Y por esto dijo: Elías vendrá y restablecerá todo. ¿Qué es ese todo? Lo que dijo el profeta Malaquías: He aquí que yo enviaré a Elías Tesbita, el profeta, antes que venga el día de Yavé, grande y terrible. El convertirá el corazón de los padres a los hijos, no sea que venga yo y entregue la tierra toda al anatema. 235 ¿Observas la exactitud de la predicción profética? Como Cristo había llamado Elías a Juan, a causa del parecido en el ministerio, a fin de que no pensaras que éste era también el que el profeta predecía, notó la patria anadiendo el Tesbita. Ahora bien: el Bautista no era Tesbita. Además el profeta anadió otra cosa notable cuando dijo: No sea que venga yo y entregue la tierra toda al anatema, con lo que declaró lo terrible del segundo advenimiento. Porque en el primero no vino a entregar la tierra al anatema. Pues él mismo dice: No he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. 236 De modo que esto lo dice aludiendo al Tesbita que ha de aparecer antes de la venida de Cristo para el juicio. Y anade el motivo por el que vendrá. ¿Cuál es? Para inducir a los judíos a creer en Cristo, no sea que cuando El llegue perezcan todos en absoluto. Y Cristo, recordando esas cosas, dice: Restablecerá todo. O sea que enmendará la incredulidad de los judíos que para entonces queden; de modo que se expresó exactísimamente. Porque no dijo el profeta: Convertirá el corazón de los hijos a los padres, sino de los padres para -con sus hijos. 237 Siendo los judíos los padres de los apóstoles, eso significa que convertirá el corazón de los judíos a los dogmas y ensenanzas de los apóstoles; o sea que convertirá a ellos el linaje judaico.

Sin embargo, yo os digo: Elías ya vino y no lo reconocieron; antes hicieron con él lo que quisieron. De la misma manera el Hijo del hombre tiene que padecer de parte de ellos. Entonces entendieron los discípulos que les hablaba de Juan el Bautista. Aunque, esto no lo decían ni los escribas ni la Escritura, sin embargo, los discípulos por estar ya más despiertos y poner mayor atención a lo que se les decía, pronto lo entendieron. ¿Por dónde vinieron a-entenderlo? Ya les había dicho: El es Elías que este a punto de venir; luego les dice: Ya vino; y de nuevo: Elías vendrá y restablecerá todo. No te turbes ni vayas a sospechar que hay contradicción en lo que dice cuando afirma ahora que ya vino, ahora que está por venir. Todo ello es verdad. Porque cuando dice que Elías vendrá y restablecerá todo, habla del mismísimo Elías y de la futura conversión de Israel. Y cuando dice: El es el que va a venir, dice que Juan es Elías a causa de lo parecido del ministerio.

Del mismo nodo los profetas a cualquier rey esclarecido lo llaman David; y a los judíos los llaman príncipes de los sodomitas y también hijos de los etíopes; y lo hacen por la semejanza de costumbres. Porque así como Elías será Precursor en la segunda venida, así lo fue Juan en la primera. Ni es esta la única razón de que a Juan lo llame Elías, sino también para manifestar su pleno acuerdo con la Ley Antigua, y que lo de su segundo advenimiento, es una verdadera profecía. Por esto anade: Vino y no lo reconocieron, antes hicieron con él lo que quisieron. Pero ¿qué significa: lo que quisieron? Es decir, lo encarcelaron, lo afrentaron, lo mataron, trajeron en una bandeja su cabeza. Y así de la misma manera el Hijo del hombre tiene que padecer de parte de ellos.

?Adviertes cómo oportunamente les trae a la memoria su Pasión, y los consuela grandemente con lo de la Pasión de Juan? Ni lo hizo únicamente por este capítulo, sino haciendo enseguida grandes milagros. Cuando habla de su Pasión, al punto obra prodigios; y lo mismo hace antes y después de' hablar de ella, como con frecuencia se observa. Pues dice el evangelista: Desde -entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y ser muerto y padecer mucho. 238 Entonces. ¿Cuándo? Cuando ya quedó claro ser él el Cristo e Hijo de Dios. Y también en el monte cuando les puso delante aquella visión admirable en la que los profetas hablaban de su gloria, El les recordó su' Pasión. Porque Juan, una vez que refirió la historia del hecho, anade: Así el Hijo del hombre ha de padecer de parte de ellos.

Y no mucho después, cuando echó el demonio que los discípulos no habían podido expulsar,' cuando volvía a Galilea, dijo Jesús, según narra el evangelio: El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de hombres pecadores que' lo matarán, y al tercer día resucitará. Procedía así con el objeto de que la magnitud de los milagros disminuyera el exceso del dolor' y del todo los consolara; así como ahora, trayéndoles al recuerdo la muerte de Juan, los consoló grandemente. Y si alguno preguntara ¿por qué ahora no resucita a Elías y lo envía, siendo así que tantos y tan grandes beneficios testifican su venida? Respondemos que fue porque aún ahora, creyendo ellos que Jesús era Elías, sin embargo no se convirtieron. Porque dicen los discípulos: Unos dicen que eres Elías, otros que jeremías. Entre Juan y Elías no había diferencia sino del tiempo.

Preguntarás: entonces ¿cómo después sí creerán? Ciertamente Elías lo restablecerá todo, no únicamente porque se le reconocerá, sino porque la gloria de Cristo que se extenderá en gran manera y se aumentará, hasta aquel día, brillará más espléndida que el sol. De modo que cuando él venga, habiendo ya precedido tan grande estima y expectación, predicando lo mismo y anunciando a Jesús, más fácilmente aceptarán sus palabras. Y cuando dice no lo reconocieron, parece en cierto modo excusarlos; y los consuela no únicamente de este modo, :sino además demostrando que El padecerá injustamente; y también como ocultando esas cosas tristes con dos milagros: el que hizo en el monte y el que hará enseguida.

Después de oírlo, ya no le preguntan cuándo vendrá Elías, ya fuera por la tristeza de la futura Pasión, ya porque se apoderó de ellos el temor. Pues con frecuencia, cuando advierten que El no quiere hablar claramente, ellos callan. Así pues, como estando en Galilea les dijera: El Hijo del hombre tiene que ser entregado y le darán muerte, y al tercer día resucitará, el evangelista anade: Y se pusieron muy tristes. Así lo dan a entender dos evangelistas. Marcos dice: Y ellos no entendían esas cosas, pero temían preguntarle. 239 Y Lucas: Pero ellos no sabían lo que significaban aquellas palabras, que estaban veladas, de manera que no las entendieron, y temían preguntarle sobre ellas. 240 Al llegar ellos a la multitud, se le acercó un hombre y doblando la rodilla, le dijo: Señor, ten piedad de mi hijo que está lunático y padece mucho, porque con frecuencia cae en el fuego y muchas veces en el agua; lo presenté a tus discípulos, mas no han podido curarlo. La Sagrada Escritura nos muestra a este hombre muy débil en la fe, como se ve por muchos indicios. Cristo dice: Todas las cosas son posibles al que cree 241 Además se ve por lo que dice el hombre que se acerca: Ayuda .a mi incredulidad. Y aun porque Cristo ordena al demonio que no vuelva a entrar en el nino. Finalmente porque el hombre dice a Cristo: Si algo puedes. Preguntarás si su incredulidad era la causa de que no saliera el demonio, entonces ¿por qué acusa a los discípulos? Para demostrar que también ellos podían curar a los enfermos en el caso de que alguien sin fe se les presentara.

Porque, así como muchas veces la fe del que se acercaba fue suficiente para alcanzar lo que pedía en favor de los inferiores, así también muchas veces la virtud del operante fue suficiente, aun sin la fe de los que se acercaban, para obrar los milagros. Ambas cosas aparecen claras en la Escritura. Cornelio atrajo hacia sí por sola su fe la gracia del Espíritu Santo. Sin la fe de nadie Eliseo resucitó a un muerto. Pues quienes lo habían arrojado al sepulcro, no lo arrojaron por fe que tuvieran, sino por miedo y al acaso, y rápidamente, temerosos del peligro, huyeron. El arrojado era ya cadáver y por sola la virtud del sagrado cuerpo de Eliseo, resucitó. Se ve pues claramente que los discípulos, en el caso presente, se acobardaron, aunque no todos, pues aquellas tres columnas no estaban presentes.

Considera, por otra parte, el descaro de aquel hombre que se atreve a pedir a Jesús el milagro en presencia de todas las turbas, pero acusando a los discípulos y diciendo: Lo presenté a tus discípulos, mas no han podido curarlo. Cristo, en cambio, abiertamente disculpa a sus discípulos y arroja sobre el hombre la mayor parte de la culpa y dice:!Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que estar con vosotros? No se dirige a sólo el hombre para no aterrorizarlo, sino a todos los judíos. Pues es verosímil que muchos quedaran mal impresionados y sospecharan mal de los discípulos. Al decir: ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? deja ver las ansias que tenía de morir y cómo anhelaba salir de este mundo; y que no le molestaba el ser crucificado, sino el convivir con incrédulos. Por eso no se contentó con la reprensión, sino que dijo: Traédmelo acá. Y preguntó cuánto tiempo hacía que el nino era poseso, tanto para excusar a los discípulos como dando al nino buenas esperanzas de que sería liberado de su mal.

Luego permite que el muchacho sea estrujado por el demonio, no por ostentación (pues a causa de la turba que concurría ya había increpado al padre), sino para que éste mismo, al ver que el demonio se conturbaba por haber él llamado a Jesús, a lo menos por este camino cobrara fe en el milagro que iba a seguirse. Y como el hombre le contestara: Desde la infancia; y si algo puedes ayúdame, Jesús le respondió: Todo es posible al que cree, todavía reprendiéndolo. Cuando el leproso le dijo: Si quieres puedes limpiarme, dando así testimonio de su poder, Jesús le contestó, alabándolo y confirmando lo que el leproso decía: Quiero: sé limpio. En cambio aquí, puesto que el hombre nada dice en referencia a su poder, sino Si algo puedes ayúdame, observa cómo lo corrige como a quien habla fuera de lo que conviene. Y ¿qué le dice? Si tú puedes creer, todas las cosas son posibles al que cree. Como si le dijera: mi poder es tan grande que aun otros pueden en mi nombre hacer milagros. De modo que si tú crees como se debe, tú mismo puedes curar al nino y a otros muchos. Y dicho esto curó al endemoniado.

Por tu parte considera su providencia y el deseo de hacer el bien, no solamente por lo dicho, sino también por el tiempo que concedió al demonio permanecer dentro del nino. Porque éste, si no hubiera sido conservado con una gran providencia, mucho tiempo antes habría perecido. Porque dice aquel hombre que con frecuencia el demonio arrojaba al nino al fuego y al agua. Sin duda quien a tanto se atrevía, lo habría matado si Dios no lo hubiera enfrenado en su crecido furor; lo mismo que les habría sucedido a aquellos que desnudos corrían por lugares desiertos y se acometían a pedradas. Y no te conturbe que el hombre llame al nino lunático: fíjate en que es la voz de un padre que tiene a su hijo endemoniado.

Pero entonces ¿por qué dice el evangelista que Jesús curó a muchos lunáticos? Habla siguiendo la opinión del vulgo. Porque el demonio, para poner mala fama en ese astro, o acomete a los hombres o los deja en paz, según el curso de la luna. No porque la luna haga eso ¡ni de lejos! sino que acontece por la perversidad del demonio, para que se le impute a la luna. Semejante opinión, apoyada en ese fenómeno, ha tomado fuerza entre los ignorantes y ha enganado así para que con ese nombre se designen los posesos, pero no es verdad.

Entonces se acercaron los discípulos a Jesús aparte y le preguntaron: ¿Cómo es que nosotros no hemos podido arrojarlo? Me parece que temían haber perdido la gracia que se les había concedido. Porque ya tenían potestad sobre los demonios impuros. Por esto le preguntaron allá aparte (no porque se avergonzaran de su impotencia, pues estaban convencidos de ella por el hecho mismo y no había ya motivo para que se avergonzaran), sino porque iban a preguntarle acerca de una cosa alta y misteriosa. ¿Qué les respondió Cristo? Les dice: Por vuestra poca fe; porque en verdad os digo que si tuviereis fe corno un grano de mostaza, diríais a este monte: Vete de aquí allá, y se iría, y nada os sería imposible. Y si luego preguntas en dónde cambiaron así de sitio alguna montana, te responderé que mayores cosas que eso llevaron a cabo al resucitar innumerables muertos. Pues no supone el mismo poder cambiar de lugar un monte y arrojar la muerte de uno que ya es cadáver. Se cuenta que después- de ellos, algunos santos menores que los apóstoles, cuando la, necesidad lo pidió cambia ron de sitió los montes. De modo que es claro que si la necesidad lo hubiera pedido, también ellos los hubieran trasladado. Y si no hubo necesidad, de esto no los acuses a ellos.

Por lo demás, Jesús no les dijo en absoluto trasladaréis, sino podréis trasladar. Si no los trasladaron, no fue porque no pudieran. ¿Cómo podía ser que no pudieran cuando pudieron cosas mayores? Sino que no quisieron hacerlo sin necesidad. Y aun pudo suceder que los trasladaran, aunque no conste por escrito, pues no todos los milagros que hicieron se han escrito. Por otra parte, en ese tiempo aún eran bastante imperfectos. ¿Es que no tenían una fe tan grande? No la tenían, pues no siempre fueron iguales a sí mismos. Así a Pedro a veces Jesús lo llama bienaventurado y a veces lo reprende; y a los demás los reprendió Jesús por no haber entendido la parábola del fermento. Sucedía en aquel entonces que los discípulos sufrieran debilidades en la fe: esto les acontecía antes de la Pasión y de la cruz.

Pero Cristo habla aquí de la fe en los milagros y aplica lo de la mostaza para dar a entender su poder inefable. Pues aun cuando la mostaza parezca ser pequenita cuanto a su mole, pero tiene en sí misma máxima virtud, más que todas las simientes. Ensenando pues que la fe sincera aun siendo pequenísima puede grandes cosas, trae al medio lo del grano de mostaza. Y no se detiene aquí, sino que luego pone ejemplo en los montes; y avanzando más acaba por decir: Nada os será imposible. Por tu parte admira aquí la virtud de los discípulos y la virtud del Espíritu Santo: la de ellos porque no ocultaron su impotencia; la del Espíritu, en que a ellos que no tenían fe ni como un grano de mostaza, poco a poco los elevó a ella en tal grado que vinieron a brotar fuentes y ríos de esa virtud.

Este linaje no puede ser lanzado sino por la oración y el ayuno, anadió Jesús. 242 Se refiere a todo el linaje de los demonios y no únicamente a los lunáticos. ¿Observas cómo lanza aquí la simiente de los ayunos? Ni me alegues, caso raro, que algunos han echado los demonios sin necesidad del ayuno. Pues aun cuando tal cosa se cuente de uno que otro que así los arrojó, con sólo increparlos, es imposible que el endemoniado, si está entregado a los placeres, pueda librarse de semejante locura. Necesita en gran manera del ayuno y la oración quien padece semejante enfermedad. Preguntarás: si lo que se necesita es la fe ¿para qué se requiere el ayuno? Pues porque teniendo fe el ayuno anade no poca fortaleza. El ayuno entrana grande virtud y del hombre hace ángel y lucha contra las potestades incorpóreas. Pero no basta con el ayuno, pues debe anadirse la oración y aun conviene que vaya por delante. Considera, pues, cuán grandes bienes proceden de ambos. Quien ora como debe y además ayuna, no necesita de muchas cosas; y el que no necesita de muchas cosas, no será codicioso de dineros; y el que no codicia dineros, estará inclinado a hacer limosna.

El que ayuna, anda ligero y como con alas, y está expedito y despierto en la oración y apaga las malas concupiscencias, aplaca a Dios, humilla su alma ensoberbecida. Por eso los apóstoles casi continuamente ayunaban. El que ora y ayuna tiene las dos alas más ligeras que los vientos mismos. No anda temulento, ni flojo, ni torpe en la oración, como a muchos les acontece; sino que se torna más ardiente que el fuego y se eleva sobre todo lo terreno; y por lo mismo se hace enemicísimo y contrario a los demonios. Pues nada hay más poderoso que un hombre que ora como se debe. Si la mujer aquella, al príncipe cruel que no temía ni a Dios ni a los hombres, pudo doblegarlo, mucho mejor doblegaremos a Dios si con frecuencia oramos y dominamos el vientre y despreciamos los placeres.

Si tu cuerpo está débil, de modo que no puedas ayunar con frecuencia, para orar no estará débil ni para despreciar los deleites del vientre. Si no puedes ayunar, sí puedes apartarte de los placeres, cosa no pequena y que dista poco del ayuno- y basta para quebrantar el furor del demonio. Nada ama tanto el diablo como los placeres de la gula y la embriaguez, madre de todos los males. Por este medio antiguamente arrojó a los israelitas a la idolatría; por éste inflamó a los sodomitas en aquellos amores nefandos. Pues dice un profeta: Esta fue la iniquidad de Sodoma: tuvo gran soberbia, hartura de pan y mucha ociosidad. 243 A muchos perdió la gula y los entregó a la gehenna.

Porque, en fin: ¿qué mal no acarrean los placeres de la mesa? Vuelven cerdos a los hombres y los hacen peores que los cerdos. Porque el cerdo se revuelca en el lodo y se alimenta de estiércol; mientras que el goloso se prepara una mesa abominable, pensando en uniones ilícitas y en amores inicuos. De manera que en nada difiere de un endemoniado, pues se torna juntamente impúdico y loco furioso. Pero al demoníaco al menos lo compadecemos, pero del goloso huimos y lo aborrecemos. ¿Por qué? Porque se busca él mismo una locura voluntaria; y convierte en cloaca la boca, los ojos, las narices y todo. Y si te asomas a su interior, verás su alma como congelada y dormida a causa del invierno frío; y tal que en medio de la furiosa tempestad, no puede prestar auxilio alguno a la nave.

Vergüenza tengo de decir qué clase de daños nacen de la crápula, así para los hombres como para las mujeres. Los remito a la conciencia de cada cual, pues ella los conoce con plena exactitud. ¿Qué cosa hay más torpe que una mujer ebria y que va de un lado para otro? Al fin y al cabo, cuanto más débil es la nave tanto mayor es el naufragio, ya se trate de una mujer libre o de una esclava. La que es libre procede libertinamente delante de la tropa de esclavos y lo mismo hace la esclava entre los criados. Y con semejantes procederes lo que logran es que los necios blasfemen de los dones de Dios. Porque oigo a muchos que, cuando ven semejantes desórdenes, dicen: ¡Ojalá no existiera el vino! ¡Vaya una locura! ¡vaya una necedad! ¿Acusas los dones de Dios porque otros pecan con ellos? Pues tal cosa es muy grande insania. ¿Acaso el vino, oh hombre, es el que comete el desorden? No es el vine, sino la intemperancia de quienes abusan del vino. Di mejor: ¡ojalá no existiese la ebriedad ni esos placeres de los alimentos! Porque si dices: ¡ojalá no existiera el vino! pasando adelante dirás: ¡ojalá no existiese el hierro, pues hay homicidas; ni la noche, pues hay ladrones; ni la luz, pues hay sicofantas; ni la mujer, pues hay fornicaciones! ¡Acabarías con todas las cosas! No procedas así. Eso es propio de un ánimo satánico. No acuses al vino, sino a la embriaguez. Cuando el ebrio haya recobrado el uso de la razón, acércatele y demuéstrale su desvergüenza. Dile: el vino se nos ha dado para la alegría, no para la desvergüenza; se nos ha dado para que riamos, no para que nos enfermemos; para acudir a la debilidad corporal, no para perder las fuerzas. Te honró Dios con ese don: ¿por qué te deshonras tú, abusando de él? Oye lo que dice Pablo: Usa un poco de vino por el mal de tu estómago y tus frecuentes enfermedades 244 Pero a cada uno de los que se embriagan, sin duda les diría: Usa de poco vino, a causa de las fornicaciones, a causa de las frecuentes conversaciones torpes, a causa de las demás malas pasiones que suele engendrar la embriaguez. Pero si esto no os mueve a absteneros, absteneos al menos por las vergüenzas que engendra y por las náuseas que produce.

El vino se nos ha dado para la alegría, pues dice David: El vino alegra el corazón de los hombres, 245 pero vosotros le echáis a perder esa virtud. Porque ¿qué alegría puede tener el hombre que no está en sí mismo y además se encuentra atormentado por infinitos dolores, y ve que todo da vueltas en derredor suyo y se encuentra en tinieblas y necesita, como se hace con los que padecen fiebre, que con óleo le unjan la cabeza? Yo quisiera que todo lo dicho no fuera para todos. O más bien, sí: que fuera para todos. No porque todos se embriaguen ¡lejos tal cosa! sino porque los que no se embriagan no cuidan de los que se embriagan. De modo que más bien me dirijo a vosotros, los sobrios. Así el médico, haciendo caso omiso del enfermo, se dirige a los que lo atienden y con ellos habla. A vosotros, pues, os ruego y suplico que no os dejéis dominar jamás por esta enfermedad; y a los que ya hallen enfermos solícitamente les procuréis curación, a fin de que no se tornen peores que los brutos.

Los brutos no buscan más de lo que necesitan, mientras que los ebrios -más irracionales que los brutos- traspasan los límites de la moderación. ¿Cuánto mejor resulta un asno que un ebrio? ¿Cuánto mejor un can? Estos animales y todos los demás, ya sea que coman o beban, saben ser moderados y no se propasan de lo conveniente; pues aun cuando innumerables hombres los obligaran, jamás se excederían. De modo que bajo este aspecto, sois peores que los brutos; y esto no solamente delante de los que son razonables, sino delante de vosotros mismos. Y que os juzgáis peores que los asnos y los canes, es manifiesto por lo siguiente: tú nunca obligas a un animal a comer o beber más alimento del que moderadamente necesita. Y si alguien te pregunta el por qué, le respondes que es para no causarle daño. Y en cambio no cuidas de ti mismo del mismo modo. De manera que te crees inferior a ellos. Y agitado por semejantes oleajes te descuidas de ti mismo.

Ni te danas únicamente el día en que estás ebrio, sino también al día siguiente; a la manera que al febricitante, aun apartándose la fiebre, le queda cierto malestar. Así, aun apartada la embriaguez, queda sin embargo en el alma y en el cuerpo un cierto malestar. El cuerpo yace sin fuerzas, a la manera de una nave después del naufragio; y el alma, más miserable que el cuerpo, suscita de nuevo la tempestad y la inflama con la concupiscencia; y hasta cuando parece ser prudente está loca, pues revuelve en la imaginación vinos y barriles,' copas y vasos. Y así como tras de una tempestad, persiste el daño que ella causó, así sucede con la embriaguez. Así como en la tempestad se arrojan las mercancías, así en la embriaguez se pierden todos los bienes o casi todos. Si ella encuentra en el alma el pudor, la prudencia, la justicia, la humildad, todo lo arroja al piélago de las iniquidades.

Las consecuencias en cambio no son iguales. Porque la nave, una vez arrojado el peso de las mercancías, queda más ligera y expedita; en cambio en el ebrio las cosas se agravan. Pues en lugar de riquezas la nave se carga de arenas y de agua salobre y de todas las horruras de la embriaguez, que muy pronto echan a pique la nave, con sus navegantes y piloto. Pues bien: para no quedar envuelto en semejantes males, librémonos de esa tempestad. El ebrio nunca poseerá el reino de los cielos. Dice el apóstol: Ni los dados al vino ni los maldicientes poseerán el reino de Dios. 246 Pero ¿qué digo el reino de los cielos? Ni aun las cosas de la tierra puede ver el ebrio, porque la embriaguez cambia el día en noche y la luz en tinieblas. Los ojos del ebrio, aun abiertos, no pueden ver ni aun lo que tienen delante de los pies.

HOMILIA LVIII (LIX)

Ni sólo ese mal acarrea la embriaguez, sino que después los ebrios sufren penas mayores, como son terrores irreales, cóleras, tristezas; y se tornan ridículos y se exponen continuamente a ser injuriados. Pues ¿qué perdón podrá haber para quienes se cargan de males tan grandes? ¡ninguno, por cierto! Huyamos de semejante enfermedad para que consigamos los bienes presentes y también los futuros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Estando reunidos en Galilea, díjoles Jesús: El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de los hombres que lo matarán y al tercer día resucitará. Y se pusieron muy tristes (Mt 17, 21-22).

PARA QUE No dijeran: ¿qué hacemos aquí tanto tiempo? les habla de nuevo de su Pasión. Y una vez que oyeron esas cosas, ya no querían ni ver a Jerusalén. Observa cómo, tras de haber sido increpado Pedro, tras de haber hablado Moisés y Elías de la Pasión, llamándola su gloria, tras de haber hablado el Padre desde lo alto, tras de tantos milagros obrados, y estando ya tan cerca la resurrección (pues Cristo no había de permanecer muerto por mucho tiempo, sino que había de resucitar después de tres días), ni con todo eso pudieron los discípulos soportar lo que les decía Cristo, sino que: Se pusieron muy tristes; y no medianamente tristes, sino mucho; y esto porque no alcanzaban el sentido de sus palabras. Así lo indican Marcos y Lucas. Marcos diciendo que no entendían y que no se atrevieron a preguntarle; Lucas cuando dice que aquella palabra estaba escondida para ellos y no la entendían; y que no se atrevían a preguntarle acerca de eso.

Pero, si no la entendían ¿por qué se entristecían? Porque no todo lo ignoraban. Sabían que El iba a morir, como con frecuencia se lo había anunciado. Pero qué clase de muerte fuera aquélla y que muy pronto sería ella misma destruida y que de ahí se seguirían infinitos bienes, no lo sabían con claridad ni sabían qué clase de resurrección sería aquélla. Por esto se dolían, pues amaban mucho a su Maestro. Entrados a Cafarnaúm, se acercaron a Pedro los que cobraban el tributo del didracma y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga la didracma? ¿Qué era la didracma? Allá cuando el Señor dio muerte a los primogénitos de los egipcios, se reservó, en lugar de ellos, la tribu de Leví. Luego, como en esta tribu las gentes eran menos numerosas que los primogénitos de los judíos, para suplir la falta ordenó Dios que se ofreciera un siclo. Desde entonces quedó la costumbre de que los primogénitos pagaran ese tributo. Siendo Cristo primogénito y pareciendo que entre los discípulos Pedro era el principal, a él se acercaron los cobradores. Yo creo que en cada ciudad exigían ese tributo; y por esto se acercaron a El en Cafarnaúm, por creer que ésta era la patria de Cristo. Pero a El no se atrevieron a acercarse; y por esto hablaron con Pedro. Y no lo hicieron con tono vehemente, sino moderado.

No como acusando, sino simplemente preguntando, dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga la didracma? Porque aún no pensaban de El como se debía, sino que lo creían sólo hombre; aunque sí lo honraban a causa de sus milagros. Y ¿qué dice Pedro? Dice: Cierto que sí. A ellos les dijo que sí la pagaría; pero a El nada le dijo, tal vez porque le daba vergüenza hablar al Maestro de semejantes pequeneces. Por eso Jesús, manso como era, y que claramente conocía todas las cosas, adelantándose a Pedro, le dice: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra ¿de quién cobran el tributo y censos? ¿De sus hijos o de los extranos? Contestóle Pedro: De los extranos. Y le dijo Jesús: Luego los hijos están exentos. Para que Pedro no pensara que Jesús había oído el asunto de boca de los recaudadores, se le adelanta a dárselo a entender, para al mismo tiempo infundir confianza al discípulo que no se atrevía a hablarle del negocio.

Quiere, pues, decir: Yo estoy exento y libre de semejante censo. Pues si los reyes de la tierra nada cobran a sus hijos, sino a los extranos, mucho más debo yo estar exento, pues soy Hijo del Rey celestial y de un rey terreno, y además yo mismo soy Rey. ¿Observas cómo distingue de los hijos a los que no son hijos? Si El no fuera el Hijo, en vano traería al medio el ejemplo del rey. Dirás quizá: Sí es Hijo, pero no genuino. Entonces no es hijo; y si no es hijo tampoco es genuino y en consecuencia no es hijo del Padre, sino un extrano. Y si es extrano, el ejemplo que puso pierde toda su fuerza. Pero Cristo no habla únicamente de los hijos, sino de los genuinos, de los propiamente hijos, de los que son consortes del reino de su padre. Por esto, para distinguirlos los opone a los extranos; y llama extranos a los que no nacieron de los reyes; y llama hijos a los que los reyes engendraron. Observa y considera cómo aquí confirma la revelación hecha a Pedro. Y no se detiene aquí, sino que por la forma de asentir significa lo mismo, cosa que es de gran sabiduría.

Porque habiendo dicho: Mas para no escandalizarlos, vete al mar, echa el anzuelo y agarras el primer pez que pique, ábrele la boca y en ella hallarás un estáter. Tómalo y dalo por mi y por ti. ¿Observas la forma en que ni se rehúsa a dar el tributo ni en absoluto ordena que se pague? Sino que, habiendo primero demostrado que no estaba El obligado a pagarlo, luego, sin embargo, lo paga: tanto para que los cobradores no se escandalizaran, como tampoco los discípulos. Pues no lo dio como si lo debiera, sino atendiendo a la debilidad de ellos. En cambio, en otras ocasiones desprecia el escándalo, como allá cuando trató de la discriminación de alimentos. Nos ensena con esto que debemos considerar las oportunidades y las ocasiones en que convenga despreciar el escándalo o no despreciarlo. También por el modo de dar el tributo, declara bien quién es El. ¿Por qué no ordena que se pague de los fondos que tiene El? Para demostrar, como ya dije, mediante todo esto, ser Señor Dios de todas las cosas y que impera también sobre los mares. Lo demostró ya cuando mandó al mar pacificarse y cuando ordenó a Pedro andar sobre las aguas. Lo mismo demostró ahora aunque de un modo diverso, pero que también causa gran estupor.

Porque no fue poca cosa el predecir que el primer pez que se capturara pagaría el impuesto y que echada la red al fondo, cogería, por su mandato, al pez que llevara el estáter; sino cosa propia de un poder inefable y divino fue que el mar proporcionara el don; y que manifestara su obediencia tanto cuando fue amansada su furia, como cuando alborotado sustentó a su consiervo Pedro, como también ahora que pagó a los cobradores por Cristo. Y dalo a ellos por mí y por ti, le dice. ¿Has, visto la excelencia de semejante honor? Pues advierte al mismo tiempo la virtud de Pedro. Porque Marcos, que era su discípulo, no refirió este suceso del que tan grande honor a Pedro le venía. En cambio, sí refirió las negaciones, pero calló lo que lo mostraba sobresaliente, quizá por habérselo prohibido el mismo Pedro, para que no dijera de él grandes cosas.

Por mí y por ti, dice Jesús, pues también Pedro era primogénito. Pero una vez que has admirado estupefacto el poder de Cristo, admira también la fe del discípulo que obedeció en cosa tan extrana e inesperada. Porque la cosa en sí era del todo insólita en la naturaleza y estupenda. Por tal motivo, como un premio a su fe, Cristo se lo asoció en el pago de la alcabala. En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién será el más grande en el reino de los cielos? Sentían al modo humano, como lo significa el evangelista al decir: En aquel momento. Es decir, en el punto en que Cristo honró a Pedro más que a todos los otros. Pues siendo entre Santiago y Juan uno de ellos primogénito, Jesús a los otros dos no los honró de manera semejante con tal honor. Avergonzados de esto, manifiestan la conmoción de su ánimo. Pero no dicen abiertamente: ¿por qué has preferido a Pedro a nosotros? ¿acaso él es mayor que nosotros? No se atreven a eso; sino que hacen la pregunta en un modo indeterminado: ¿Quién será más grande? Cuando vieron los discípulos que Cristo prefirió aquellos tres a los demás, no sufrieron esa conmoción de ánimo; pero cuando a uno solo tanto lo honró, entonces se dolieron. Ni sólo eso, sino que juntando otras muchas cosas, se inflamaron de envidia. Pues Jesús había dicho a Pedro: Te daré las llaves y bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, y ahora le dice: Paga por mí y por ti; y finalmente les hería también la libertad de hablar que usaba Pedro. Y si Marcos no dice que lo preguntaran sino únicamente que así lo pensaban en su interior, eso no se opone a la narración de Mateo. Porque es verosímil que hicieran ambas cosas; y que en otras ocasiones una y dos veces lo pensaran pero ahora sí lo dijeran y juntamente lo pensaran.

Pero tú no te fijes únicamente en este defecto, sino piensa, por otra parte,, que ellos en esta ocasión no buscaban nada de lo de este siglo y en que además luego quitaron este defecto y mutuamente se cedían unos a otros el puesto primero. Nosotros, en cambio, no alcanzamos a llegar ni siquiera a esa clase de defectos de ellos, ni andamos investigando quién será mayor en el reino de los cielos, sino quién lo será acá en el reino de la tierra y quién más opulento y quién más poderoso. Y ¿qué hace Cristo? Descubre la conciencia de ellos y responde no únicamente a sus palabras, sino también a sus sentimientos. Y él, habiendo llamado a un nino lo puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, si no os volviereis como este nino no entraréis en el reino de los cielos.

Como si les dijera: Vosotros inquirís quién será mayor en el reino de los cielos y contendéis acerca de la primacía; pero yo digo a quien no se humillare que no es digno del reino de los cielos. Bellamente pone el ejemplo: ni solamente lo pone, sino que trae al nino al medio para persuadirlos y exhortarlos con la presencia misma del nino a que sean sencillos y humildes. Porque el nino está libre de envidia, de vanagloria, del anhelo de primacías y sobre todo posee esa virtud que llamamos sencillez y humildad.

De modo que para entrar al reino de los cielos se necesita no únicamente fortaleza y prudencia, sino además sencillez y humildad. Pues aun en las cosas más importantes, si faltan esas virtudes, queda fallo lo que toca a nuestra salvación. El párvulo, ya sea que se le injurie, ya sea que se le alabe, ahora se le azote, ahora se le honre, ni se cree indigno y se aíra ni se deja llevar de la envidia ni se ensoberbece. ¿Observas cómo de nuevo Cristo nos pone delante ejemplos tomados de las cosas de la naturaleza; y nos declara que tales virtudes pueden obtenerse mediante los propósitos de la voluntad, y echa de este modo por tierra la dañosa locura de los maniqueos? Pues si la naturaleza es mala ¿por qué Cristo toma de ella los ejemplos de virtud? Yo pienso que puso en medio de los discípulos a un parvulito libre de todas esas enfermedades del alma. Porque en los parvulitos no tienen lugar ni la arrogancia ni la vanagloria ni la envidia ni las querellas ni otras enfermedades semejantes. Tienen en cambio por su propio natural muchas virtudes como son la sencillez, la humildad, el estar ajenos a la turba de negocios, el no ensoberbecerse de nada: cosas en que hay una doble virtud, porque las poseen y no se ensoberbecen por tenerlas. Por tal motivo tomó Jesús al infante y lo puso en medio.

Pero no terminó con eso su discurso, sino que continuó en la amonestación y dijo: Y el que recibiere a un nino como éste, a mí me recibe. Como si les dijera: no únicamente recibiréis gran premio si sois como este infante, sino también, si, por mí, honráis a otros que le sean semejantes, os retribuiré con el reino. Y anadió lo que es más al decir: A mí me recibe. Como si dijera: En modo tan grande me alegro con la humildad y la sencillez. Y llama aquí pequenos a los hombres tan sencillos y humildes que muchos los tienen por bajos y despreciables. Y enseguida, para más confirmar su doctrina, la refuerza poniendo delante no sólo los premios sino también los castigos. Pues dice Y al que escandalizare a uno de estos pequenuelos que creen en mí, más le valiera que le colgaran al cuello una piedra de molino de asno y lo hundieran en el fondo del mar.

Porque así como aquellos, dice Jesús, que por mí honran a estos pequenos, poseerán el cielo y un premio mayor que un reino, así los que los deshonran (pues esto significa escandalizarlos), sufrirán penas terribles. Y si al escándalo lo llama deshonra e injuria, no te admires, pues muchos a causa de su pusilanimidad han sufrido escándalo por haber sido menospreciados e injuriados. Para poner como de bulto el crimen, hace referencia al daño que se sigue de él. En cambio, no explica del mismo modo el castigo, sino que manifiesta cuánto sea intolerable por comparación con las cosas que nos son conocidas. Cuando quiere impresionar los ánimos rudos pone ejemplos de las cosas que caen bajo el dominio de los sentidos.

Así aquí, queriendo demostrar que tales hombres serán grandemente castigados y perseguir la arrogancia de quienes desprecian a esos humildes, trae al medio, como ejemplo, una pena sensible, como es la de la piedra de molino y el hundimiento en el mar. Según el orden natural del discurso, hubiera bastado con decir: El que no recibe a uno de estos pequenuelos, no me recibe a mí, cosa por cierto la más amarga de todas. Pero como por aún un tanto rudos e ignorantes no se conmovían con semejante pena, les pone delante la piedra de molino y el hundimiento en el mar.

Y no dijo: Le será suspendida al cuello una piedra de molino, sino ¿qué?: Mejor fuera que así se le castigara, con lo que declaraba que le espera un suplicio mayor. Pues si ese otro parece intolerable, mucho más lo será éste. Observa cómo, por ambos lados presenta una conminación tremenda y la esclarece mediante el ejemplo de cosas más conocidas, persuadiéndonos al mismo tiempo que pensemos en aquel otro suplicio mucho mayor. ¿Ves cómo ha arrancado de raíz la hinchazón de la arrogancia? ¿cómo ha curado la llaga de la vanagloria? ¿cómo ha ensenado a no buscar jamás los primeros puestos' ¿cómo ha ensenado a quienes los buscaban a buscar siempre y dondequiera el último lugar? Porque nada hay peor que la arrogancia. Nos torna inhumanos y nos echa encima la fama de necios y hasta nos torna en exceso estúpidos. Si alguno tuviera la natural estatura humana 247 y quisiera superar la altura de las montanas y aun pensara que la alcanzaba y se alzara sobre sus pies como si sobresaliera por encima de las cumbres, no buscaríamos otra prueba de su necedad. Pues del mismo modo, cuando vez a un arrogante que se cree el más importante de todos los hombres y tiene a injuria convivir con los demás, no busques ya ningún otro argumento de su locura. Pues al fin y al cabo resulta tanto más ridículo que los otros que por naturaleza son estultos, cuanto que por su gusto y voluntad se ha procurado enfermedad semejante.

No solamente por este título es miserable, sino también porque sin pena ninguna ha caído en el abismo de la perversidad. ¿Cuándo podrá conocer en forma conveniente sus pecados? ¿Cuándo caerá en la cuenta de que ha delinquido? El demonio ha cargado con él y se ha marchado llevándoselo como se hace con un criado o con un cautivo; y lo trae y lo lleva, lo azota y lo cubre de afrentas. Porque hasta tal punto los agita su necedad que les persuade a elevarse sobre sus hijos, sobre la esposa y aun a levantarse contra sus superiores. A otros, al contrario, los hace hinchados por la fama y esplendor de sus antepasados, cosa la más necia de cuantas hay, pues se hinchan por causas contrarias: unos se envanecen por haber tenido padres o abuelos de baja calidad; otros de haberlos tenido ilustres y conspicuos. ¿Cómo podrá alguno humillar su hinchazón? Pues a los primeros diles: sube más allá de tus abuelos y tatarabuelos y quizá encuentres entre tus ascendientes a muchos que fueron taberneros, arrieros, cocineros. A los que se envanecen por haber tenido antepasados de baja clase social, diles: Si vas más allá de tus tatarabuelos, quizá encuentres a muchos más preclaros que tú.

Os demostraré por las Escrituras ser así el proceso de la naturaleza del hombre. Salomón era hijo de un rey y de un rey esclarecidísimo; pero el padre de ese rey se contaba entre los del vulgo y hombres del pueblo, lo mismo que su abuelo materno. De otro modo no habría casado a su hija con un simple y vulgar soldado. Pero si subes de éstos, llegarás a encontrarte con personajes ilustres y nobles. Lo mismo puede verse en Saúl y en otros muchos. De manera que por semejantes motivos no debemos ensoberbecernos. Yo te pregunto: ¿de qué sirve el linaje? No es sino un nombre vano y sin contenido: ¡ya lo conoceréis en el último día! Pero como aún no llega ese día ea! ¡veamos de persuadiros por las cosas presentes cómo de eso no se deriva prerrogativa alguna! Si se echa encima una guerra o el hambre o cualquiera otra calamidad, se evaporan todas esas hinchazones apoyadas en la nobleza. Si nos acomete la peste o la enfermedad, ella no hace distinciones de pobre o rico, de noble o plebeyo, de glorioso o vulgar. Y lo mismo sucede en el curso y vicisitudes de las demás cosas, pues todas igualmente y por parejo acometen a todos. Y si hemos de decir algo paradógico y extrano, de modo especial acometen a los ricos. Pues cuanto menos se cuidan de ellas más fácilmente perecen. En cuanto al miedo es mayor el de los ricos. Los príncipes en especial temen esos cambios; y no menos los temen quienes a tales príncipes están subordinados; y aun mucho más por el hecho de que muchísimas cosas de éstos las han derribado ya el furor del pueblo y las amenazas de los príncipes.

En cambio, el pobre navega seguramente entre esas fluctuaciones. Dejando, pues, a un lado ese género de nobleza, si quieres tú demostrarme que eres libre, muéstrame una libertad de espíritu como la que tuvo aquel bienaventurado que, siendo pobre, le decía al rey Herodes: No te es lícito tener la esposa de tu hermano Filipo 248 o tal como la tuvo el que antes del Bautista fue como él y lo siguió siendo hasta decir al rey Acab: No soy yo quien arruina a Israel, sino tú y la casa de tu padre; 249 o tal como la tuvieron los profetas y todos los apóstoles.

Pero no son así las almas de los ricos; sino que a la manera de quienes estuvieran sujetos a infinitos pedagogos y carceleros, ni siquiera se atreven a levantar los ojos ni a proceder con libertad al ejercicio de las virtudes. Porque la codicia de las riquezas, de la gloria y demás cosas mundanas les causan terrores y los convierten en siervos, y aduladores. Nada hay que así prive de la libertad como el enredarse en negocios seculares y rodearse de cuanto parece precioso. Tales almas no son súbditas de un solo Señor, ni de dos, ni de tres, sino de infinitos.

Y si quieres contarlos, traigamos al medio a alguno de los que en los palacios reales son notables y senalados. Y que ese tal posea muchas riquezas, poder grande y brille por su patria y sea ilustre por sus ancestros y que atraiga las miradas de todos. Consideremos si acaso ese hombre no es más vil y bajo que cualquiera de los esclavos. Comparémoslo no sólo con un esclavo, sino con un esclavo de esclavos, pues muchos de los criados tienen a su vez esclavos. Ese esclavo de un esclavo no tiene sino un solo Señor. Puesto que ¿qué dificultad hay en que sin ser libre sea Señor y amo? El hecho es que tiene un solo Señor y atiende únicamente a lo que a éste agrada. Pues aun cuando parezca que su amo domina sobre él, pero con todo a sólo él obedece; y si las cosas de ese único amo van bien, pasa sin temores toda su vida. El rico en cambio tiene no un solo Señor, ni dos, ni tres sino muchos y más duros.

Desde luego anda solícito de servir al rey. Y por cierto que no es lo mismo tener como Señor a un particular que al rey en persona. El rey presta oídos a infinitos murmuradores, y conforme a eso dispensa sus favores ya a unos ya a otros. De moda que nuestro hombre, aun cuando no tenga conciencia de algo mal hecho, sin embargo de todos sospecha: de sus companeros y conmilitones, de sus iguales y de los otros súbditos, de los amigos y de los enemigos. Dirás que también el pobre tiene su Señor y lo teme. Pero no es lo mismo temer a solo uno, que temer a muchos. Más aún: si alguno examina con cuidado el negocio, encontrará que el rico de quien venimos tratando no tiene un solo Señor. ¿Cómo o en qué modo? Porque al pobre nadie anhela echarlo de su servidumbre y ponerse en su lugar; por lo cual nadie hay que le ponga asechanzas. En cambio, los ricos tienen sus mayores cuidados en echar abajo a quien más brilla y a quien más ama y es privado del emperador. Esto lo obliga a procurar adularlos a todos: a los mayores, a los iguales, a los amigos. Porque en donde existe la envidia y el anhelo de la vanagloria, ahí es imposible la amistad verdadera. Así como los del mismo oficio nunca se aman sinceramente, así tampoco los que tienen un mismo honor, ni los que aman a la vez una misma cosa de esas seculares. Por lo cual tienen interiormente grande guerra.

?Has visto el enjambre de Señores, y Señores que son tiranos? ¿Quieres que te muestre otro Señor más tirano aún? Todos cuantos están detrás del rico anhelan ponérsele delante; y los que le van adelante, se esfuerzan por impedir que se les acerque o aun avance más allá de ellos. Pero... ¡vaya una cosa admirable! Había yo prometido que os mostraría a los Señores; pero el discurso avanzando el asunto, hizo más de lo que yo había prometido, presentándoos en vez de los Señores a los enemigos: más aún, haciéndoos ver que son a la vez enemigos y Señores. Como a Señores se les adula; como a enemigos se les teme; como adversarios amenazan con asechanzas. Pues si alguno tiene tales adversarios y Señores ¿qué mayor calamidad puede sufrir? El siervo, aunque algo se le mande, pero al fin y al cabo goza del patrocinio y la benevolencia de su amo. En cambio, los otros de que tratamos, son mandados, son acometidos y luchan unos contra otros, con mayor vehemencia que lo hacen los enemigos descubiertos. Hieren a ocultas; con apariencia de amigos acometen como adversarios; y con frecuencia se congratulan de las desgracias que a los otros acontecen. No van por ese camino nuestras cosas. Pues si alguno la pasa mal, muchos lo conduelen; y si le va bien, muchos se congratulan, conforme a lo que dice el apóstol: Si padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los otros a una se gozan . 250 Y el mismo Pablo decía unas veces: ¿Cuál ha de ser nuestra esperanza, nuestro gozo, nuestra corona de gloria? ¿No sois vosotros? 251 Otras veces decía ahí mismo: Ahora ya vivimos, sabiendo que estáis firmes en el Señor. 252 Y además: Os escribo en medio de una gran tribulación y ansiedad de corazón. 253 Y también: ¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrace? 254 ¿Por qué, pues, soportamos aún las tempestades y las olas de alta mar y no nos apresuramos al puerto tranquilo; y haciendo a un lado los vanos nombres de bienes, no nos apresuramos en pos de las realidades de las cosas? Porque la gloria y el poder, la riqueza y la nobleza y demás` cosas parecidas, son sólo nombres, pero para nosotros no son realidades; del mismo modo que la tribulación, la muerte, la ignominia, la pobreza y otras del mismo jaez, para nosotros no son sino nombres, mientras que para ellos son realidades. Si os parece, traigamos aquí al medio la gloria, ya que para ellos es lo más deseable. No diré de ella que es caduca, ni que se acaba rápidamente: muéstramela en el tiempo en que más florece. Pero no le quites los disfraces ni los coloretes de meretriz; sino tráela acá al medio adornada y así ensénamela, para que yo te demuestre su fealdad. Alegarás los vestidos, la multitud de guardias, las voces de los pregoneros, la turba del pueblo que escucha, el silencio de muchos, los golpes por acercarse más, el ser espectáculo para todos: ¿acaso todo esto no es espléndido? Pues bien: examinemos si acaso todo eso no es supervacáneo y que está apoyado únicamente en la opinión de los demás. Porque con todo eso ¿en qué se torna más excelente el hombre ya sea en lo referente al cuerpo o ya en lo referente al alma? Y el hombre consta de alma y cuerpo. ¿Acaso con eso su estatura se torna mayor? ¿Se hace él más fuerte, más veloz? ¿Sus sentidos se vuelven más perspicaces? ¡Nadie lo afirmará! Pero vamos al alma: quizá en ella descubramos alguna ganancia. ¿Acaso con semejantes arreos y cosas se torna más continente, más modesta, más prudente? ¡De ningún modo! ¡Al revés! ¡sucede todo lo contrario! Porque en el alma no pasa como en el cuerpo. En éste nada se anade de perfección. Pero en el alma no hay ese mal sólo de no obtener ganancia alguna, sino que con eso se llena de arrogancia, vanagloria, necedad, ira y cae en vicios infinitos.

Alegarás que a lo menos goza y se alegra. Pues con eso me has dicho el término y resumen de todos los males y has nombrado un mal incurable. Porque quien así se alegra, difícilmente querrá apartarse de la causa de esos males, porque el deleite le cierra la puerta a todo remedio. De manera que éste es el peor mal: el no dolerse de que crezcan sus males, sino al revés, gozarse. Gozarse no siempre es bueno. Se gozan los ladrones cuando roban y el adúltero cuando mancha el lecho ajeno y el avaro cuando agarra y el homicida cuando mata. No miremos, pues, si ese tal goza, sino si se goza de alguna cosa útil; y cuidémonos de encontrar un gozo semejante al del ladrón y el adúltero. Yo pregunto: ¿por qué esos se gozan? ¿Acaso es de alcanzar entre muchos gloria con qué hincharse y ser visto de todos? Pero ¿hay algo peor que semejante anhelo y tan absurda concupiscencia? Y si esto no es malo, no vituperéis a los codiciosos de la gloria vana, ni los desgarréis con abundantes injurias. Cesad de execrar a los arrogantes y a los soberbios. ¿No podéis soportar eso ni conteneros? De manera que es posible acometerlos con mil acusaciones, aun cuando anden rodeados de infinitos guardias.

Digo todo esto en referencia a los prohombres perversos; pues con frecuencia muchos de ellos se encuentran cargados con abundantes culpas: con más que los homicidas, los ladrones, los adúlteros, los violadores de sepulcros, todo a causa del mal uso de su poder. Roban con más descaro que los ladrones, matan con mayor crueldad que los asesinos, son más inicuamente lascivos, y perforan no los muros de las casas materiales, sino los haberes y moradas de familias sin cuento. Porque a causa de su poder pueden fácilmente hacerlo. Andan oprimidos con gravísimas servidumbres, pues por ser desidiosos y perezosos ceden a las enfermedades del alma y azotan a sus consiervos continuamente y a cuantos saben sus crímenes los hacen temblar.

Nadie hay que sea más libre, nadie que sea más príncipe, nadie más poderoso que los mismos reyes como quien está libre de vicios. Sabiendo nosotros estas cosas, procuremos la verdadera libertad y librémonos de esa inicua servidumbre. No juzguemos feliz ni al fastuoso del mundo ni la tiranía de las riquezas ni otra cosa alguna semejante, sino solamente la virtud. De este modo, gozaremos de tranquilidad en la vida presente y conseguiremos los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LIX (LX)

!Ay del mundo,- por causa de los escándalos! Porque es inevitable que vengan los escándalos. Pero ¡ay de aquel por quien vienen los escándalos! (Mt 18, 7).

SI ES NECESARIO que vengan los escándalos, preguntará algún adversario ¿por qué llama miserable al mundo cuando convenía mejor ayudarlo y tenderle la mano? Esto es lo propio del médico y del abogado, lo demás es propio más bien del vulgo. ¿Qué responderemos a una lengua tan impudente? Pues ¿puede acaso encontrarse un remedio que se equipare con éste? Pues El siendo Dios por ti se hizo hombre, tomó la forma de siervo y pasó por las terribles afrentas y no dejó de poner nada de lo que a El le tocaba. Pero como los hombres a causa de su ingratitud no lograron de eso bien alguno, los llama míseros, pues tras de tan grande curación han permanecido en tan grande enfermedad. Es como si alguno a un enfermo al que se le han aplicado maravillosas curaciones, pero no quiere seguir las prescripciones médicas, le dijera doliéndose: ¡Ay de ese hombre que ha acrecentado su enfermedad a causa de su desidia! La diferencia está en que en este caso el llanto nada remedia; pero el otro es un género tal de curación que se hace prediciendo lo que va a suceder y al enfermo se le llama mísero. Pues sucede con frecuencia que muchos en nada se aprovechan del consejo, pero en cambio del llanto mucho se ayudan. Por eso usó Jesús de ese ¡ay! procurando hacerlos más despiertos, diligentes y vigilantes. Además así les manifiesta su benevolencia y su mansedumbre, pues a quienes lo rechazan los llora y no sólo no los lleva pesadamente, sino que los enmienda por medio del llanto y de la predicación, para traerlos a mejor determinación.

Preguntarás que cómo puede hacerse eso. Porque si es necesario que vengan los escándalos, ¿cómo podremos evitarlos? Pues bien: es necesario que sucedan los escándalos, pero no es necesario el que perezcamos. Es como si un médico dijera -pues nada impide que usemos del mismo ejemplo de nuevo-: necesariamente va a venir esta enfermedad, pero no es necesario que de ella mueras si te cuidas. Decía esto y otras cosas, como ya lo indiqué, para despertar el ánimo de los discípulos. Pues para no dormir como si hubieran sido enviados a una misión de paz y a una vida sin perturbaciones, les declara que están inminentes muchas batallas. Lo mismo significó Pablo al decir: En lo exterior luchas, en el interior temores: peligros en los falsos hermanos. 255 Y a los de Mileto les decía: De entre vosotros mismos surgirán hombres perversos que ensenarán doctrinas perversas. 256 Y Cristo decía: Los enemigos del hombre serán sus familiares. 257 Al decir Cristo necesidad, no por eso suprime el libre albedrío ni la libertad de la voluntad ni lo dice queriendo con esto sujetar a necesidad la vida y procederes de alguno, sino que únicamente predice que sucederá. Así lo declaró Lucas con otras palabras cuando dijo: Es imposible que no vengan los escándalos 258?Qué significa escándalos? Impedimentos puestos en el recto camino. Así llaman los actores a las dificultades que obstaculizan los cuerpos. De manera que la predicción no acarrea el escándalo ¡lejos tal cosa! ni vienen los escándalos porque Jesús los haya predicho, sino al revés: los predijo porque ciertamente iban a suceder. De manera que no sucederían si quienes los provocan los hubieran querido omitir. Ni habrían sido predichos si nunca hubieran de suceder.

Mas como algunos procedían con malicia y andaban enfermos de enfermedad incurable, sucedieron los escándalos y Jesús predijo lo que iba a suceder. Dirás: Pero si ellos se hubieran enmendado y no hubieran dado escándalo alguno ¿no resultaría falso el dicho y así se vería? De ningún modo, pues en ese caso no lo habría Cristo pronunciado, ni habría dicho: Es necesario que vengan los escándalos. Lo pronunció porque preveía que no habrían de corregirse. Preguntarás: ¿Por qué El no hizo que se evitaran? Pero ¿por qué motivo se habían de evitar y quitar? ¿Por causa de los que resultan danados? Pues bien: los danados no perecen por el escándalo, sino por su desidia. Así lo demuestran los que cultivan la virtud, pues en nada resultan danados por el escándalo sino al revés: recogen fruto abundante. Así era Job, así José, así todos los justos y los apóstoles. Si muchos perecieron, eso sucedió por su desidia y somnolencia. Si no fuera así, sino que la ruina proviniera del escándalo mismo, entonces todos debieran haber perecido. Pero si algunos escapan de la ruina, el que no escape que lo achaque a sí mismo. Los escándalos, como ya dije, tornan al alma más despierta y más perspicaz y de penetrante mirada; y no sólo el que se precave sino también el que cae y rápidamente se levanta, pues de su caída se vuelve más cauto y más difícil de ser vencido.

De modo que si somos vigilantes, sacamos de los escándalos no poco fruto, como es el que seamos más asiduos en vigilar. Si nos damos al sueno cuando tantos enemigos nos amenazan y se echan encima las tentaciones tantas en número, ¿qué será de nosotros entregados a semejante tranquilidad? Y si te parece, considera ante todo al primer hombre. Pues estando cu el paraíso por tan breve tiempo que quizá no llegó a un corto día, y viviendo entre deleites, se lanzó a tan grande maldad que esperó ser igual a Dios y juzgó que quien lo enganaba era el autor de un beneficio y no pudo guardar ni siquiera aquel precepto único ¿qué no habría hecho si todo el resto de su vida lo hubiera pasado sin trabajos? Pero luego presentan otra objeción. Entonces ¿por qué lo fabricó Dios? ¡Lejos tal cosa! Pues si no, no lo habría castigado. Si nosotros, cuando tenemos la culpa de algo no acusamos a los criados, mucho menos lo iba a hacer Dios, Señor de todos. Insisten: entonces ¿cómo se hizo así el hombre? De sí mismo y por su pereza. ¿Qué quiere decir: de sí mismo? Si los que son perversos no lo son por propia voluntad, entonces no castigues a tu criado, no increpes a tu mujer cuando peca, no azotes a tu hijo, no acuses a tu amigo, no te enfurezcas contra tu enemigo que te dana; porque todos ellos antes serían dignos de misericordia que no de castigo, puesto que no delinquen voluntariamente. Respondes: es que entonces no puedo discurrir. Pero si es que ves a alguno que no tiene culpa, sino que obró por verdadera necesidad, entonces sí logras reflexionar.

Si tu criado, impedido por una enfermedad no hace lo que le ordenaste, no sólo no lo acusas, sino que al punto lo perdonas. De modo que tú mismo eres testigo de que algunas obras son simplemente voluntarias del criado y otras no. Y si supieras que es perverso porque así nació, no sólo no lo acusarías, sino que lo perdonarías. Pues si lo perdonas a causa de la enfermedad, no le negarás el perdón porque Dios así lo hiciera desde el principio. Mas, también por otro camino podemos fácilmente refutarlos. Porque la verdad abunda en argumentos a su favor. ¿Por qué nunca echaste en cara a tu criado que no fuera más hermoso o de mayor estatura o que no fuera ave? Porque esos son dones de la naturaleza. De modo que en cuanto a los defectos naturales no incurre en culpa ni nadie se preocupa por eso ni lo reprende. En consecuencia, si acusas al criado, demuestras con certeza que su defecto no proviene de la naturaleza sino que es voluntario. Si por el hecho de no acusar testimoniamos que el defecto se ha de atribuir del todo a la naturaleza, es manifiesto que cuando reprendemos, por lo mismo declaramos que la culpa es voluntaria. No traigas, pues, torcidos raciocinios ni sofismas y dificultades más débiles que los hilos de arana.

Respóndeme a esto: ¿Hizo Dios a todos los hombres? Todos lo confiesan y es manifiesto. Entonces ¿por qué no son todos iguales en lo referente a la virtud y al vicio? ¿De dónde proviene que unos sean probos, buenos, modestos y otros ímprobos y malos? Si en esto no interviene la voluntad, sino que lo da la naturaleza ¿por qué unos cultivan la virtud y otros no? Si todos fueran por naturaleza malos, nadie podría ser bueno. Siendo común la naturaleza a todos los hombres, convendría que todos fueran idénticos; es decir o todos buenos o todos malos. Y si dijéramos que por naturaleza unos son buenos y otros son malos, cosa que es contra la razón, como ya lo demostramos, sería necesario que esa cualidad fuera inmutable, pues las cualidades naturales son inmutables.

Quisiera yo que consideraras esto. Todos los mortales son también pasibles y es imposible que alguno sea impasible aun cuando mil veces lo intente. Pero es claro lo que vemos ahora, que muchos de buenos que eran se tornan perversos y otros de perversos se hacen buenos: aquéllos por su negligencia, éstos por su diligencia. Tenemos aquí un argumento supremo de que eso no es por naturaleza; pues las cualidades naturales ni se cambian, ni se necesita diligencia para adquirirlas. Así como para ver y oír no se necesita trabajo alguno, así tampoco en ese caso el ejercicio de la virtud necesitaría ningún trabajo si por la naturaleza misma la tuviéramos. Aparte de que ¿por qué habría Dios hecho malos pudiendo hacerlos a todos buenos? Preguntarás: entonces ¿de dónde se originan los males? Pregúntalo a ti mismo. A mí lo que me toca es demostrarte que no vienen ni de la naturaleza ni de Dios. Instarás: ¿son pues efecto de la casualidad? ¡De ninguna manera! ¿Son acaso ingénitos? Te ruego, oh hombre, que hables bien y que te apartes de tal locura que llegues a dar a Dios y los males el mismo culto y por cierto supremo. Porque si son ingénitos serán también fuertes, inmutables y no podrán ni quitarse ni aniquilarse. Pues a todos es manifiesto que lo ingénito no puede perecer. Por otra parte, ¿cómo se explica que haya tantos buenos si el mal tanta fuerza tiene? ¿Cómo es que los engendrados resultan más fuertes que los ingénitos? Dirás: Es que Dios sí los quitará. Pregunto: ¿cuándo? ¿Ni cómo podría destruirlos si son sus iguales en honor, en fortaleza y en antigüedad, como alguno diría? ... ¡Oh maldad diabólica! ¡qué males tan grandes inventa! ¡cómo ha persuadido al hombre que arrojara sobre Dios tamana blasfemia! ¡con qué apariencias de piedad inventó la nueva blasfemia! Queriendo los maniqueos demostrar que el mal no procede de Dios, sino que es ingénito, inventaron otro dogma perverso y aseguraron un principio eterno del mal.

Preguntarás: ¿Cuál es pues el origen del mal? Que existen el querer y el no querer. Pero ¿cuál es el origen de querer y no querer? Somos nosotros mismos. Estás haciendo idénticamente como si preguntaras: ¿de dónde nace el ver y el no ver? Y que yo te respondiera: del cerrar o no cerrar los ojos. Y que tú de nuevo preguntaras: Y ¿de dónde nace el cerrar o no cerrar los ojos? Y yo te respondiera: De nosotros mismos y de nuestra propia voluntad. Pero tú siguieras buscando alguna otra causa.

El mal no es otra cosa que el no obedecer a Dios. Instarás: ¿cómo encontró eso el hombre? Pero yo a mi vez pregunto: ¿era acaso difícil encontrarlo? Dirás: yo no pregunto si fue difícil, sino de dónde procedió que el hombre fuera inducido a desobedecer a Dios. Fue inducido por su desidia. En su mano estaba hacer una cosa u otra y se inclinó a desobedecer.

Si tras de oír esto todavía dudas y encuentras oscuridades, te propondré una cuestión ni difícil ni complicada, sino clara y sencilla. ¿Tú alguna vez fuiste malo? ¿alguna vez fuiste bueno? O de otro modo: ¿Alguna vez venciste algún vicio que te hubiera dominado después? ¿Diste en la embriaguez y luego rechazaste ese vicio? ¿Te irritaste, pero luego depusiste la ira? ¿Despreciaste al pobre, pero luego cambiaste? ¿Fuiste fornicario, pero luego te tornaste continente? Entonces te pregunto: ¿de dónde nació que cambiaras? ¿de dónde? Si tú callas yo te lo diré. Pues de que pusiste empeno y diligencia primero; y luego fuiste perezoso y caíste en la desidia.

No voy a hablar de la virtud a los desahuciados que totalmente se han entregado a la perversidad y andan como furiosos y alocados y no quieren ni siquiera oír hablar de lo tocante a la enmienda. En cambio con gusto me dirigiré a los que andan vacilando entre el bien y el mal, y a veces hacen lo uno y a veces hacen lo otro. Alguna vez robaste lo que no te pertenecía, pero luego, movido de misericordia, diste de tus bienes a los pobres. ¿De dónde te vino ese cambio? ¿No es acaso manifiesto que a tu voluntad y libre albedrío? Es cosa cierta y que nadie negará. Por lo cual os ruego que os empenéis en la virtud, y se habrán acabado todas esas disquisiciones. Pues si lo queremos, todos los males se reducirán a simples palabras. No preguntes de dónde se originan los males ni entres en dudas. Sabiendo ya que nacen de tu desidia, huye de ellos. Si alguno te dice que no nacen de nosotros mismos, cuando lo veas irritado con su criado, exasperado con su mujer, reprendiendo a su hijo, enjuiciando a quienes lo injurian, dile: ¿Por qué decías que el mal no nace de nosotros? Si no nace de nosotros ¿por qué acusas a los demás? Dile también: Esas injurias y querellas ¿las sacas de ti mismo? Si no proceden de ti mismo, que nadie se irrite contra ti. Pero si nacen de ti mismo, entonces los males se originan de tu desidia.

Pero ¡vamos! ¿Crees tú que hay algunos que son buenos? Pues si no hay algunos buenos ¿de dónde se originó ese nombre? ¿de dónde se han originado las alabanzas? Pero si de verdad hay buenos, sin duda que reprenderán a los malos. Pero si nadie de sí mismo es bueno ni malo, entonces los buenos injustamente reprenden a los malos y con esto ellos mismos son malos. Puesto que nada hay más injusto que acusar a quien es inocente. Pero si esos que reprenden a pesar de todo son buenos, (y esto resulta un argumento máximo de su bondad aun delante de los necios), se deduce de aquí que nunca jamás alguno fue malo por necesidad. Y si todavía preguntas ¿cuál en fin es pues el origen del mal? Te responderé que la desidia y el tener que vivir entre malos y el desprecio a la virtud. De aquí se originan los males. De aquí nace incluso el que algunos anden investigando de dónde nacen los males. Nadie que bien vive y que ha determinado llevar una vida modesta y continente, mueve semejantes cuestiones, sino aquellos que se atreven a la perversidad y andan procurándose una vana excusa por ese medio; y así tejen para lograrla telas de arana.

Rompámoslas nosotros no únicamente con las palabras, sino con las obras. Pues los males no proceden de necesidad ninguna. De otro modo, Cristo no habría dicho:!Ay del hombre por quien viene el escándalo! Porque solamente llama míseros a los que proceden con mala voluntad y determinación. Ni te admires de que diga: por quien. Porque no lo dice como si ese tal hombre fuera instrumento movido por otro, sino como quien por sí mismo todo lo lleva a efecto. Pues suele la Escritura decir: Por quien, para significar la causa. Como cuando dice: He adquirido un varón por Dios, indicando así la causa primera, no la segunda. Y también: ¿Acaso la interpretación de ellos -los suenos- no es por Dios? Además: Fiel es Dios por el cual habéis sido llamados a la unión con su Hijo? Para que sepas, en fin, que los males no vienen por necesidad, oye lo que sigue: Porque una vez que los llamó míseros, prosigue: Si tu mano o tu pie te escandalizan, córtalos, arrójalos de ti. Más ventajoso te es entrar en la vida manco o cojo que Más te conviene entrar a la vida con un solo ojo, que ser arrojado al infierno de fuego con tus dos ojos. No hable de los miembros ¡lejos tal cosa! sino de los amigos y parientes a quienes tenemos como propios miembros. Lo había dicho antes y ahora lo repite. Pues no hay cosa más danina que la companía de los malvados. Con frecuencia lo que la necesidad no logra, lo consigue la amistad así para el mal, como para la utilidad. Por esto nos ordena cortar con gran vehemencia a quienes nos son perniciosos, dando a entender a los que nos escandalizan.

?Observas en qué forma rechaza el mal que de los escándalos se seguirá prediciéndolo para que a nadie tome desprevenido y en pereza, sino que ya temiéndolo vigile ese daño que él predijo ser máximo? Porque no dijo simplemente:!Ay del mundo por los escándalos; sino que lo hizo después de declarar sus muy graves daños. Y cuando llamó mísero a aquel por quien viene el escándalo, declaró que de ahí se derivaría un mayor mal. Pues cuando dice: Pero ¡ay de ese hombre! Indica un suplicio grande. Y no para aquí, sino que anadiendo un ejemplo, aumenta el temor. Y no contento aún, muestra el camino por donde podemos huir del escándalo.

?Cuál es? A los perversos, dice, aun cuando sean tus íntimos amigos, recházalos de tu amistad. Y te pone un argumento irrefutable. Pues si siguen siendo tus amigos, a ellos no los ganarás y tú te perderás. En cambio, si los rechazas, a lo menos tú conseguirás la salvación. De manera que si alguien con su amistad te dana, córtalo. Si a veces amputamos nuestros miembros cuando ya no tienen cura posible y causan daño a otros miembros, con mayor razón conviene amputar a los amigos. A la verdad, si semejantes males provinieran de la naturaleza, este consejo y exhortación sería inútil; y así mismo el cuidado de predecirlo sería en vano. Pero si no es superfluo, como en realidad no lo es, queda manifiesto que la perversidad trace de la voluntad propia.

Guardaos de menospreciar a uno de estos pequenos. De verdad os digo que sus ángeles en el cielo contemplan sin cesar el rostro de mi Padre celestial. Llama aquí pequenuelos no a los ninos, sino a los que muchos estiman como pequenuelos: me refiero a los pobres, bajos, vulgares. (Pero ¿cómo será pequeno el que es más digno que todo el mundo? ¿cómo será pequeno el que es amigo de Dios?). Llama, pues, así a los que en la opinión del vulgo son pequenos. Y no habla de muchos, sino de uno solo. Y por aquí de nuevo rechaza el daño del escándalo de muchos. Pues así como el huir de los perversos trae gran bien, así igualmente el honrar a los buenos. Doble utilidad se deriva de esto a quienes viven atentos. Una, el apartar así las amistades de los que escandalizan; otra, el mostrar honra y reverencia a los santos.

Por otro camino también los hace honorables, diciendo Porque sus ángeles en el cielo contemplan siempre el rostro de mi Padre celestial. Por aquí queda claro que los justos -y aun todos- tienen allá su ángel. Así el apóstol dice en referencia a la mujer, que conviene tenga sobre su cabeza poder, es decir velo, a causa de los ángeles. Y Moisés: Fijó las fronteras de las naciones según el número de sus ángeles. 259 Pero no habla aquí de los ángeles simplemente, sino de los más eminentes. Pues al decir: el rostro de mi Padre no significa otra cosa, sino mayor libertad, mayor confianza y grande honor.

Porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido. 260 Trae una nueva razón, más firme que la primera, y anade una parábola que presenta al Padre queriendo la salvación. Dice: ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le descarría una de ellas ¿no dejará en los montes las noventa y nueve para ir en busca de la descarriada? Y si llega a encontrarla, os digo de verdad que tiene más gozo por ella que por las noventa y nueve no descarriadas. De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequenos.

?Observas de cuántas maneras nos induce al cuidado de los hermanos aun los más pequenos? No vayas, pues, a decir: ese es un herrero o un zapatero o agricultor o iliterato y tonto, y lo desprecies. Advierte de cuántos modos te induce Cristo a portarte con modestia y cuidar de ellos para que no caigas en aquel mal. Trae al medio a un pequenuelo y dice: Haceos como ninos. Y cualquiera que recibiere a un pequenuelo, me recibe a mí; y el que escandalizare, recibirá el castigo extremo. Y no se contentó con el castigo de la piedra de molino asinario, sino que anadió aquel ¡ay! y ordenó que a quienes escandalizan se les corte, aunque tengan para nosotros el lugar de mano o de ojos.

También nos empuja a tenerlos en aprecio por razón de los ángeles a quienes esos humildes están encomendados; y también por ser esa su voluntad y precio de su Pasión; pues cuando dice: Vino el Hijo del hombre a salvar lo que había perecido, significó la crucifixión, como lo hace Pablo hablando con uno de los hermanos: Por el cual murió Cristo. 261 Además, por respeto del Padre que no quiere que perezcan. Y finalmente por la ordinaria práctica de los pastores, quienes dejan las ovejas que están a salvo y van en busca de la extraviada y cuando la encuentran se alegran sobre manera de haberla salvado.

Pues si Dios tanto se alegra de un párvulo a quien ha encontrado ¿por qué tú desprecias a quien Dios tan solícitamente cuida, siendo así que convenía dar la vida por uno de estos pequenuelos? Es que es débil y de nonada. Pues precisamente por eso debes poner todos los medios para salvarlo. Cristo, dejando las noventa y nueve ovejas, se acercó a ésta; y la salvación de tan gran número de hombres no pudo hacer que quedara en la sombra de la ruina esa sola. Lucas dice que la tomó sobre sus hombros y que hay mayor gozo por un pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que perseveran. Con eso de abandonar a los que estaban sanos y salvos y alegrarse más por esa sola oveja vuelta al redil, demuestra el mucho cuidado que de ella tiene.

No descuidemos, pues, tales ánimas, ya que tal fue la finalidad con que se dijeron todas estas cosas. Cuando amenaza con que no entrará al reino de los cielos quien no se haga pequenuelo; y cuando trae al recuerdo la piedra de molino asinario, reprime la arrogancia y el fausto, pues nada hay que así contraríe a la caridad como la arrogancia. Y cuando dice Es necesario que haya escándalos, los hace más vigilantes. Y cuando anade: ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo!, cuida de que cada uno se guarde de que por él venga el escándalo. Y cuando ordena arrancar y arrojar lejos a los que escandalizan, facilita la salvación. Y cuando manda que no despreciemos a los pequenuelos, no únicamente lo ordena, sino que lo hace con energía (pues dice: Mirad que no despreciéis a uno de estos pequenos); y cuando anade: Sus ángeles ven continuamente la cara de mi Padre; y luego: Para esto vine yo; y también: esto lo quiere mi Padre. Con todo eso torna más diligentes a los que han de tener el cuidado de los pequenos.

?Adviertes con qué muro tan grande los defendió; y cuán grande solicitud tiene aún de los más viles y pequenos y deleznables? Con castigos intolerables amenaza a quienes les arman zancadilla y promete inefables bienes a los que les sirven y cuidan de ello, y lo confirma con su ejemplo y el de su Padre. Imitémoslos y no rehusemos tomar a nuestro cargo para favorecer a nuestros hermanos cualquier cosa por baja que sea, por trabajosa que sea. De manera que aun cuando fuere necesario servirlos, ya sea pequeno, ya de baja condición social aquel por quien lo hacemos, todo lo toleremos por la salvación de ellos, hasta cruzar montes y precipicios, si es necesario. ¡Tan gran cuidado tiene Dios del alma, que no perdonó a su propio Hijo! Os ruego, pues, que desde muy temprano, en cuanto salgamos del hogar, tengamos delante esta finalidad y cuidado sobre todo: o sea salvar al que se encuentre en peligro. Y no hablo de los peligros materiales, que ni siquiera llegan a peligros, sino de los peligros que el diablo prepara contra las almas. El mercader para acrecentar sus haberes cruza los mares; el artífice para aumentar sus comodidades domésticas no deja piedra por mover. Pues nosotros no nos contentemos con trabajar en nuestra salvación, puesto que si así procedemos la arruinaremos. En la guerra el soldado que no cuida sino de salvarse mediante la fuga, pierde a los demás al mismo tiempo que a sí mismo; en cambio el valeroso, que tomó las armas para defender a los demás, al mismo tiempo que los defiende se guarda a sí mismo.

Ahora bien, como nuestra situación sea de guerra, y guerra la más encarnizada de todas y de ejército y de batalla, estemos preparados y armados para la lucha en la forma que lo ordena nuestro Rey y aun para la sangre y para la muerte, atendiendo a la común salvación de todos, exhortando a los companeros de armas, levantando a los caídos. Porque en esta batalla, muchos de nuestros hermanos yacen heridos, ensangrentados, y no hay quien cuide de ellos, nadie ni del pueblo ni de los sacerdotes ni de los peatones, ni de los amigos, ni de los hermanos, sino que cada cual atiende a solos sus intereses. Por eso perdemos de lo propio. Nuestra suprema confianza, nuestra alabanza consiste en no ocuparnos únicamente de lo nuestro.

Por eso somos fácil presa del demonio y de los hombres y somos débiles, porque andamos procediendo al contrario de lo que se nos ha dicho y no nos defendemos mutuamente ni nos amurallamos con aquella caridad que es según Dios; sino que buscamos otros títulos de amar, unos alegando el parentesco, otros la familiaridad, otros la suerte común, otros la vecindad; y somos amigos por otra causa cualquiera, menos por la piedad, cuando ésta debería ser la causa única de nuestra amistad. Pero ahora sucede al revés; de manera que a veces somos más amigos de los judíos y de los gentiles que de los hijos de la Iglesia.

Confesarás ser esto verdad, pero dirás: es porque aquél es bueno y modesto, mientras que este otro es malvado. ¿Qué dices? ¿Llamas malvado a tu hermano a quien tienes prohibido decirle rata? ¿Y no te avergüenzas ni te ruborizas de traicionar así a tu hermano, miembro tuyo, nacido del mismo parto espiritual y partícipe de la misma mesa sagrada? Y en cambio, tienes un hermano carnal y aunque tenga mil defectos y cometa millares de crímenes, le ayudas; y si tiene mala fama te parece que a ti también te toca la deshonra. A tu hermano espiritual, al que convenía defender cuando se le acomete con calumnias, tú lo cargas de infinitos dicterios y recriminaciones y lo llamas malvado. Dices: ¡es que el malvado difícilmente se soporta! Pues precisamente por esto debes unirte en amistad con él, para apartarlo del vicio, convertirlo, volverlo a la virtud. Dirás que no obedece ni se deja aconsejar. ¿Cómo lo sabes? ¿ya lo exhortaste? ¿ya procuraste su enmienda? Responderás: ya muchas veces lo he exhortado. ¿Cuántas? ¡Muchas! Una y dos veces. ¡Por Dios! ¿a eso llamas muchas veces? Aunque en eso hubieras gastado tu vida, no convenía desfallecer ni desesperar.

?No adviertes cómo Dios perpetuamente nos exhorta por los profetas, por los apóstoles, por los evangelistas? Y ¿lo obedecemos? ¡No! Y ¿se ha cansado de amonestarnos? ¿ha callado? ¿Acaso no nos dice diariamente: No podrás servir a dos Señores: a Dios y las riquezas? 262 Y sin embargo, en muchos crece la codicia y tiranía del dinero. ¿Acaso no clama diariamente: Perdonad y se os perdonará? 263 Pero nosotros nos volvemos más feroces aún. ¿No nos amonesta diariamente que dominemos la concupiscencia y los placeres ilícitos, y sin embargo muchos, a la manera de los cerdos, se revuelcan en semejantes pecados? Y a pesar de todo, él no cesa de exhortarnos.

?Por qué, pues, no reflexionamos en esto y no decimos: Dios continuamente nos habla y no desiste, aunque generalmente no lo obedecemos? Por eso decía El: Pocos son los que se salvan. 264 Pues si para salvarnos no nos basta con ejercitar solitariamente la virtud, sino que por necesidad hemos de buscar companeros en ella, cuando no cuidamos ni de la nuestra ni de la de los otros ¿qué no padeceremos? ¿de dónde tendremos en adelante esperanza de salvación? Mas ¿por qué os acuso de esto cuando ni siquiera de los domésticos tenemos cuidado, como son la esposa, los hijos, los criados; y en lugar de cuidar de ellos andamos solícitos de mil cosas fútiles, a la manera de ebrios, como por ejemplo de cómo aumentar el número de siervos que con más diligencia nos atiendan; de cómo los hijos tendrán una mayor herencia, de cómo la esposa resplandecerá con oro y vestiduras preciosas, mientras para nada cuidamos de nosotros mismos, sino solamente de nuestros haberes? Y a la verdad, de la esposa no se tiene cuidado alguno sirio de los adornos que la rodean; y lo mismo se diga de los hijos. Es como si alguno tuviera una casa ruinosa y que se está cayendo y cuyos muros están para derrumbarse y él, descuidando el repararlos, fabricara en torno grandes cercados. O como si estando el cuerpo enfermo, no se cuida de él, mientras en cambio, se le preparan dorados vestidos. O como si teniendo enferma a la Señora de la casa, se anduviera cuidando a las criadas y las telas y los vasos y ajuares domésticos, mientras ella se consume en gemidos. Tal es el espectáculo actual de nuestra alma: se encuentra mal y en mísero estado. La tienen por tierra y maltrecha la ira, la maledicencia, las locas codicias, la vanagloria, los pleitos. Y mientras semejantes fieras la desgarran, nosotros la abandonamos a tales enfermedades y sólo cuidamos de la casa y de los domésticos.

Si ocultamente una osa se escapa de su jaula, cerramos la casa, corremos por las calles para no ir a toparnos con ella. Ahora en cambio, mientras desgarran nuestra alma no una fiera sino una caterva de pensamientos, nosotros de nada nos damos cuenta. Tan gran cuidado tenemos de las fieras en la ciudad, que las guardamos en sitios despoblados o las recluimos en jaulas o en subterráneos y cuidamos de que no anden vagando por el foro o la curia o el palacio, sino que las mantenernos lejos y encadenadas. Y en cambio, en el alma, que tiene también su curia y su palacio y su tribunal para juzgar, ahí se da vuelta a las fieras y andan rugiendo en torno al entendimiento y al solio regio y armando alboroto. Por eso todo anda desordenado, todo lleno de tumultos dentro y fuera. No hay diferencia entre lo nuestro y una ciudad devastada por la incursión de los bárbaros. Y es como si un dragón diera sobre su nido de avecillas, y éstas volaran temblorosas, perturbadas y sin tener en donde refugiarse, en semejante tumulto.

Os ruego, pues, que demos muerte al dragón, que encerremos las fieras y las sofoquemos y las degollemos. Con la espada del espíritu llenemos de heridas esos malos pensamientos, para que no nos amenace el profeta, como lo hizo con Judea: Ahí danzarán los sátiros y onocentauros y los chacales y los dragones. 265 Porque hay, hay hombres peores que los onocentauros, que viven como si habitaran en un desierto: recalcitrantes, como entre nosotros suelen hacerlo los jóvenes. Arrebatados de feroces concupiscencias, así saltan, así recalcitran, así vagan sin freno por todas partes, sin tener respeto alguno al decoro. Culpables son los padres. Estos obligan a los domadores de caballos a que cuidadosamente ensenen y rijan sus corceles y no dejan que los potros en su juventud se críen indómitos, sino que los ponen al freno y ya desde los principios echan mano de los demás adminículos; y en cambio a sus hijos jóvenes les permiten andar vagando libres de freno, entregados sin temperancia a las meretrices y a los dados y que frecuenten los teatros inicuos, manchándose de crímenes; cuando lo conveniente era darles esposa casta y prudente, para que no anden tras de las prostitutas; darles esposas que los aparten de sus malas y locas costumbres y sirvan de freno a semejantes caballos.

Fornicaciones y adulterios no tienen otro origen que el libertinaje de los jóvenes. Si el joven tiene una esposa prudente, cuidará de sus intereses domésticos y de su fama y estimación. Alegarás que al fin y al cabo son jóvenes. ¡Lo sé yo también! Pero si Isaac tomó esposa a los cuarenta anos, y todo ese tiempo vivió en virginidad, mucho más pueden cultivar semejante virtud los jóvenes de ahora que es la época de la gracia. Pero... ¿qué voy a hacer? Vosotros no os cuidáis de mantenerlos en continencia. Ni os pesa ver que se manchan, se afean, se tornan criminales. Ignoráis que es una gran ventaja del matrimonio el conservar la pureza del cuerpo: si no fuera por esa ventaja ninguna utilidad tendría el matrimonio. Pero vosotros procedéis al contrario. Cuando vuestros hijos ya se han coinquinado con innumerables manchas, entonces les dais esposas, pero todo en vano y sin razón.

Dirás que es necesario esperar a que el joven brille y se afame en los negocios civiles. Pero no tenéis en cuenta su alma y sin que os impresione en nada, la veis arrojada por el suelo. Por tal motivo anda todo revuelto y perturbado: porque se descuida el alma; porque no se cuida lo que es más necesario, mientras que lo que son bagatelas con sumo cuidado se promueve. ¿Ignoras que nada más deseable puedes dar a tu hijo que el conservarlo puro y limpio de la companía de las meretrices? Nada hay más precioso que el alma. Pues ¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? 266 Pero todo lo pervierte y destruye el amor de los dineros y acaba con el temor de Dios: captura al alma como un tirano una ciudadela. Por él descuidamos la salvación propia y la de los hijos; y cuidamos únicamente de cómo, alcanzada una mayor opulencia, dejemos riquezas a otros y éstos a otros y luego esos otros a los postreros. Nos convertimos no en poseedores, sino en transmisores, por así decirlo, de dineros y posesiones. Nace de aquí una gran necedad, pues los hijos se tornan más viles que los esclavos. Pues a los esclavos, aun cuando no sea por el bien de ellos, pero en fin los castigamos por nuestro bien. En cambio, a los hijos no los hacemos que disfruten de semejante providencia, sino que los estimamos como en menos que a los esclavos.

Pero ¿qué digo de los esclavos? Los estimamos en menos que a los rebanos y andamos más solícitos de los asnos y de los caballos que de los hijos. El que tiene un mulo, cuida muy mucho de ponerle un excelente mulero, que no sea malvado, ni ratero, ni bebedor, ni ignorante de su arte. Pero si se trata de dar al hijo un pedagogo, recibimos a un cualquiera que de casualidad y sin escogerlo topamos: esto a pesar de que no hay arte mayor ni más difícil. Pues ¿qué arte habrá igual al que se ocupa en dirigir el alma y conformar la mente y la índole de un joven? Quien de tal arte esté dotado, debe mostrar mayor diligencia que cualquier pintor o escultor.

Pero nosotros de nada nos cuidamos; y lo único que anhelamos es que el joven aprenda el idioma. Y aun esto lo procuramos únicamente con el objeto de adquirir riquezas. Pues de joven no aprende el idioma para saber hablar bien, sino para amontonar riquezas. Y esto es cierto a tal grado que si las riquezas pudieran adquirirse por otro camino, sin duda que para nada nos cuidaríamos del aprendizaje de semejante disciplina. ¿Observas cuán grande es la tiranía de las riquezas y cómo todo lo invade y arrastra a los hombres a donde quiere y los trata como a esclavos atados? Pero... ¿qué fruto sacamos de tantas recriminaciones? Nosotros acometemos esa tiranía con palabras; pero ella en las realidades nos vence. Sin embargo, ni aun así cesaremos de impugnarla con palabras. Si algo conseguimos con nuestro discurso, saldremos gananciosos nosotros y vosotros. Pero si perseveráis en vuestra determinación, por nuestra parte habremos cumplido con lo que somos obligados... Que Dios os libre de semejante enfermedad y a nosotros nos conceda que podamos gloriarnos de vosotros. Pues a El se debe la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LX (LXI)

Si pecare contra ti tu hermano, ve y amonéstalo a solas tú y él. Si te atendiere, habrás ganado a tu hermano (Mt 18, 15).

PUES había Cristo usado de un acre discurso contra los que fueron para otros causa de escándalo y tropiezo, y de muchos modos los había aterrorizado, con el objeto de que no permanecieran en absoluto abatidos en su ánimo los que hubieran sido escandalizados; ni tampoco por persuadirse de que todo el discurso había sido contra los otros, fueran a explayarse y caer en el vicio contrario y creyéndose dignos de todo servicio y consideración dieran en la arrogancia, observa cómo los reprime; y ordena que el redargüir sea únicamente entre dos, para que no suceda que la acusación se torne más grave por el testimonio de muchos y esto exaspere al acusado y así se vuelva más difícil su remedio.

Dice, pues: Entre tú y él solos. Si te atiende habrás ganado a tu hermano. ¿Qué significa: si te atiende? Es decir, si a sí mismo se condena, si se persuade de haber delinquido. No dice: ya le impusiste el castigo que merece; sino: habrás ganado a tu hermano. Demuestra así que de la enemistad se sigue un daño común. No dice: se habrá ganado a sí mismo, sino tú lo habrás ganado. Declara con esto que uno y otro habían sufrido daño: uno por haber perdido a un hermano suyo; otro el daño de su salvación. A esto exhortaba cuando se asentó allá en el monte. Unas veces enviando el danado al danante y diciendo: Si cuando vas a presentar tu ofrenda al altar te acordares de que tu hermano tiene algo contra ti, deja ahí tu ofrenda y ve antes a reconciliarte con tu hermano. 267 ' Otras veces ordenando que quien ha recibido daño perdone al danante, ensenándonos a decir: Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. 268 Aquí lo dice de otra manera. Porque no induce a eso al ofensor, sino al ofendido. Como el ofensor no fácilmente vendría a pedir excusas, avergonzado y ruboroso, Cristo le envía el ofendido. Y no inútilmente, sino para que enderece lo acontecido. Y no dice: Acúsalo, incrépalo, castígalo; sino: Argúyelo y demuéstrale lo mal hecho. Porque él, como embriagado por la ira y el pudor, y como adormecido, así se encuentra poseído de esos afectos. Conviene, pues, que tú, que estás sano, vayas a él que está enfermo y establezcas con él un juicio en privado y pongas un remedio que sea aceptable. Porque ese argúyelo no significa otra cosa, sino tráele a la memoria su falta; ponle delante lo que de él has padecido. Esto, si se hace con modo decoroso, ya es parte de la defensa y empuja a la reconciliación.

!Bueno! Y ¿si no accede y permanece endurecido y pertinaz? Entonces toma contigo a uno o dos testigos, a fin de que sobre el testimonio de dos o tres se garantice toda declaración. Pues cuanto más impudente y petulante se mostrare, tanto más conviene correr a remediarlo y no a enfurecerse e indignarse. También el médico, cuando ve que la enfermedad es más grave, no desiste, ni lo lleva pesadamente, sino que se prepara mejor; que es lo que aquí Cristo ordena que se haga. Puesto que por estar tú solo has parecido un tanto débil, refuérzate con los otros dos. Dos son ya suficientes para argüir al que pecó. ¿Adviertes cómo Cristo busca no solamente la salud y utilidad del danado, sino también la del que causó el daño? Porque sufrió daño el que quedó preso en la enfermedad de la ira y se encuentra debilitado. Por lo mismo Jesús lleva al otro a éste, ya sólo, ya con dos acompanantes; y si todavía se resiste al acompanado así, entonces lo lleva ante toda la reunión o Iglesia.

?Por qué anade: dilo a la iglesia? Si buscara sólo la utilidad del paciente, nunca ordenara perdonar al pecador setenta veces siete. No habría senalado tantas ocasiones ni tan numerosos auxiliares para su enmienda; sino que tras de la primera entrevista lo habría abandonado y lanzado fuera a semejante pecador obstinado. Ahora, en cambio, ordena que una, dos y tres veces se le cuide; y no solamente a solas, sino con dos y con muchos testigos. Por esto, cuando se trata de los infieles nada de eso dice, sino otra cosa: Si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale también la otra. Pero en este caso, no procede así. Como también Pablo lo indica al decir: Pues no me toca a mí juzgar de los de fuera. 269 En cambio, al tratar de los hermanos, ordena que se les arguya y se los aparte; y si no hacen caso, que se les corte y se les avergüence. Lo mismo hace Cristo aquí al poner la ley para los hermanos; y les senala tres jueces que les indiquen lo que en su embriaguez cometieron. Pues aunque fue él quien cometió todos aquellos errores y fue quien habló, pero necesita de otros que lo ensenen, puesto que él estaba embriagado: la ira y el pecado ciegan la mente más que la embriaguez y arrojan a una locura peor. ¿Quién más prudente que David? Y sin embargo, al caer en pecado, perdió la conciencia del mal, porque la concupiscencia le embotó el raciocinio, y llenó su ánimo al modo de una humareda. Necesitó por eso de la lámpara llevada por el profeta y de discursos que le recordaran su pecado.

Tal es, pues, la razón de que ahora Jesús lleve al pecador a esos testigos para que declaren acerca de sus obras. Mas ¿por qué ordena que sea éste y no otro el que lo entreviste? Porque sin duda a éste -pues es el que él injurió- lo tolerará con mayor moderación. No sufrirá con igual ánimo que le arguya otro acerca de la injuria que cometió, sobre todo presentándose sólo el que lo arguye. En cambio, cuando vea que aquel que tiene derecho a exigirle declaraciones, anda procurando su salvación, será este quien mejor que todos los otros podrá traerlo al arrepentimiento, viendo sobre todo que éste no lo hace para imponerle castigo, sino buscando su enmienda. Por esto Cristo no ordena que desde el principio se presenten dos, sino hasta que haya fracasado el primero. Y aun entonces no le envía una muchedumbre, sino a lo más dos y aun uno solo. Y no lo remite a la iglesia hasta que el delincuente haya despreciado a esos otros.

Cuida de este modo de que no se divulguen los pecados del prójimo. Pues aunque hubiera podido desde el principio remitir a la iglesia, no lo hizo para que no se divulgara el pecado. Solamente lo ordena después que hubieren transcurrido sin fruto una y dos admoniciones. Y ¿qué quiere decir: sobre el testimonio de dos o tres se garantice toda declaración? Es como si dijera: Así tendrás testimonio idóneo de que tú pusiste todo cuanto estaba de tu parte y de que nada omitiste. Pero si ni a éstos atiende, dilo a la Iglesia, o sea a los que la presiden. Y si ni a la Iglesia hace caso, tenlo como gentil o publicano. Un hombre así se halla enfermo de una enfermedad incurable. Advierte cómo en todas partes presenta al publicano como ejemplo de suprema perversidad. Pues antes dijo: ¿Acaso no hacen lo mismo los publicanos? 270 Y más adelante: Los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de los cielos, 271 o sea los más reprobados y condenados.

Oigan esto los que corren tras de las ganancias injustas y andan anadiendo réditos sobre réditos. Mas ¿por qué a éste finalmente lo coloca entre los publicanos? Para consolar al ofendido y aterrorizar al ofensor. ¿Y a esto se reduce todo el castigo? De ninguna manera. Oye lo que sigue. Todo lo que ligareis sobre la tierra quedará ligado en el cielo. Al que preside en la Iglesia no le dice: Átalo, sino: Lo que atares, dejándolo todo en manos del ofendido; y en este caso todas las ligaduras quedan sin soltar. De manera que el ofensor sufrirá males extremos. Pero la culpa no la tiene el que delató, sino el ofensor que no quiso hacer caso. ¿Adviertes cómo a éste lo ató dos veces: una con la pena presente y otra con el futuro suplicio? Y procedió a conminar de ese modo, con el objeto de que no suceda esa clase de ofensas; sino que el ofensor temeroso de tales amenazas y de que se le excluya de la Iglesia, y también de los peligros que se le echan encima por las ataduras, acá en la tierra y allá en el cielo, se porte con mayor moderación sabiendo estas cosas. Y si no deja su enojo desde el principio, lo deje al menos después; y ante la multitud de juicios y tribunales lo deponga. Por tal motivo, constituye Cristo el primero y el segundo y el tercer juicio; y no lo corta de la Iglesia inmediatamente, sino que espera, con el objeto de que si no obedece al primero, ceda ante el segundo; y si también a éste lo rechaza, tema al tercero, y si a éste desprecia, se atemorice con el juicio futuro o por la sentencia o por la venganza divina.

También os digo que si dos de vosotros en este mundo están concordes en pedir cualquier cosa que fuere, les será otorgada por mi Padre celestial. Porque en donde están dos o tres congregados en mi nombre, ahí estoy yo entre ellos. Observa cómo por otro camino nuevo, deshace las enemistades, quita los odios, procura la unión; o sea no sólo por el temor del castigo ya mencionado, sino también por los bienes que nacen de la caridad. Una vez que a los querellosos les hizo aquellas amenazas, ahora decreta eximios premios para la caridad, puesto que quienes entre sí mantienen la concordia, alcanzan del Padre todo lo que piden y tienen a Cristo entre ellos.

Entonces ¿en ninguna parte se encuentran dos concordes? Sí, en muchos sitios y aun quizá en todas partes. ¿Cómo es, pues, que no alcanzan lo que piden? Porque hay muchos modos y causas de no alcanzarlo. Con frecuencia piden lo que no conviene que se les conceda. Ni ¿por qué te admiras cuando Pablo mismo sufrió que no se le oyera cuando escuchó que se le decía: Te basta con mi gracia, pues mi poder se manifiesta a la perfección en la flaqueza? 272 O bien porque los que piden no son dignos de equipararse con los que oyeron aquella promesa, ni tienen las disposiciones competentes, pues Cristo requiere hombres semejantes a los apóstoles. Por eso dice: de entre vosotros, es decir dotados de angélicas virtudes como las que vosotros manifestáis. O bien piden contra los que les han hecho daño, suplicando venganza y castigo contra ellos, cosa que está vedada, pues dijo Jesús: Orad por vuestros enemigos 273. O también porque sin hacer penitencia ni arrepentirse, siguen pecando y así piden una misericordia que nadie puede alcanzar, no ya pidiendo ellos, pero ni aun pidiendo por ellos algunos otros de los que tienen entrada con Dios. Así Jeremías cuando oraba por los judíos, oyó que le decían: No ores por este pueblo porque no te oiré . 274 Pero si se reúnen todas las condiciones y pides cosas que sean útiles y pones todo lo que; está de tu parte llevando una vida apostólica y guardando la concordia y caridad con el prójimo, alcanzarás lo que pides, pues benigno es el Señor.

Y pues había dicho por mi Padre, para demostrar que no sólo el Padre, sino también él lo concede, anadió: Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre ahí estoy entre ellos. Entonces ¿en ninguna parte se hallan dos o tres congregados en su nombre? Sí, los hay, aunque raras veces. Porque no habla simplemente de una reunión, ni es eso solo lo que pide; sino, como ya dije, pide además las otras virtudes. Y también que se pida con gran ahínco. Porque lo que dice significa lo siguiente: Si alguno me tiene como motivo primero de su amor al prójimo, estaré con él, con tal de que posea las demás virtudes. Pero ahora vemos a muchos que tienen otros motivos de amistad. Uno ama porque es amado; otro porque ha recibido honores; otro porque el prójimo en algún negocio secular le fue útil; otro por otro motivo cualquiera parecida. En cambio, resulta difícil encontrar alguno que ame a su prójimo por Cristo y en la forma que conviene. Los más se hallan mutuamente unidos a causa de sus negocios seculares.

No amaba así Pablo, sino por Cristo. Por eso aun no siendo él amado en el grado mismo en que él amaba no decaía en la caridad. No van ahora las cosas por ese camino. Si bien examinamos hallaremos que muchos tienen motives de amor muy diversos de ése. Si alguien me concediera hacer este examen aquí entre tan grande multitud, demostraría que muchos se unen en amor por causa de motivos seculares. Y esto queda claro por lo que origina las dichas amistades. Porque aman por causa de esas cosas pasajeras; de donde nace que no se amen ni ardiente ni perpetuamente, sino que la amistad se rompe por cualquier injuria, pérdida de dinero, envidia, amor de la vanagloria que acontezca.

Es que su caridad no tenía una raíz espiritual. Si la tuviera, ninguna de las cosas seculares la mataría. La caridad que es por Cristo es firme, estable, invencible, nada hay que pueda arrancarla: ni las calumnias, ni los peligros, ni la muerte, ni nada semejante. Aun cuando el que así ama sufriera miles de trabajos, no descaecería en el amor, teniendo siempre ante los ojos el motivo de su amor. En cambio, el que ama para ser amado, si ve algo que le desagrade, deja de amar; mientras que quien está atado con el vínculo de Cristo, jamás se aparta. Por eso Pablo decía: La caridad jamás fenecerá. 275?Qué podrías objetar? ¿que aquel a quien honraste te injurió? ¿que aquel a quien hiciste un beneficio intentó darte la muerte? Pero si por Cristo amas, eso mismo te llevará a una mayor caridad.

Lo que en otros destruye la caridad, eso acá la hace mayor. ¿Cómo? En primer lugar, porque ese que así se porta es para ti causa de recompensa. En segundo lugar, porque ese tal está necesitado de mayor auxilio y ayuda. Por esto, quien así ama no examina ni la patria, ni las riquezas, ni cuánto de amor recibe en retorno, ni nada semejante. Aunque se le odie, aunque se le injurie, aunque se le mate, persevera en el amor, pues tiene un motivo apropiado que es el amor a Cristo; y mirando a ese motivo permanece firme, estable, inmóvil.

La razón es que Cristo así amó a los enemigos, a los ingratos, a los rijosos, a los blasfemos, a los que lo aborrecían, a quienes no soportaban ni siquiera el mirarlo y anteponían a El los maderos y las piedras en los ídolos: a todos esos los amó con caridad suprema, mayor que la cual no puede otra alguna encontrarse. Pues dice: Nadie tiene un amor que supere al de dar uno la vida por sus amigos. 276 Y en cuanto a los que lo crucificaron y tan furiosamente se embravecieron contra El, mira cómo cuida de ellos. Pues hablando de ellos al Padre, dice Perdónalos pues no saben lo que hacen 277 Y luego les envió sus discípulos. Pues imitemos nosotros esa caridad; a ella volvamos nuestras miradas, para que hechos imitadores de Cristo consigamos estos bienes y también los futuros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXI (LXII)

Entonces se le acercó Pedro para preguntarle: Señor ¿cuántas veces habré de perdonar a mi hermano los agravios que me haga? ¿Hasta siete veces? Respondióle Jesús: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete (Mt 18, 21-22).

PENSABA PEDRO que decía algo notable; y por eso, como quien establece una cosa enorme, dijo: ¿Hasta siete veces? Como si preguntara: eso que nos has ordenado ¿cuántas veces lo tengo que hacer? Si mi hermano continuamente peca contra mí y muchas veces amonestado se arrepiente ¿hasta dónde nos ordenas que llevemos esto? Porque para aquel que ni se arrepiente ni a sí mismo se condena, tú mismo senalaste el término diciendo: Sea para ti como el gentil y el publicano. En cambio para este otro, no lo hiciste, sino que nada más dijiste que se le recibiera de nuevo como amigo. Por esto pregunto: ¿cuántas veces soportaré al que arrepentido confiesa su culpa? ¿Será bastante con siete veces? ¿Qué le contesta Cristo, el bueno, el benigno Dios?: No te digo que hasta siete, sino hasta setenta veces siete. No es que con esto determine un número, sino que da a entender que siempre, sin límites, perpetuamente. Pues así como mil con frecuencia significa un número indefinido y grande, así en ese sentido se dice lo de más arriba. Aquello que dice la Escritura: La estéril dio a luz siete veces, 278 significa muchas veces. De manera que Cristo no senaló término ni número de perdones, sino que significó que debía concederse siempre y perpetuamente. Así lo declara con la parábola que sigue.

j Para que no pareciera que ordenaba algo enorme y trabajoso al decir: Setenta veces siete, anadió esta parábola con la que al mismo tiempo insinuó lo que ya antes había dicho, reprimió a quien quiera por este motivo ensoberbecerse y declaró no ser cosa ardua, sino muy fácil. Trajo al medio su benignidad para que por comparación comprendas que tú, aunque perdones setenta veces siete, más aún, aun cuando perdones a tu prójimo todas sus culpas y siempre, tu misericordia, comparada con la inmensa bondad de Dios, es como una gotita de agua en el océano y con mucho menor aún: misericordia divina de que tú necesitas pues tienes que ser llevado a juicio y dar razón de tus cosas.

Por eso anadió: Es semejante el reino de los cielos a un rey que quiso llamar a cuentas a sus siervos. Al comenzar a pedirlas, se le presentó uno que le debía diez mil talentos. Y como no tenía con qué pagar, ordenó el Señor que fuera vendido como esclavo, con su mujer y sus hijos y todo lo que tenía, y así satisficiera la deuda. Y luego, como éste hubiera alcanzado misericordia, habiendo salido ahogaba a un consiervo que le debía cien denarios. Por lo cual enojado ordenó que fuera llevado a la cárcel hasta que pagara toda la deuda. ¿Observas cuán grande es la diferencia del pecado contra el hombre y el pecado contra Dios? Cuanta hay entre cien denarios y diez mil talentos; y ciertamente aún mucho mayor. Esto resulta a causa de la diferencia de las personas y también de la frecuencia de los pecados. Cuando un hombre nos está viendo, desistimos y no nos atrevernos a pecar. En cambio, estando diariamente viéndonos Dios, no tememos, sino que, por el contrario, sin temblar hacemos y decimos cuanto queremos. Por otra parte, los pecados se tornan más graves por razón de los beneficios que hemos recibido y del honor de que disfrutamos.

Y si queréis conocer cómo los pecados contra Dios son los diez mil talentos y aun muchos talentos más, procuraré explicarlo en pocas palabras. Pero temo que quienes están inclinados a la perversidad y con frecuencia caen en pecado, crean que les doy mayor libertad; o por el contrario, lance a la desesperación a quienes son más modestos, de manera que vayan a decir como los discípulos: ¿Quién podrá salvarse? 279 Sin embargo, la explicaré para dar mayor seguridad y mansedumbre a los que atienden. Pues los que padecen enfermedad incurable y son insensibles, no se conmoverán con mi razonamiento, ni se apartarán de su perversidad y pereza. Y si de mis palabras toman ocasión de mayor negligencia, eso no se ha de achacar a mi discurso, sino a su necedad. En cambio, lo que se va a decir puede reprimir y llevar al arrepentimiento a quienes viven atentos. Por su parte, los que son más moderados, cuando vean la mole de pecados y la fuerza de la penitencia, más se empenarán en la virtud. De manera que hay ventaja en lo que voy a decir.

Pondré delante los pecados y cuanto delinquimos contra Dios y contra los hombres. Y no pondré los pecados especiales sino los ordinarios; los propios después cada cual los anadirá según su conciencia. Pero lo haré una vez que haya declarado los beneficios de Dios. ¿Cuáles son los beneficios de Dios? Nos hizo de la nada, creó todo lo visible para nosotros: cielo, mar, tierra, aire y cuantos seres en ellos se contienen, los animales, las plantas, las simientes... Pero es necesario abreviar a causa de la inmensa multitud. A solos nosotros de cuantos viven sobre la tierra nos dio un alma viviente tal como la nuestra, plantó el paraíso, nos dio una auxiliar y el imperio sobre los animales y coronó al hombre de gloria y honor. Y luego al mismo hombre, que se había tornado ingrato contra su bienhechor, le concedió un don más grande aún.

Ni te detengas en la consideración de que lo arrojó del paraíso, sino considera además las ventajas que de ahí se siguieron. Puesto que, tras de haberlo echado del paraíso y haberle dado infinitos bienes, y providencias variadas, envió a su Hijo a los mismos que colmados de beneficios lo odiaban; y nos abrió el cielo, y puso ante nosotros el paraíso: ante nosotros, enemigos, y nos hizo sus hijos aunque ingratos. Por esto ahora oportunamente se dice: ¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría y de la ciencia de Dios! 280 Y nos dio el bautismo para remisión de los pecados, nos libró de los castigos, nos constituyó herederos del reino, prometió mil bienes a quienes obraran con rectitud, nos tendió la mano, infundió en nuestros corazones el Espíritu Santo.

Después de tan ingentes bienes y tan numerosos ¿qué disposiciones deberíamos tener? ¿Acaso si muriéramos cada día por El que tanto nos ha amado, le daremos las debidas gracias o a lo menos un poco se lo habremos agradecido? ¡De ninguna manera, pues eso mismo cedería en ventaja nuestra! Entonces finalmente ¿en qué disposiciones nos hallamos en la realidad, quienes debíamos estar en aquellas otras? Día a día quebrantamos sus mandamientos. No os vayáis a incomodar si acometo la lengua de los pecadores; pues no os acuso a vosotros solamente sino también a mí mismo. ¿Por dónde queréis que comencemos? ¿por los siervos? ¿por los libres? ¿por los soldados? ¿por los particulares? ¿por los príncipes? ¿por los súbditos? ¿por las mujeres? ¿por los varones? ¿por los ancianos? ¿por los jóvenes? ¿por cuál edad? ¿por cuál linaje? ¿por cuál dignidad? ¿por cuáles oficios? ¿Queréis que dé comienzo por los soldados? ¿A cuántos pecados no se arrojan diariamente? Lanzan injurias y dicterios, se enfurecen, se deleitan con las ajenas desgracias, semejantes a lobos, nunca están libres de crímenes a no ser que alguno diga que el mar carece de oleajes.

?Qué enfermedad del ánimo no los agita? ¿qué dolencia espiritual no cerca y tiene sitiada su alma? Porque a los iguales los envidian, anhelan la gloria vana, defraudan con avaricia a sus subordinados; a quienes andan litigando y se acogen a ellos como a un puerto, les resultan perjuros y enemigos. ¿Cuántas rapinas se dan entre ellos? ¿cuántos enganos? ¿cuántas falsas delaciones y negocios sucios? ¿cuántas adulaciones y servilismos? Pues bien, compararemos eso con la ley de Cristo. El que dijere a su hermano fatuo es reo de la gehenna de fuego. Quien ve a una mujer con ojos concupiscentes, ya adulteró con ella en su corazón. El que no se humillare como este párvulo no entrará en el reino de los cielos . 281 Pero los soldados usan de arrogancia para con los súbditos que se les han encomendado, los cuales los temen y les tiemblan, y ellos los tratan con mayor ferocidad que las bestias salvajes. Nada hacen por Cristo, sino todo por el vientre, por el dinero, por la gloria vana.

?Pueden acaso contarse con palabras sus crímenes? ¿para qué voy a recordar sus burlas, sus risotadas, sus conversaciones inoportunas, sus dichos obscenos? De su avaricia no hay para qué ocuparse; pues así como los monjes que habitan en las monta as del todo ignoran ese vicio, así son éstos, pero todo al revés. Porque aquéllos ignoran ese vicio porque están lejos de semejante enfermedad; éstos en cambio, como si estuvieran ebrios con ese mal, ni siquiera se dan cuenta de su perversidad; porque la maldad de tal modo ha echado fuera de su corazón toda virtud que aun estando como locos furiosos nada les parece ya criminal: tan grande tiranía ejerce sobre ellos ese vicio. Pero en fin ¿queréis que dejando a un lado a tales hombres vengamos a otros más modestos? Pues ¡ea! ¡vamos a fijarnos en los constructores y artífices! Pues éstos parece que sobre todo se buscan la vida con sus sudores y justos trabajos. Pues aun éstos, si no tienen cuidado, grandes males amontonan con su profesión. Justas obras hacen, pero les anaden la manera injusta de vender y comprar; y acumulan juramentos motivados por la avaricia, perjurios, mentiras. Apegados a las cosas de esta vida y enclavados en la tierra, no dejan medio que no pongan para reunir riquezas y no cuidan de participarlas a los necesitados y sólo anhelan aumentar sus haberes. ¿Quién podrá contar las querellas que de esto nacen, las injurias, los réditos, las usuras, los contratos llenos de fraudes, las negociaciones desvergonzadas? Pero, si os parece, dejemos a éstos y vengamos a otros. ¿A quiénes? A los que poseen campos de cultivo y se enriquecen con los frutos de la tierra. ¿Habrá algo más inicuo que ellos? ¿Quién podrá referir el modo con que se portan con los míseros peones campesinos? Encontraremos que son más inhumanos que los mismos bárbaros. A pobres que durante toda la vida andan consumidos por el hambre, les imponen tasas intolerables y perpetuas y trabajos excesivamente pesados, como a asnos o mulos, o más bien abusando de sus fuerzas corporales como si fueran de piedra, sin darles momento de respiro; sino que igualmente los atormentan, ya sean los campos feraces ya estériles; nada les perdonan. Nada hay más mísero que esto, pues tras de haber pasado todo el invierno en trabajos, destrozados por los fríos, las lluvias y los desvelos, salen los pobres con las manos vacías y aun debiendo al patrón y más temerosos que del hambre y de tan horrible naufragio, de los tormentos de los procuradores, los secuestros, las exacciones, las exigencias y servicios inevitables. ¿Quién podrá contar las negociaciones y comercios ilícitos que mediante ellos se ejercen? Mediante sus trabajos los patrones repletan sus lagares y cuevas, mientras que no permiten a los pobres llevar a sus hogares ni siquiera una mínima medida, sino que el fruto todo lo encierran inicuamente en sus toneles y como pago les arrojan una mezquindad de dinero.

Y luego inventan nuevos géneros de usura, tales que ni las leyes de los gentiles los permiten y redactan execrables contratos usurarios, en los cuales les exigen no el centésimo del capital, sino la mitad: y esto lo hacen con pobres que tienen que alimentar a su mujer y a sus hijos, siendo ese pobre el que repleta sus lagares con su trabajo y llena sus eras. Pero en nada de eso reflexionan. Razón para que traigamos al medio al profeta que clama: Espántate, oh cielo; horrorízate, oh tierra. ¡A qué crueldad se ha arrojado el género humano! No digo esto reprendiendo las artes, la agricultura ni la milicia, sino a nosotros mismos. Centurión era Cornelio, peletero era Pablo y después de su conversión ejercía su arte. Rey era David; Job era, Señor de muchos predios, gozaba de innumerables réditos; pero nada de eso le impedía para cultivar la virtud. Pues bien, meditando en todo esto y trayendo a la memoria los diez mil talentos, por aquí excitémonos a perdonar al prójimo aquellas pequenas deudas suyas. Al fin y al cabo, tenemos que dar cuenta acerca de los mandamientos que se han dado; y no podremos, hagamos lo que hagamos, pagar toda nuestra deuda. Por esto Dios nos abrió un camino por el cual podremos fácilmente pagarlo todo: me refiero al perdón de las injurias. Para que mejor lo comprendamos, pasemos adelante y oigamos íntegra la parábola.

Dice: Le fue presentado uno que debía diez mil talentos. Y como tuviera con qué pagar, ordenó el Señor que fuera vendido juntamente con su mujer y sus hijos. Pero yo pregunto: ¿por qué la esposa? No fue por crueldad inhumana, pues ciertamente el hombre habría caído en ese otro mal, con ser también su mujer esclava; sino por una especial providencia. Pues quiere el Señor mediante tal amenaza aterrorizarlo, para inducirlo a suplicarle y que así no sea vendido. Si el Señor lo hubiera determinado así a causa de la deuda, no habría accedido luego a su petición, ni le habría perdonado. Mas ¿por qué no le perdonó la deuda antes de llegar a exigir las cuentas? Para hacerle ver lo grande de la suma que le perdonaba, y por este camino el criado fuera más indulgente con el consiervo. Pues si tras de haber visto la magnitud de su deuda y lo enorme del perdón, todavía trató con tal aspereza a su consiervo, ¿a qué extremo de crueldad no se habría lanzado, si el Señor de antemano no lo hubiera hecho más suave mediante tales remedios? Y ¿qué es lo que dice?: Tenme paciencia y todo lo pagaré. Y el Señor compadecido de aquel siervo lo dejó libre y le perdonó toda la deuda. ¿Has notado la alteza de su benignidad? El siervo suplicaba únicamente una espera; pero el Señor le concedió mucho más de lo que aquél pedía: el perdón y la remisión de la deuda. Desde un principio quería concedérselo, pero no quería que el don fuera exclusivamente suyo, sino que interviniera la súplica para que el siervo no se marchara sin ser coronado. Sin embargo, aunque el siervo haya caído de rodillas suplicando, la causa del perdón está indicando que la obra toda fue de Dios. Pues dice: Compadecido, le perdonó. Sin embargo quería que pareciera haber cooperado con algo el siervo, para que no se sintiera demasiado avergonzado; y para que aleccionado con su propia desgracia fuera más indulgente con su consiervo.

Hasta aquí el siervo fue hombre bueno y aceptó, pues confesó su deuda y prometió pagarla, y cayó de rodillas y suplicó, condenó su culpa, reconoció la magnitud de la deuda. Pero lo que se siguió no fue digno de lo antecedente. Salido apenas de la presencia de su Señor, y antes de que pasara mucho tiempo, pues fue al punto y enseguida, estando fresco el don que se le había hecho, perversamente usó del don y libertad que su Señor le había concedido. Habiendo encontrado a uno de sus consiervos que le debía cien denarios, lo ahogaba y le decía: Paga lo que debes. ¿Has visto la misericordia del Señor y la crueldad del siervo? Pues escuchadlo vosotros, los que por los dineros procedéis de la misma manera. Pues si por las culpas no debe hacerse eso, mucho menos por los dineros.

?Qué hizo el consiervo? Le dice: Tenme paciencia y todo lo pagaré. Pero el siervo ni siquiera se conmovió por aquellas palabras que a él lo habían salvado. Pues por ellas le fue perdonada la deuda de los diez mil talentos. No conoció el puerto en que él mismo se había salvado del naufragio. Ni la forma de la súplica le trajo a la memoria la benignidad de su Señor. Echando de su ánimo todo eso, a causa de la dureza, la avaricia y la crueldad, más cruel que cualquier bestia salvaje, sofocaba al consiervo. ¿Qué haces, oh hombre? ¿No adviertes en qué forma tú mismo te enganas y vuelves contra ti la espada y echas a perder el perdón y el don? Nada pensó ni se acordó de sus propios intereses, ni en absoluto cedió. Y eso que la súplica no era por la misma cantidad de él. Pues al fin y al cabo él había suplicado por diez mil talentos, mientras que su consiervo suplicaba por cien denarios; éste rogaba a un consiervo, aquél a su Señor; aquél obtuvo el perdón total de la deuda, éste suplicaba únicamente una espera, pero ni eso le concedió. Pues lo echó a la cárcel.

Viendo esto los consiervos, lo acusaron ante el Señor, y le refirieron todo. Ni a los hombres agradaba eso, cuánto menos a Dios. Se entristecieron juntamente todos, aun los que nada debían. ¿Qué hace el Señor? Le dice: ¡Siervo malvado! Toda la deuda te perdoné porque me lo suplicaste. ¿No era razón que tú te apiadaras de tu companero como yo me apiadé de ti? Observa de nuevo la mansedumbre del Señor. Se pone a juicio con el criado y se justifica de tener que revocar el favor concedido. Mejor dicho: no fue él quien revocó el don, sino el mismo que lo había recibido. Por eso dice: Toda tu deuda la perdoné porque me lo suplicaste. ¿No era razón que tú te apiadaras de tu companero? Pues aun cuando te parezca pesado, convenía que atendieras a lo que ya habías ganado y a lo que en adelante podías lucrar. Aunque el mandamiento sea pesado, pero conviene mirar al premio; y pensar no en el daño que el otro te infiere sino en que ofendes a Dios a quien con una sencilla súplica habías aplacado.

Y si aun así te parece pesado el hacerte amigo del que te ha danado, mas duro es ir a caer en la gehenna: si tú hubieras hecho comparación habrías visto cuánto más leve es lo primero. Debía el otro diez mil talentos y Dios ni lo llamó perverso ni lo injurió, sino que lo compadeció; pero cuando se tornó inhumano con su companero, entonces sí lo llama: Siervo malvado. Óiganlo los avaros, pues a vosotros toca lo presente. Oídlo vosotros los inmisericordes y crueles y ved que en realidad no sois crueles para con los otros sino para con vosotros mismos. De manera que cuando quieras recordar las injurias, piensa que contra ti mismo las recuerdas y no contra el otro. Andas haciendo haces de tus culpas y no de las del prójimo. Cuanto hagas contra tu enemigo, como hombre lo haces y en la vida presente; pero Dios no procede así, sino que allá te impondrá un suplicio mayor y para siempre. Porque dice: Lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda; es decir, perpetuamente, pues nunca podría pagarla toda. Pues no mejoraste con el beneficio, no queda sino que te enmiendes mediante el castigo.

Aun siendo las gracias y dones de Dios sin arrepentimiento, pero tanto pudo la perversidad que quebrantó esa ley. ¿Qué habrá, pues, peor que el recuerdo de las injurias, pues puede echar por tierra un don tan grande y de tanto precio? Ni lo hizo el Señor así nomás, sino que airado lo entregó a los verdugos. Al principio, cuando ordenó que fuera vendido, sus palabras no eran de ira y por eso no llevó a cabo su amenaza, sino que todo fue ocasión de una inmensa misericordia; pero ahora la sentencia que pronuncia está llena de gran indignación y lleva consigo suplicio y venganza. Entonces ¿qué significa la parábola? Dice: Así hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano. Y no dijo vuestro Padre, sino: mi Padre. Porque un hombre tan perverso e inhumano, no es digno de llamar Padre a Dios.

Dos cosas, pues, son las que aquí procura: que condenemos nuestros pecados y perdonemos los demás; y esto segundo para lograr lo primero y que nos sea más fácil, pues quien piensa en sus pecados será más indulgente con sus consiervos. Y hay que perdonar no únicamente de palabra, sino de corazón, para que no volvamos en contra nuestra la espada por anclarnos acordando de las injurias. No es tan grande el mal que el otro te hizo, cuanto es el que tú mismo te causas cuando alimentas en tu corazón la ira y te atas sobre ti la sentencia condenatoria de Dios. Si tú estás atento y obras con virtud y prudencia, el daño se volverá sobre la cabeza del otro y él será el que lo padezca. Pero si tú te empenas en llevarlo pesada y molestamente, tú solo llevarás el daño y no por aquel sino por ti mismo causado.

No digas, pues: Me injurió, me calumnió, me ha causado infinitos males; pues cuanto más enumeres tanto más benéfico mostrarás a tu enemigo. Te dio oportunidad de quitar tus pecados; hasta el punto de que cuanto mayor mal te haya hecho mayor perdón de tus pecados te habrá alcanzado. Pues si queremos, nadie podrá danarnos, sino que los mismos enemigos grandemente nos aprovecharán. Pero ¿para qué referirme al hombre? ¿qué hay más malvado que el diablo? Pues bien: de él obtenemos la oportunidad de bien obrar, como lo prueba el caso de Job. Pues bien: si el diablo te es ocasión de coronas, ¿por qué temes a tu enemigo? Mira pues cuán grande lucro obtienes si llevas con paciencia las molestias que te causan tus enemigos.

En primer lugar, la utilidad mayor, que es la remisión de tus pecados; en segundo lugar la perseverancia y paciencia; en tercer lugar la mansedumbre y benignidad. Pues quien sabe no irritarse contra los que lo ofenden, mucho más será manso para con los amigos. En cuarto lugar, el andar perpetuamente libres de la ira, bien al cual ningún otro se iguala. Quien nunca se irrita jamás experimenta tristeza, como es manifiesto, ni pasa su vida en inútiles dolores y trabajos; pues quien no odia tampoco experimenta dolor sino que goza de deleites y de miles de bienes. De manera que a nosotros mismos nos aplicamos el castigo cuando aborrecemos a otros; así como a nosotros mismos nos beneficiamos cuando a otros amamos.

Anade que tú vendrás a ser-tenido en veneración por tus enemigos, aun cuando ellos fueran los mismos demonios. O mejor aún: si así procedes, en realidad nunca tendrás ningún enemigo; y lo que es supremo y primero que todo, te atraerás la misericordia divina; y si acaso sucede que peques, alcanzarás perdón: si es bueno tu comportamiento tendrás gran entrada con Dios. Procuremos, pues, alcanzar esa virtud de nunca odiar para que Dios nos ame; y aun cuando le seamos deudores de diez mil talentos, se compadezca de nosotros. Es que el otro te danó. Compadécelo y no lo aborrezcas; llóralo y no lo rechaces. Pues no fuiste tú quien ofendió a Dios sino él. Tú te portaste bien, si lo llevaste con paciencia. Recuerda que Cristo, al ser crucificado, se gozaba de sus padecimientos y lloraba por los que lo crucificaban.

Conviene que así pensemos nosotros y que cuanto mayor daño se nos cause, tanto más lloremos por los que nos lo causan. Pues de ahí se nos derivan infinitos bienes y a ellos, al contrario, males. Insistes: ¡es que delante de todos me injurió y me azotó! Bien: delante de todos se manchó él y se deshonró y abrió la boca a miles de acusadores y para ti tejió innumerables coronas y juntó gran cantidad de heraldos de tu paciencia. ¡Es que me calumnió ante otros! ¿Qué interesa eso? pues Dios tomará cuentas de todo, no los que lo oyeron. El se buscó motivos de pena y tendrá que dar cuenta no únicamente de sus delitos, sino además de los que con sus palabras echó sobre sí.

El te calumnió delante de los hombres, pero queda acusado delante de Dios. Y si esta razón no te satisface, recuerda que tu Señor fue también calumniado por Satanás y por los hombres ante los que más amaba. Y lo mismo su Hijo Unigénito. Por lo cual Cristo dijo: Si al padre de familias lo han llamado Beelzebul, cuánto más lo harán con sus familiares. 282 Ni solamente lo calumnió el maligno demonio, sino que al demonio se le dio crédito. Y lo calumnió no de cosas fútiles, sino de grandes crímenes. Lo llamó poseso y enganador y enemigo de Dios. En consecuencia, llora sobre todo por el calumniador, gózate de ti mismo pues has sido hecho semejante a Dios, el cual: Hace salir su sol sobre malos y buenos. 283 Y si te parece que está sobre tus fuerzas el imitar a Dios -aunque al fervoroso esto no le resulta difícil-, si pues eso te parece cosa más sublime, ¡ea! te llevaré a los consiervos: a José, que habiendo sufrido de sus hermanos infinitos males, los colmó de beneficios; a Moisés, que, tras de mil asechanzas que los judíos le pusieron, rogó en favor de ellos; al bienaventurado Pablo, que ni siquiera podía enumerar todo lo que de los mismos judíos había sufrido y sin embargo anhelaba ser anatema por ellos; a Esteban, que lapidado, incluso rogó al Señor que les perdonara semejante pecado.

Pensando todo esto, depón la ira, para que Dios nos perdone todos nuestros pecados, por gracia y misericordia del Señor nuestro Jesucristo, con el cual sea al Padre y al Espíritu Santo la gloria, el imperio y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXII (LXIII)

Sucedió que al concluir Jesús este discurso, salió de Galilea y se dirigió al país de Judea, al otro lado del Jordán (Mt 19, 1).

HABÍA JESÚS frecuentemente abandonado Judea a causa de la envidia de los judíos; pero ahora se detiene allá porque estaba cercano el tiempo de su Pasión. Pero aún no subió a Jerusalén, sino que se detuvo en los límites de Judea. Y en cuanto llegó allá, lo siguieron las turbas y los curó. No se ocupó continuamente en dar la doctrina y hacer milagros, sino que unas veces se ocupaba en una cosa y otras en otra, con el objeto de proveer de varios modos a la salvación de los que le seguían y no se apartaban de El. Todo para que por los milagros que hacía probara ser Maestro digno de fe en lo que ensenaba; y por lo que ensenaba se aumentara el lucro y ganancia que producían los milagros. Y por todos los caminos lo que pretendía era llevarlos al conocimiento de Dios.

Por tu parte considera cómo los evangelistas pasan de largó apenas con una palabra, las grandes turbas, sin hacer referencia a cada uno de los que fueron sanados. Pues no dicen éste y éste, sino muchos. Nos ensenan así a guardarnos del fausto. Y los sanaba Cristo para hacerles el bien y mediante ellos a otros muchos. Pues el que unos fueran curados era para otros ocasión de conocer a Dios. Pero no lo era para los fariseos, que, al revés, más se enfurecían por eso mismo. Y así se le acercan para tentarlo. No comprendiendo ellos lo que Cristo obraba, le mueven problemas. Pues habiéndosele acercado y tentándolo, le decían: ¿Es lícito que un hombre repudie a su mujer por cualquier motivo? Creían que con sus preguntas le iban a cerrar la boca, aunque ya sabían por experiencia cuán poderoso era en esto. Porque cuando discutieron largamente acerca del sábado; cuando dijeron de él: Este blasfema; cuando decían: Tiene demonio; cuando increpaban a los discípulos porque yendo por medio de los sembrados cortaban espigas; cuando trataron sobre el comer sin lavarse las manos; y en todas ocasiones, los dejó con la boca cerrada reprimiendo la impudencia de su lengua. Pero ni así desisten. Es propio eso de la perversidad, de la envidia el ser impudente y petulante: aunque millares de veces se la refute, millares de veces insta de nuevo.

Advierte la malicia de la pregunta. Porque no dijeron: Tú ordenaste que no se dimitiera a la mujer, pues ya Jesús había disertado sobre este tema. Pero ellos no recordaron sus palabras, sino que iniciaron su polémica por aquí. Pensando que así le pondrían más graves pruebas y queriendo que él hablara en contra de la Ley, no le dicen: ¿Por qué legislaste esto y esto? Sino que, como si nada se hubiera dicho antes, le preguntan Si es lícito, esperando quizá que él no recordaría lo que ya había establecido. Preparados estaban, si decía ser lícito repudiar a la mujer, a oponerle lo que él mismo había ya determinado, con estas palabras: ¿Por qué te contradices? Y si se afirmaba en lo que anteriormente había dicho, objetarle y ponerle delante a Moisés.

?Qué hace Jesús? No les dice: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? 284 Y como lo hizo más tarde. No procedió así en esta ocasión. ¿Por qué? Para manifestar juntamente su poder y su mansedumbre. Pues ni siempre calla para que no piensen que ignora las cosas, ni siempre rearguye para ensenarnos a llevar con mansedumbre cuanto se ofrezca. ¿Cómo, en fin, les responde?: ¿No habéis leído que el que creó a los hombres al principio los hizo varón y hembra? Y dijo Por eso dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. Por consiguiente ya no son dos sino una carne. Pues bien: lo que Dios unió, no lo separe el hombre. Observa la sabiduría del Maestro. Porque, siendo interrogado, ¿si acaso es lícito? no, responde al punto ser ilícito, para, no perturbarlos; sino que antes de pronunciar su sentencia, hace esa preparación que ya deja en claro la cosa declarando ser decreto de su Padre y que Moisés no se opuso a este precepto. Advierte cómo esa indisolubilidad la confirma no únicamente por el hecho de la creación, sino además por el decreto de su Padre. Porque no dice que Dios creó sólo un hombre y una mujer, sino que además ordenó que el uno se uniera a la otra.

Si hubiera querido que una fuera dimitida y otra luego desposada, tras de crear un solo hombre habría creado muchas mujeres. Ahora en cambio, así por la forma de la creación como por el decreto paterno demuestra que deben cohabitar solamente uno con una y no separarse jamás. Observa cómo lo dice: El que creó a los hombres al principio los hizo varón y hembra; o sea que de una misma raíz nacieron ambos y se juntaron en un solo cuerpo. Pues dice: Serán los dos una sola carne. Y luego declarando ser cosa temible el recusar esta ley y, al mismo tiempo confirmándola, no dijo: En consecuencia no los apartéis ni separéis, sino ¿qué?: Lo que Dios unió que el hombre no lo separe. Y si en contra alegas a Moisés, yo te presento al Señor de Moisés; y además confirmaré la ley atendiendo al tiempo. Porque Dios a los principios los hizo varón y hembra; de modo que es antiquísima ley, aunque parezca que ahora yo la afirmo y decreto cuidadosísimo y exacto. Pues Dios no únicamente presentó la mujer al varón, sino que ordenó que abandonaran a su padre y a su madre. Ni ordenó únicamente acercarse a la mujer, sino unirse a ella, declarando por este modo de hablar que ya no podían separarse. Y no se contentó con esto, sino inventó un mayor grado de unión al decir: Y serán dos en una sola carne.

Tras de haber repetido la ley que con hechos y palabras fue puesta al principio; y tras de haber demostrado ser ella legítima a causa del Legislador, finalmente da autoritativamente su interpretación y la sanciona diciendo: Por lo mismo ya no son dos, sino una sola carne. De manera que así como es crimen cortar la carne, así es inicuo dimitir a la mujer. Y no se detuvo aquí sino que trajo al medio a Dios y dijo: En consecuencia, lo que Dios unió que el hombre no lo separe. Demostró de esta manera que el despedir a la mujer es contra la naturaleza y contra la ley. Contra la naturaleza, pues es cortar y dividir lo que es una sola carne; contra la ley, pues fue Dios el que unió y ordenó no separar, que es lo que vosotros intentáis.

Después de esto ¿qué se había de hacer? ¿acaso no lo que convenía era callar? ¿alabar lo que se había dicho? ¿admirar la sabiduría del Maestro? ¿espantarse de la gran consonancia entre Cristo y su Padre? Pero nada de eso hacen los judíos, sino querellando dicen: ¿Cómo es, pues, que Moisés ordenó dar libelo de repudio, previa acta de divorcio? Semejante dificultad no se la habían de proponer a Cristo, sino Cristo a ellos. Sin embargo no los reprende ni les dice: Eso no me toca a mí. Sino que se puso a resolverles su dificultad. En verdad, si se hubiera opuesto al Testamento Antiguo, no habría defendido a Moisés, ni habría confirmado su sentencia con lo que allá a los principios se hizo, ni se habría esforzado en demostrar que su sentencia concordaba con la de aquellos antiguos.

Pero, habiendo Moisés legislado en muchas cosas como de los alimentos, del sábado ¿por qué no se lo oponen en parte alguna como lo hacen aquí? Porque su empeno era concitar contra él a las turbas. Al fin y al cabo los judíos hacían poco caso de ello y todos vulgarmente así procedían. Por eso, habiendo Cristo largamente hablado en el monte, de sólo este mandato le hacen mención. Pero aquella inefable sabiduría prepara defensa contra eso y dice: Porque Moisés en razón de vuestra rudeza de sentimientos así lo dispuso en la ley. 285 Ni permite que acusen a Moisés; pues era El quien había dado la ley a Moisés; sino que lo justifica y vuelve la cuestión contra ellos íntegramente, como lo hace en todas partes. Así cuando ellos acusaron a los discípulos que arrancaban las espigas, demostró que los culpables eran ellos; y cuando acusaron a los discípulos de comer sin lavarse las manos, les demuestra ser ellos los transgresores; y lo mismo cuando lo del sábado, y en todas partes, y también aquí.

Luego, como lo que había dicho era cosa pesada de llevar y en grado sumo los reprendía, inmediatamente torna el discurso de nuevo hacia la Ley Antigua y repite lo que ya había dicho: Pero allá a los principios no fue así. O sea que Dios al principio por las cosas mismas estableció lo contrario. A fin de que no fueran a decir: pero ¿de dónde nos consta que por la dureza de nuestros sentimientos legisló así Moisés?, por aquí de nuevo los reprime. Pues si la ley dada por Moisés fuera la principal en el asunto y tuviera utilidad, sin duda que la otra no hubiera sido dada al principio; ni Dios hubiera así formado al hombre, ni anadiría Cristo: Pero yo os digo que quien repudia a su mujer, excepto en el caso de adulterio, y se casa con otra, comete adulterio. Después de haberlos reducido al silencio, luego autoritativamente establece la ley, como lo hizo cuando lo de los alimentos y lo del sábado. Así como allá, cuando se trató de los alimentos, los refutó diciendo a las turbas que no mancha al hombre lo que entra por la boca; y cuando lo del sábado, tras de dejarlos callados, que era lícito hacer el bien en sábado, así ahora procede del mismo modo.

Pero lo que sucedió entonces, acaeció también ahora. Pues así como allá, con la refutación a los judíos los discípulos se perturbaron, y juntamente con Pedro se le acercaron y le dijeron: Explícanos esta parábola, así ahora conturbados decían: Si tal es la condición del hombre con la mujer, conviene no casarse. Es que ahora ellos habían entendido mejor que entonces lo que se había dicho. Por eso entonces guardaron silencio; pero ahora, como se suscitaron la pregunta y la respuesta en Cristo y los judíos, y luego la pregunta y la explicación de nuevo, y así la ley hubiera quedado más en claro, los discípulos le preguntan sin atreverse directamente a contradecirlo, sino que traen al medio lo que parecía gravoso y pesado de aquella ley y le dicen: Si tal es la condición del hombre con la mujer, lo conveniente es no casarse. Pues les parecía muy gravoso el tener que tolerar perpetuamente a una mujer llena de toda perversidad y guardar en el hogar una fiera indómita tal.

Y para que veas que esto los perturbó profundamente, hay que tener en cuenta a Marcos, quien afirma de ellos que hablaron con Jesús aparte. ¿Qué significa: Si tal es la condición del hombre con la mujer? Quiere decir: si en tal forma están unidos que son una misma cosa; o también: Si de tal modo la ley ata al marido que siempre cometa pecado si dimite a su mujer, es más fácil y llevadero luchar contra la concupiscencia natural y contra sí mismo, que contra una mujer perversa.

?Qué les responde Cristo? No les contestó: Sí, así es, es más fácil, proceded así, con el objeto de que no fueran a pensar que establecía una ley; sino que dijo: No todos lo entienden, sino aquellos a quienes se les ha concedido. Ensalza el asunto y declara ser cosa alta y de este modo los atrae y los exhorta. Aparece aquí una especie de contradicción. Pues Cristo afirma ser eso cosa muy alta; mientras que ellos aseguran ser cosa muy fácil. Pero ambas cosas concuerdan bien. El dijo ser cosa muy excelsa para tornarlos más fervorosos; ellos, por lo que antes se dijo, lo tuvieron por muy fácil, para que de este modo prefirieran la virginidad y la continencia.

Como hablarles de la virginidad parecía ser cosa gravosa a causa de la dura necesidad impuesta por la ley, Cristo se contenta con atraerlos a ella. Y para demostrarles ser posible conservarla, anade: Los hay inhábiles desde el vientre de su madre para el matrimonio; y los hay inhábiles porque los hombres los inhabilitaron; y los hay que ellos mismos se impusieron el celibato por causa del reino de los cielos. Oscuramente los induce a escoger este género de vida y los persuade a ser posible guarda esta virtud; como si les dijera: Piensa lo que harías si por naturaleza fueras impotente, o si por la violencia y con injuria los hombres te hubieran tornado impotente. Privado de semejante voluptuosidad ¿qué harías no pudiendo esperar premio alguno por eso? Da pues ahora gracias a Dios, que puedas llevar esa privación ganando premios y mercedes, privación que aquellos otros soportan sin ser coronados por ella. Más aún: tal cosa ni siquiera es pesada sino, al contrario, muy fácil; porque se aligera con la esperanza del premio y con la conciencia de tener tan eximia virtud y por el hecho de que no es agitada por tan grandes oleajes como son los de la concupiscencia.

Porque al fin y al cabo, ni siquiera la amputación del miembro suele apagar esos oleajes y procurar la tranquilidad, como lo hace el freno de la razón. Más aún: con este freno mucho más se apagan. De manera que Cristo trajo a la memoria a esos impotentes, para incitar a la virtud a los otros. Porque, si a esto no se dirigía ¿a qué venía ese traer al medio a semejantes eunucos? Y cuando dice: que los hay que ellos mismos se hicieron eunucos, en absoluto no habla de la amputación de los miembros ¡lejos tal cosa! sino de rechazar los impulsos depravados, y malos pensamientos. Quien mutila su miembro es reo de maldición, como dice Pablo: ¡Ojalá sean amputados los que os conturban! 286 Y con razón. Porque ese tal hace lo mismo que los homicidas y da ocasión a los que maldicen la obra de Dios y abre la boca de los maniqueos y comete el mismo pecado que los que entre los gentiles se mutilan. Amputar los miembros es operación diabólica y desde el principio fue asechanza satánica, para tener de qué acusar al Creador y para deformar al viviente que Dios, modeló. Los que tal hacen todo lo atribuyen no a las determinaciones de la voluntad, sino a la naturaleza de los miembros, y así muchos se han entregado a los pecados, como si no hubieran de dar cuenta de ellos. Pecaron en dos cosas, en dos cosas danaron al hombre: en amputarle sus miembros y en impedir el empeno de la voluntad para las buenas obras. Fue el demonio quien introdujo semejante ley. E introdujo además pésimo dogma, o sea acerca del hado fatal y la necesidad ; y una vez preparado así el camino, luego echa por tierra nuestra libertad persuadiendo que los vicios son cosas connaturales; y de aquí deduciendo otra cantidad de perversas afirmaciones, aunque no abiertamente. Así es el pernicioso veneno del demonio.

Os ruego en consecuencia que huyamos de semejante iniquidad. Pues aparte de lo que ya dijimos, es un hecho que semejante amputación en nada disminuye la concupiscencia, sino que aun la torna más ardiente: el semen de otras fuentes se deriva y de otro origen parten los oleajes que al alma agitan. Unos médicos dicen que se originan en el cerebro; otros que en los rinones. Por mi parte, yo diría que su origen viene del ánimo lascivo y el descuido de los malos pensamientos. Si el ánimo es temperante ningún daño se sigue de los naturales movimientos. Una vez que Cristo habló acerca de los eunucos que lo son sin recompensa celeste, a no ser que juntamente sean de ánimo temperante y limpios pensamientos, y también de los que guardan virginidad por el reino de los cielos, concluye con estas palabras: El que pueda entender, que entienda, con lo que más fuertemente inflama los ánimos en el deseo del celibato, demostrando ser cosa altísima y grande. Y no lo pone en necesidad de ley, por su inefable mansedumbre. Únicamente habló así sobre todo para declarar que es cosa factible, para que por aquí la voluntad conciba más crecidos anhelos.

Preguntarás: si la virginidad es cosa voluntaria ¿cómo anteriormente dijo Cristo: No todos entienden, sino aquellos a quienes se les ha concedido? Fue para que entiendas ser grande el combate, pero no para que fueras a imaginar una especie de suerte que necesariamente le toca al hombre. Porque les está concedido a todos los que quisieren. Habló así para manifestar que quien entra en este certamen necesita de gran auxilio de parte de la gracia; pero que lo tendrá quienquiera que lo desee. Porque suele Cristo usar de esa palabra cuando quiere significar que se trata de algo de suma importancia. Como cuando dice: A vosotros os ha sido dado conocer los misterios. 287 Y que eso sea verdad, queda manifiesto por este pasaje. Pues si el don fuera totalmente de lo alto y quien cultiva la virginidad no pusiera nada de su parte, en vano se le prometería el reino de los cielos ni habría motivo para distinguirlo de los otros eunucos.

Pero tú advierte cómo por donde unos malignamente proceden, por ahí otros sacan ganancia. Los judíos se marcharon sin haber aprendido nada; pues no preguntaban para saber; mientras que los discípulos sacaron grande fruto. Entonces le fueron presentados unos ninos para que les impusiera las manos y rogara por ellos. Mas los discípulos los reprendían. Pero Jesús les dijo: Dejad que los ninos vengan a mí; pues el reino de los cielos es de los que son como ellos. Y después de imponerles las manos, partió de ahí. ¿Por qué los discípulos espantaban a los ninos? Por la dignidad del Maestro. Y El ¿qué dijo? Para ensenarlos a despreciar el fausto y proceder modestamente, los recibe y los abraza y promete el reino de los cielos a los que son como ellos, cosa que ya antes había dicho.

Pues también nosotros, si queremos ser herederos de los cielos, procuremos esa virtud con gran diligencia. Porque esto es la cumbre de la virtud: unir la sencillez con la prudencia; esto es llevar una vida angélica. El alma de los ninos se encuentra libre de todas las enfermedades espirituales: no guarda memoria de las injurias, sino que a quienes lo injurian se les acerca como a amigos, como si nada hubiera pasado. Aunque su madre lo azote muchas veces, siempre la busca y la prefiere a todos. Si le presentas la reina adornada con su diadema, no la prefiere a su madre vestida con ropas hechas jirones; y más quiere verla a ella así desalinada que no a la reina magníficamente vestida; porque suele estimar lo suyo no por la pobreza o las riquezas, sino por el amor, y así distingue lo suyo de lo extrano. No exige más de lo que necesita, y en cuanto se ha hartado de leche se retira de los pechos.

Tampoco está sujeto a los cuidados que sufrimos los mayores; ni siente la pérdida de las riquezas ni desgracias semejantes; ni a la manera nuestra se alegra con las cosas pasajeras ni admira las bellezas de los cuerpos. Por eso Cristo decía: De tales como éstos es el reino de los cielos. Para que nosotros llevemos a cabo por determinación de nuestra voluntad lo que los ninos hacen por su natural. Y pues los fariseos no tenían otros motivos de sus acciones que la arrogancia y la perversidad, por eso Cristo en todas partes ordena a sus discípulos que sean sencillos; y alude a aquéllos mientras instruye a éstos. Nada hay que tanto engendre la soberbia como los principados y los primeros puestos. Y como los discípulos habían de alcanzar por toda la redondez del orbe grandes honores, previene sus ánimos para que no sufran esa pasión humana ni anden buscando las honras que del vulgo proceden ni se prefieran a los demás. Pues aun cuando estas cosas parezca que son pequenas, pero son causa de graves males. Por este camino los fariseos llegaron al colmo de la perversidad, dándose a buscar los saludos, los primeros asientos, el pasar por en medio de todos llamando la atención; y así fueron a caer por un lado en un ardiente anhelo de la vana gloria y por otro en el de la impiedad. Por el mismo motivo, ellos, tras de haberse echado encima la maldición por andar tentando al Señor, se retiraron. En cambio, los ninos se llevaron la bendición, como libres de todos esos pecados.

.. Seamos, pues, nosotros como los ninos, infantes en la malicia. Pues no podremos, con toda certeza no podremos de otro modo ir a ver el cielo, sino que necesariamente irá a la gehenna quienquiera que sea fraudulento y malvado. Más aún: antes de ir a la gehenna ya desde acá padecerá males extremos, pues dice la Escritura: Si fueres malo, para ti solo obtendrás males; pero si fueres bueno serás también útil al prójimo. 288 Pues conviene que adviertas cómo ya antiguamente así sucedía. Nadie hubo tan perverso como Saúl, nadie tan sencillo como David. Pues bien: ¿cuál de ellos fue el más fuerte? ¿Acaso no lo tuvo en sus manos dos veces David y habiendo podido darle muerte, lo perdonó? ¿Acaso no lo tuvo como encerrado en una red y en una cárcel y lo perdonó? Aunque los demás lo excitaban, aunque él mismo tenía infinitos motivos de queja en contra, sin embargo, lo dejó ir sano y salvo. Y eso que Saúl lo perseguía con todo su ejército, mientras él, David, andaba errante y cortado por todos lados, con unos pocos fugitivos, destituidos de toda esperanza, y pasando de unos sitios a otros. Y el fugitivo superó al rey: y la razón fue porque David peleaba con sencillez, Saúl con malicia. Pues ¿qué podía haber más criminal que quien intentaba matar al que era jefe de su propio ejército y rectamente llevaba adelante las cosas militares siempre victorioso y erigiendo trofeos y soportaba los trabajos mientras procuraba al rey las coronas y éxitos? Así es la envidia. Destruye los bienes propios y al envidioso lo consume y envuelve en mil calamidades. El mísero de Saúl, habiéndose David alejado de él, hubo de lanzar aquella desdichada exclamación lamentándose: Estoy en grande angustia. Los extranjeros mueven guerra contra mí y el Señor se ha apartado de mí. 289 Antes de que David se le apartara no tuvo guerras sino que vivía en seguridad y en paz y glorioso; pues la gloria de su general en jefe pasaba hasta él. David no era tirano ni pensaba arrojarlo del trono, sino que en su favor se portaba preclaramente y lo quería bien, como quedó de manifiesto por los sucesos siguientes. Quienes no examinan a fondo las cosas, tal vez atribuyan la sujeción de David, mientras militaba en el ejército de Saúl, a la disciplina y ley militar. Pero una vez que Saúl lo echó de su reino ¿qué impedía que David le hiciera la guerra o qué lo persuadía a abstenerse de eso? Más aún ¿qué había que no lo incitara a darle muerte? ¿Acaso no el malvado Saúl le había puesto dos y tres veces y muchas, infinitas asechanzas? ¿No había él hecho a Saúl beneficios? ¿No se portaba así Saúl con un inocente? ¿Acaso no reinaba Saúl con peligro de David y estaba a salvo? ¿Acaso no tenía David, mientras Saúl viviera, que andar errante perpetuamente y fugitivo y puesto en extremo peligro? Pues bien: nada de eso lo pudo inducir a manchar con sangre su espada. Más aún: como viera dormido a Saúl, cogido en la red y solo aun estando en medio de los suyos, y como pudiera cortarle la cabeza, y hubiera muchos que a eso lo excitaban y le decían que por voluntad de Dios se le presentaba aquella ocasión, él no sólo increpó a quienes a tal cosa lo incitaban y se abstuvo del asesinato y dejó a Saúl sano y salvo; y como si fuera no un enemigo, sino un guardia del rey, así acusó al ejército de que traicionaba a su Señor. ¿Qué habrá igual a semejante magnanimidad? ¿qué mansedumbre que a ésta se iguale? Puede verse ella no sólo por lo dicho, sino por los hechos que luego sucedieron. Pues si consideramos nuestra perversidad, mejor apreciaremos las virtudes de los santos. Por lo mismo, os suplico que nos apresuremos a imitarlos. Si amas la gloria, pero si pones asechanzas a tus enemigos, mejor la conseguirás cuando rechazando la vanagloria te abstengas de poner semejantes asechanzas. Así como el desprecio de las riquezas es contrario a la avaricia, así el amar la gloria y el conseguir la gloria son entre sí contrarios.

Y si os place examinemos cosa por cosa. Y pues suponemos que en realidad ni tenemos temor alguno de la gehenna ni nos cuidamos para nada del reino de los cielos, ¡ea!; demostrémoslo tomando pie de las cosas presentes! ¿Quiénes son los ridículos? ¿acaso no los que proceden movidos por el aura popular? ¿Quiénes son los que han de alabarse? ¿No son acaso los que desprecian las alabanzas del vulgo? Si pues hay que vituperar el amor de la vana gloria y el amante de ella no puede gloriarse de eso, entonces a él forzosamente hay que vituperarlo y el amor de la gloria le resulta motivo de desprecio.

Pero no por sólo este motivo es despreciado, sino también porque se ve obligado a hacer muchas cosas indecorosas y al servilismo. Así todos los que a manera de locos anhelan el lucro, suelen resultar danados por ese mismo amor del lucro. Pues emplean cantidad de fraudes, pequenas ganancias les producen muy graves detrimentos. Es cosa que ya pasó a proverbio.

Lo mismo ha de decirse del lascivo. El excesivo empeno de buscar el placer le impide el placer. Pues a semejantes afeminados y envilecidos, los traen y llevan por todas partes las mujeres a la manera de esclavos, y ni siquiera se dignan usarlos como se hace con los hombres, sino que cubriéndolos de indecencia, con bofetadas y salivazos, trayéndolos y llevándolos por todas partes, se burlan de ellos y les imperan cuanto en gana les viene. Del mismo modo, nada hay más vil, ni más abyecto que el codicioso de la vanagloria y arrogante, que piensa de sí mismo andar en las cumbres. Porque querelloso es el género humano y a nadie en tanto grado aborrece como al arrogante, al soberbio, al esclavo de la gloria vana. Y el arrogante, para mantener aquel género de arrogancia hace delante de muchos oficio de criado, de manera que adula, vagamente alaba; y se sujeta a una servidumbre mucho más grave que la que soportan los esclavos que han sido comprados con dinero.

Sabiendo, pues, todas estas cosas, rechacemos semejantes actitudes, para que no suframos ya en este mundo el castigo y luego seamos atormentados para siempre. Amemos la virtud. Así cogeremos, aun antes de gozar del reino, acá en la tierra, grandísimo fruto; luego, cuando emigremos allá, disfrutaremos de los bienes eternos. Ojalá que todos los consigamos, por gracia y misericordia del Señor nuestro Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXIII (LXIV)

Uno se le acercó y le dijo: Maestro bueno ¿qué haré para alcanzar la herencia de la vida eterna? (Mt 19, 16). 290

HAY QUIENES recriminan a este joven como fraudulento y malvado y como si se hubiera acercado a Jesús con el objetó de tentarlo. Por mi parte yo no dudaría en llamarlo avaro y amante codicioso de las riquezas, pues Cristo así se lo demostró. Pero fraudulento no, de ninguna manera, pues no es lícito ni seguro el juzgar temerariamente de lo interno y oculto, en especial cuando se trata de juzgar a alguno; y aun apoyándome en Marcos, rechazaría semejante sospecha que el evangelista repudia. Porque dice: Corrió hacia él uno y de rodillas le preguntaba; Y luego: Jesús fijó en él la mirada y lo amó. Sin embargo, grande es la tiranía de las riquezas como en este pasaje se advierte. Pues aun cuando cultivemos todas las demás virtudes, ella echa por tierra todos los bienes. Con razón Pablo la llamó raíz de todos los males: La raíz de todos los males es la avaricia. 291 ¿Por qué entonces Cristo le responde: Nadie es bueno? Porque lo tenía por hombre sencillo y del vulgo y como un doctor de los judíos. Por eso le habla como a tal hombre. Pues ordinariamente responde según lo que piensan los que le preguntan; como cuando dice: Nosotros adoramos con un culto legítimo. 292 Y también: Si yo doy testimonio de mí mismo, entonces mi testimonio no es verdadero. 293 Pero cuando dice: Nadie es bueno, no quiere decir que El no sea bueno ¡lejos tal cosa! Porque no dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Yo no soy bueno. Sino que dijo: Nadie es bueno, es decir, ningún hombre; no porque al decirlo excluyera a los hombres de la bondad, sino que hablaba en comparación con la bondad de Dios. Por eso anade: Sino solamente Dios. Y no dijo: Solamente mi Padre, para que entiendas que no se reveló al joven aquel. También antes había llamado malos a los hombres con estas palabras: Pues si vosotros siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos. 294 Ahí los llamó malos, no porque asignara la perversidad a toda la humana naturaleza, pues el vosotros no incluye a todos los hombres, sino que se expresó así, comparando la bondad de los hombres con la bondad divina. Y por eso anadió: Cuánto más vuestro Padre dará cosas buenas a los que le piden.

Preguntarás: ¿qué le urgía o qué bien se seguía de semejante respuesta? Poco a poco va llevando al joven a mayores alturas y lo ensena a prescindir de toda adulación y lo saca de las cosas terrenas y lo lleva hasta Dios y lo persuade a buscar las cosas futuras y a conocer quién es el verdaderamente bueno, raíz y fuente de todo y a tributarle honor. Así cuando dice: No os hagáis llamar Maestro, 295 lo dice en comparación consigo y también para que sepan cuál es el primer origen de todo. El joven hasta aquel momento había demostrado no pequeno anhelo y amor, de manera que mientras otros se acercaban a Cristo para tentarlo y otros para que curara sus enfermedades o las ajenas, él se aproxima y viene para preguntar acerca de la vida eterna. Tierra fecunda y campo fértil era, pero la multitud de espinas sofocó la simiente. Advierte cuán bien preparado estaba para obedecer a lo que se le mandara. Dice: ¿Qué haré para poseer la vida eterna? Tan pronto parecía para obedecer. Si se hubiera acercado a Cristo con intención de tentarlo, sin duda nos lo hubiera declarado el evangelista, como lo hizo en los otros casos, por ejemplo el del doctor de la ley. Y aun cuando el evangelista calla, eso no lo habría dejado ocultarse Cristo, sino que abiertamente lo habría confundido, o secretamente lo habría hecho sentir su falta, para que no creyera que enganaba o se ocultaba y así saliera con daño.

Por otra parte, si se hubiera acercado como tentador no se habría apartado triste por lo que oyó de Cristo; puesto que tal cosa nunca le aconteció a ningún fariseo, sino que éstos cuanto más se los redargüía tanto más se enfurecían. Este joven en cambio se apartaba triste, lo que es senal grande de que no se había acercado con mala voluntad, sino con voluntad un tanto débil, pero con verdadero anhelo de la vida, aunque estaba impedido por gravísima enfermedad. Habiéndole, pues, dicho Jesús: Si quieres entrar a la vida guarda los mandamientos, el joven preguntó: ¿Cuáles? no para tentar a Cristo ¡lejos tal cosa! sino porque pensó que se trataba de unos preceptos diversos de los de la Ley, tales que podrían serle conductores para la vida: cosa propia de quien ardía en deseos. Y cuando Cristo le recitó los mandamientos, él respondió: Todo eso lo he guardado desde mi adolescencia. Pero no se detuvo aquí, sino que anadió: ¿Qué más me falta? lo que también fue senal de que ardía en deseos. Ni era poco eso mismo de que juzgara que algo le faltaba y pensara no ser suficiente lo que se le había dicho para alcanzar lo que deseaba.

?Qué hace entonces Cristo? Pues le iba a proponer cosas muy levantadas, comienza por enunciar los premios, y dice: Si quieres ser perfecto anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; y luego ven y sígueme. ¿Miras cuántos premios, cuántas coronas concede a esta palestra? Cierto que si el joven hubiera sido un tentador no le habría Cristo contestado en esa forma. Ahora, en cambio, sí lo hace y para atraerlo le muestra la gran recompensa, pero todo lo deja a su libre voluntad, dejando en la sombra las cosas que en semejante advertencia eran pesadas. De modo que antes de declararle el certamen y sus trabajos, le muestra el premio diciendo: Si quieres ser perfecto; y hasta después anade: Vende todo lo que posees y dalo a los pobres; y al punto pone el premio y dice: Tendrás un tesoro en el cielo y ven y sígueme. Porque ya el seguir a Cristo es gran recompensa. Y tendrás un tesoro en el cielo.

Pues se trataba de dineros y Jesús lo exhortaba a despojarse de todo, para demostrarle que no sólo no quedaba despojado de lo suyo, sino que en realidad incluso se le acrecentaba, le ofrece y da mayores cosas que las que se le ordena dejar. Ni solamente más, sino tanto más superiores cuanto lo es el cielo sobre la tierra y aun más todavía. Y la excelencia del premio, su firmeza y seguridad las declara llamándolas tesoro, en cuanto por las cosas humanas podía darle a entender eso al oyente. De modo que no basta con despreciar los dineros, sino que conviene alimentar a los pobres; y ante todo seguir a Jesús, es decir, cumplir todos sus mandatos y estar preparados para la muerte y muerte cotidiana. Pues dice: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame 296 Ciertamente este mandato de derramar la propia sangre es superior al de despreciar los dineros. Sin embargo, éste ayuda no poco para lograr el otro. Y el joven, habiéndolo oído, se alejó triste. Y el evangelista advierte que no fue eso sin motivo, pues el joven tenía muchas posesiones.

Porque no tienen igual impedimento los que tienen pocas posesiones y los que abundan en ellas. Porque en este segundo caso la codicia es más violenta, cosa que no me cansaré de repetir: o sea que se enciende mayor la llama con el acrecerse las riquezas y así se hacen más pobres los que las poseen, pues quedan enredados en mayores codicias y sienten más la necesidad y penuria. Y en este punto quisiera que adviertas cuán grande fuerza demostró esa enfermedad. El que con gozo y presteza se había acercado a Cristo, en cuanto Cristo le ordenó dejar las riquezas, en tal grado la enfermedad lo envolvió y afligió, que ni siquiera dio a Cristo alguna respuesta, sino que callado, triste, apesadumbrado, se alejó.

Y ¿qué hizo Cristo? Dijo: ¡Cuán difícilmente los ricos entrarán en el reino de los cielos! No porque vituperara las riquezas, sino a quienes andan enredados e impedidos en ellas. Pero si difícil es para los ricos, más aún lo es para los avaros. Pues si es impedimento para lograr el reino de los cielos el no dejar lo propio, piensa cuán grande incendio prepara en la gehenna el arrebatar lo ajeno. Mas ¿por qué dice a los discípulos cuán difícil sea que un rico entre en el reino de los cielos, siendo así que ellos eran pobres y nada poseían? Los ensena a no avergonzarse de la pobreza y da la razón de por qué ha querido que ellos nada posean. Y una vez que dijo cuán difícil cosa y casi imposible era aquello, declara que no sólo era imposible, sino que, poniendo la comparación con el camello y la aguja, parece anadir algo más, pues dice: Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos.

Por aquí se ve que a los ricos que sean capaces de semejante virtud, se les prepara una gran recompensa. Por lo mismo afirmó ser eso obra de Dios para declarar que a quien ha de emprender este camino le es muy necesaria la gracia. Y como los discípulos quedaran perturbados, les dijo: Esto es imposible a los hombres, pero para Dios todas las cosas son posibles. Mas ¿por qué se perturban los discípulos, pues son pobres y en exceso pobres? ¿por qué se perturban? Es que se duelen de la perdición de muchos, como quienes estaban poseídos de ardiente caridad para con los demás y ya iban teniendo entranas de maestros. Temían y temblaban por la salud del orbe todo, turbados con aquella palabra de Cristo, de manera que andaban necesitados de mucho consuelo. Por esto Jesús, tras de pasear por ellos su mirada, dijo: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. 297 Primeramente a ellos, poseídos de terror, los consoló; y habiéndolos librado de aquella angustia, pues esto significa el evangelista al decir: paseando su mirada por ellos, finalmente les levanta el ánimo con la otra sentencia, trayendo al medio la omnipotencia divina y dándoles así confianza.

Y si quieres oír el modo y manera en que lo imposible se hace posible, óyelo. Porque el motivo de decir que lo imposible para los hombres es posible para Dios, no fue para que decayeras de ánimo y desistieras de esa virtud como si fuera imposible en absoluto, sino para que, comprendiendo la magnitud de la empresa, más fácilmente la emprendas y así, tras de invocar a Dios para que te auxilie en tan bellos certámenes, logres la vida eterna. En fin: ¿cómo se puede lograr esto? Si te despojas de las posesiones, si dejas los dineros, si te apartas de esa mala concupiscencia. Y para que veas que eso no es obra exclusivamente de Dios, sino que lo que dijo fue para explicar la dificultad de la empresa, oye lo que sigue. Pues a Pedro que decía: He aquí que nosotros lo abandonamos todo y te hemos seguido; y que anadió luego y preguntó: ¿qué habrá, pues, para nosotros?, Cristo, determinando la recompensa, le respondió: Y cualquiera que abandonare su casa, o sus campos o a sus hermanos, o al padre o la madre, recibirá el ciento tanto en el siglo presente y luego poseerá la vida eterna. Así se hace posible lo que era imposible.

Insistirás: pero ¿cómo es posible abandonar esas cosas? ¿cómo puede el que está oprimido por tan ingente codicia de riquezas salir al punto de ese abismo? Si comienza por ir despachando las riquezas y recortando lo superfluo. Así irá adelante y luego más fácilmente podrá incluso correr. De manera que no acometas todo a la vez, sino ve subiendo por esta escala lentamente -escala que conduce al cielo- si es que el todo te parece difícil de alcanzar. Pues a la manera de los febricitantes y los que sobreabundan interiormente en amarga bilis, cuando toman su alimento y su bebida, no sólo no apagan su sed, sino que tornan la llama más ardiente y viva, lo mismo hacen los avaros cuando a esta perversa codicia, más ruda que la bilis, le acarrean riquezas: la tornan más activa y encendida. De manera que nada hay que la calme si no es que se corte la codicia del lucro; así como aplaca el acre humor de la bilis el moderado alimento y evacuación.

Todavía preguntarás: pero esto ¿cómo se conseguirá? Si meditas en que, mientras abundes en riquezas no podrás apagar la sed, sino que por el anhelo de más poseer acabarás en enfermedad; pero si dejas las riquezas, podrás echar de ti semejante morbo. No quieras pues agitar más cosas, no andes buscando lo que no se puede alcanzar ni sufras con esa incurable enfermedad, y corroído por esa peste rabiosa vengas a ser el más miserable de todos los hombres. ¡Vaya! ¡dime! ¿Quién diremos que es atormentado y vejado: el que anhela bebidas y alimentos espléndidos que no logra alcanzar ni gozar o el que no tiene semejante pasión? Sin duda alguna, aquel que anhela pero no puede conseguir lo que anhela. Cosa tan miserable es el que no pueda el anhelante alcanzar lo que codicia ni el que tiene sed poder beber, que Cristo, queriendo describir la gehenna, por este medio la pinta y pone delante al rico atormentado con el fuego, y que pidiendo una gota de agua ni aun eso alcanzaba y de ese modo era castigado.

De manera que quien desprecia las riquezas habrá apagado la codicia; mientras que quien anhela enriquecerse, y amontonar más y más, la aumenta y nunca logra conseguir su objeto, ni se detiene. Pues aun cuando reciba infinitos talentos anhela otros tantos; y si los consigue, anhela el doble; y pasando adelante desea que montes, tierras, mares se le conviertan en oro, loco con un nuevo y extrano género de locura que nunca logra desvanecerse y apagarse. Y para que comprendas que semejante enfermedad no puede extinguirse con nuevas adquisiciones, sino con el desprecio y alejamiento de las riquezas, compara: si alguna vez te llegara el deseo absurdo de volar y de levantarte por los aires ¿cómo podrías apagarlo? ¿arreglándote alas y otros instrumentos que te fabricaras o mejor persuadiéndote ser eso cosa imposible y no intentándolo más? Sin duda alguna mediante esta persuasión.

Instarás diciendo: es que eso de volar es del todo imposible. Pues bien: más imposible con mucho es apagar semejante enfermedad y ponerle término. Cierto que es más fácil que los hombres vuelen que satisfacer la codicia de poseer con nuevas adquisiciones. Cuando anhelamos cosas posibles nos consolamos con la esperanza de llegar a disfrutarlas; pero cuando anhelamos lo imposible, lo único que debemos procurar es apartarnos de semejante deseo, pues no hay otro modo de que consigamos la tranquilidad de ánimo. En consecuencia, no nos dolamos vanamente; sino que rechazando ese amor al dinero, que continuamente se exaspera y no puede reprimirse, acojámonos al otro amor que puede hacernos felices y que es facilísimo: anhelemos y amemos los tesoros de allá arriba. No hay en esto un trabajo desmesurado y la ganancia es indecible; y por cierto quien está vigilante y desprecia las cosas presentes, jamás puede dejar de obtener lo que anhela; al revés de quienes están entregados a la servidumbre de las riquezas, que en absoluto no logran su finalidad.

Meditando en todo esto, echa de tu ánimo la mala codicia de las riquezas. No puedes decir que ella te colma de bienes presentes y te libra de los males futuros. Pues aun cuando eso diera, todavía eso mismo sería un extremo suplicio y castigo. Pues aun antes de la gehenna y aparte de ella, te arroja al presente en más grave castigo. Porque la dicha codicia echa por tierra muchas familias y ha suscitado tremendos conflictos y guerras y ha obligado a muchos a darse una muerte violenta y así acabar su vida. Y antes de esos peligros, derrumba y destruye la nobleza del alma y con frecuencia torna al que semejante enfermedad padece tímido, perezoso, atrevido, mendaz, sicofante, ratero y avaro y cualquier otro extremo que quieras decir.

Quizá con frecuencia te halaga el brillo del oro y la plata y te engana, lo mismo que la multitud de esclavos, la magnificencia de las habitaciones y la clientela que en el foro te rodea. ¿Qué remedio puede ponerse a llaga tan grande? Pensando en qué actitud queda el alma con esas cosas y cómo la tornan tenebrosa, abandonada, torpe y deforme; y meditando contigo mismo el sinnúmero de males que a semejante concupiscencia acompana. Y cuán grandes peligros y trabajos hay para poder conservar las riquezas. Y ni siquiera se pueden conservar hasta el fin. Pues aun cuando logres evadir las asechanzas de todos, vendrá la muerte y todas tus riquezas las pasará a manos de tus enemigos; y a ti, despojado de todo te arrebatará, sin que puedas llevar contigo nada, sino únicamente las llagas y úlceras que de esta vida saca el alma cuando de aquí parte.

Cuando veas a alguno resplandeciente en lo exterior con magníficas vestiduras y rodeado de abundante séquito de guardias, registra su conciencia y encontrarás en su interior cantidad de aranas y abundante polvo. Piensa en Pablo y en Pedro; piensa en Juan el Bautista y en Elías; mejor aún, piensa en el Hijo de Dios, que no tuvo en dónde reclinar su cabeza. A él imítalo y a sus siervos y medita en aquellas inestimables riquezas. Pero si aún tras de haberlas meditado todavía se te oscurece la mente con las riquezas del siglo, como sumido en un naufragio mientras se enfurece la tempestad, oye la sentencia de Cristo que dice: es imposible que el rico entre en el reino de los cielos. Teniendo delante semejante sentencia, compara con ella los montes, la tierra y el mar; y si quieres, con el pensamiento hazlos todos oro: no encontrarás daño alguno que sea inferior al que esto te acarrea.

Por tu parte, enumeras tantas más tantas yugadas de tierras, diez casas o veinte, otros tantos banos, un millar de esclavos o si quieres dos millares y carrozas recubiertas de láminas de plata o de oro. Pero yo por mi parte digo que si alguno de entre vosotros los ricos, desechando semejante pobreza -que pobreza es delante de las riquezas que voy a decir poseyera el orbe entero y tuviera a su servicio tantos hombres cuantos andan por la tierra y por los mares, si cada uno poseyera el orbe entero o sea tierras y mares y en todas partes tuviera casas y ciudades y pueblo y de todas partes hacia él confluyeran en vez de aguas y fuentes ríos de oro, yo a todos esos ricos y ni aun a uno solo de ellos, si pierde el reino de los cielos, lo estimaría ni siquiera en tres óbolos.

Si ahora los codiciosos de las pasajeras riquezas de tal forma se atormentan si no las consiguen, qué consuelo les quedará sí algún sentido tuvieran de lo que son aquellos bienes inefables? ¡Ningún consuelo, por cierto! Por lo cual, no me hagas cuentas de la cantidad de dineros, sino piensa en el grandísimo mal que de ellas se les sigue a todos los que las codician, pues a cambio de ellas pierden el reino de los cielos. Les acontece lo mismo que a quien, habiendo perdido el regio honor que en los palacios se tributa, se gloriara de poseer un montón de estiércol y grandemente lo estimara. Pues el montón de riquezas en nada es mejor sino mucho peor que ese otro. Al fin y al cabo, el estiércol es útil para la agricultura, para calentar el agua en los banos y para otros usos semejantes, mientras que eso sepultado en la tierra, para nada de eso es útil; y ojalá fuera solamente inútil, pues lo que pasa es que a quien lo posee le enciende mil hornos si no lo usa en la forma que conviene. Pues de esos dineros se siguen muchos males.

Por esto aun los autores paganos llaman a la avaricia acrópolis de los males. Y el bienaventurado Pablo, mucho mejor y con mayor énfasis, la llamó raíz de todos los males. Pensando, pues, en todo esto, emulemos lo que es digno de emulación: no los magníficos edificios, no los campos grandemente fructíferos, sino los varones que tienen gran entrada con Dios y son ricos allá en el cielo y poseen aquellos tesoros y son de verdad opulentos: los pobres por Cristo. Para que así consigamos los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria, el honor y el poder y la adoración, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXIV (LXV)

Entonces Pedro respondiendo le dijo: Ve que nosotros lo dejamos todo y te hemos seguido ¿qué habrá, pues, para nosotros? (Mt 19, 27).

!OH BIENAVENTURADO Pedro! ¿a qué llamas todo? ¿A la cana de pescar? ¿a la red? ¿a la navecilla? Contesta él: No digo eso por ambición alguna que tenga, sino para introducir, por medio de esta pregunta, a la multitud de los pobres en el reino. Como el Señor dijo: Si quieres ser perfecto vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, para que no fuera alguno de los pobres a decir: entonces si yo no tengo posesiones ¿no puedo ser perfecto? Pedro pregunta para que veas que tú, aun siendo pobre, no pierdes nada. Y es Pedro el que pregunta, para que no sucediera que si esto lo oyeras de boca de Pedro, entraras en dudas -puesto que él aún era imperfecto y vacío del Espíritu Santo- sino que, recibiendo la respuesta de boca del Maestro de Pedro, tengas confianza.

Lo que nosotros hacemos cuando discutimos en lugar de otros, que nos atribuimos las cosas, eso hace el apóstol al hacer esta pregunta a nombre del orbe entero. Que él, por su parte, supiera ya claramente lo que a él tocaba, es manifiesto por lo que anteriormente se dijo: quien recibió las llaves del reino de los cielos, mucho debió confiar acerca de las demás cosas de allá arriba. Advierte con cuánta exactitud responde a lo que Cristo buscaba. Porque Cristo dos cosas pedía al rico: que diera sus bienes a los pobres y que lo siguiera. Por esto Pedro alega las dos cosas: que ya lo dejaron todo y que ya lo han seguido: Ve que nosotros lo dejamos todo y te hemos seguido. Todo lo abandona para poder seguirlo y con mayor facilidad lo siguen una vez que lo abandonaron todo. Y el haberlo abandonado les produjo confianza y gozo.

?Qué le contesta Jesús?: De verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido, al tiempo de la regeneración, cuando se sentare el Hijo del hombre en su trono glorioso, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. ¿Qué, pues? Preguntarás: ¿entonces también judas se sentará? ¡De ninguna manera! ¿Cómo es pues que dice: También vosotros os sentaréis sobre doce tronos? ¿Cómo se cumplirá semejante promesa? Oye cómo. Puso Dios una ley que fue promulgada al pueblo judío por jeremías, la cual decía: De pronto hablo contra una nación o reino, de arrancar, derrocar y perder; pero se vuelve atrás de su mal aquella gente contra la cual hablé y yo también desisto del mal que pensaba hacerle. Y de pronto hablo tocante a una nación o reino, de edificar y plantar; pero hace lo que parece malo desoyendo mi voz, y entonces yo también desisto del bien que había decidido hacerle 298. Como si dijera: así hago yo aun con los buenos. Aunque yo haya dicho que reedificaré, si se tornan indignos de mi promesa, no la cumpliré. Como sucedió con el primer hombre. Pues Dios le dijo: Infundiré temor y miedo a todos los animales de la tierra. 299 Y sin embargo, no fue así; pues el hombre se hizo indigno de semejante principado. Y fue lo que le aconteció a judas. Para que no algunos desesperando a causa de la amenaza del castigo se tomaran más endurecidos, ni otros por la promesa de los bienes se volvieran más perezosos, para ambos pone el remedio al decir: Si amenazo no desesperes, pues puedes hacer penitencia y así revocar mi sentencia, como los ninivitas; y si prometo algo bueno no te tomes perezoso a causa de la promesa, pues si te vuelves indigno de nada te servirá la promesa, sino que te será de mayor castigo; porque yo prometo al que es digno.

Por eso en esta ocasión, hablando a los discípulos no hace simplemente la promesa. Pues no dice simplemente: Vosotros, sino que anade: los que me habéis seguido. Esto para excluir a Judas y para atraer a los que en lo futuro lo siguieran. Pues no habló Jesús sólo para ellos ni para solo Judas, que se tornó indigno. Promete pues cosas futuras a los discípulos diciendo: Os sentaréis sobre doce tronos; pues levantados ya a mayores alturas, nada buscaban de lo de este mundo. En cambio a los demás les promete también bienes de este mundo diciendo: Y todo aquel que por mi causa dejare hermanos o hermanas o padre o madre o esposa o hijos o campos, recibirá el cien doblado en este siglo y poseerá la vida eterna. Para que no alguno, al oír aquello de: Vosotros, lo tomara como dicho únicamente para los discípulos (me refiero a las promesas supremas y a lo de los tronos), ahora amplía su discurso hasta a los que habían de recibir recompensa y extiende su promesa a todo el orbe, y por los bienes presentes confirma los futuros.

A los principios, como los discípulos aún eran imperfectos les hablaba de las cosas presentes. Así cuando los sacó de los negocios del mar y de su arte piscatoria y les ordenó abandonar su navecilla, no les puso delante ni tronos ni los cielos, sino sólo cosas presentes diciéndoles: Os haré pescadores de hombres. 300 Pero una vez que ya los había elevado suficientemente, les habla también de las cosas celestiales. Mas ¿qué significa: Para juzgar a las doce tribus de Israel? Pues en realidad no se sentarán como jueces, sino que así como dijo de la reina del Austro, que condenaría a aquella generación y lo mismo aseveró de los ninivitas, así ahora dice de los apóstoles que a su vez condenarán. Y por eso no dijo: a las naciones y al orbe, sino: a las tribus de Israel.

Se habían criado tanto los judíos como los apóstoles con las mismas leyes y costumbres. Pues para que no alegaran los judíos que no habían podido creer en Cristo porque la Ley y los preceptos se lo impedían, los condena trayendo al medio a los que sí habían creído a pesar de haber recibido la misma Ley que ellos. Ya antes lo había dicho: Por eso ellos serán vuestros jueces. 301 Pero dirás: ¿qué cosa grande fue prometerles lo mismo que tendrán la reina del Austro y los ninivitas? Ciertamente ya muchas otras cosas les había prometido antes y otras más les prometió después, ya que no era eso solamente el premio. Por lo demás también aquí dejó entender algo más precioso, pues de aquéllos simplemente dijo: Los ninivitas se levantarán y condenarán a esta generación; y: la reina del Austro condenará. Pero de estos otros no dijo simplemente eso, sino ¿qué?: Cuando se sentare el Hijo del hombre en su trono glorioso, entonces os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, dando a entender y manifestando de este modo que ellos participarán de su reinado y serán copartícipes de su gloria. Pues dice Pablo: Si con él pacientemente sufrimos, también con él reinaremos. 302 Pues los tronos no significan asientos, puesto que solo Cristo se sentará y solo él juzgará; sino que con esos tronos significó una gloria inefable y un honor excelso.

Esto dijo para los apóstoles; y para todos los demás la vida eterna allá y el céntuplo acá. Pero si a los demás así les promete, mucho más a los apóstoles aun en este siglo. Como en efecto sucedió. Habiendo ellos abandonado la cana de pescar y las redes, tuvieron luego en su mano los bienes de todos y el precio de las casas y de los campos y aun la persona misma de los creyentes. Pues aun habrían dado su vida por ellos, como Pablo de muchos lo testifica cuando dice: Si hubierais podido aun os habríais arrancado los ojos para dármelos. 303 Y cuando dice: quien dejare a la mujer, no quiere que se deshagan los matrimonios; sino que, así como cuando acerca de la vida decía: El que pierda su alma por mí, la encontrará, 304 no quiso decir que nos diéramos la muerte, ni que separemos el alma del cuerpo, sino que antepongamos la religión a todo lo demás, así habla al referirse a la esposa y a los hermanos. Parece que además aquí deja entender que habrá persecuciones. Pues como muchos padres arrastran a sus hijos a la impiedad y muchas mujeres a sus esposos, es como si dijera: Cuando eso os ordenaren no tengáis en cuenta ni a las esposas ni a los padres, como luego dijo Pablo: El infiel si se apartare que se aparte. 305 De manera que para levantarles el ánimo y para persuadirlos que confiaran en sí y en el orbe todo, anadió: Pero muchos pasarán de primeros a postreros, y de postreros a primeros.

Estas palabras se refieren indefinidamente a muchos otros; pero también se dijeron de ésos y de los fariseos que no creyeron; de los cuales había ya anteriormente sentenciado: Muchos vendrán del Oriente y del Occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob, mientras los hijos del reino serán echados fuera. 306 Enseguida anadió una parábola con que inflamó el anhelo de los que llegaren tarde. Pues dijo: Es semejante el reino de los cielos a un amo que salió al romper el alba para asalariar jornaleros para su vina. Y luego de concertarse con los obreros por un denario al día, los envió a su vina. Como saliera hacia la hora de tercia, vio otros que se hallaban en la plaza desocupados, y les dijo: Id también vosotros a trabajar en mi vina y os pagaré lo que sea justo. Ellos fueron. Salió de nuevo hacia la hora de sexta y hacia la de nona, e hizo otro tanto. Salió por fin a la hora undécima y a otros que halló por ahí, les dijo: ¿Por qué os estáis aquí sin trabajar todo el día? Respondiéronle: Porque nadie nos ha contratado. Díceles: Id también vosotros a mi vina. Al caer el sol ordena el dueno de la vina a su administrador: Llama a los jornaleros y págales el salario, comenzando por los últimos hasta los primeros. Se presentaron los que habían venido cerca de la hora undécima y cobraron cada uno un denario. Y al llegar la vez a los primeros creían que cobrarían más. Pero también ellos recibieron un denario cada uno. Al cobrarlo murmuraban contra el amo de la vina. Y decían: Estos que llegaron a lo último del día, sólo han trabajado una hora, y los igualas con nosotros que hemos soportado el peso y el calor de la jornada. El, respondiendo a uno de ellos, le dijo: Amigo, no te hago agravio. ¿No te concertaste conmigo por un denario? Cobra, pues, lo que es tuyo y vete. Quiero dar a éste último lo mismo que a ti. ¿O es que en mis asuntos no soy libre de proceder como yo quiera? ¿O es malvado tu ojo porque yo soy bueno? Así los últimos pasarán a primeros y los primeros a últimos. Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos. 307 ¿Qué significa esta parábola? Pues no parece concordar lo que se dice al principio con lo que se pone al fin de ella, sino que esto contradice a aquello. Pues en la parábola se muestra a todos aceptados y a ninguno rechazado, sino que todos reciben igual pago. Pero Jesús tanto al comienzo como al fin de la parábola dice lo contrario: Los últimos pasarán a primeros y los primeros a últimos. Es decir, que quedarán delante de los que eran primeros, de manera que éstos ya no serán primeros sino que quedarán pospuestos. Y que esto sea lo que significa, lo declara diciendo: Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos. De manera que de dos modos a aquéllos los punza y a éstos los consuela y exhorta. En cambio, la parábola no dice eso. Sino que esos últimos que trabajaron poco serán equiparados a los varones fatigados que trabajaron todo el día. Pues dicen éstos: Los has igualado con nosotros que soportarnos el peso y el calor de la jornada.

?Qué significa, pues, la parábola? Parece necesario ante todo declarar esto y luego resolveremos la dificultad. Llama Cristo vina a los mandatos de Dios; y tiempo de trabajar a la vida presente. Llama obreros a los que de varias maneras han sido llamados a cumplir esos mandatos; y por horas tercia, sexta, nona y undécima, se entienden los que en diversas edades se aprestaron y bien se condujeron. Pero se pregunta si acaso los que fueron primeramente aprobados por Dios y le agradaron y durante todo el día ejecutaron espléndidamente el trabajo, andaban enfermos y en el extremo de la perversidad que es la envidia que hace palidecer. Pues como vieran a los otros pagados con el mismo salario que ellos, dicen Estos que llegaron a la última del día, sólo han trabajado una hora y los has igualado con nosotros que soportamos el peso y el calor de la jornada.

Ningún daño recibían, no se les mermaba su salario y sin embargo, llevaban pesadamente y con indignación el bien ajeno, lo cual procedía de envidia y perversidad. A esto el padre de familia justificándose ante ellos y respondiendo a uno que así hablaba, lo condena como envidioso y perverso en alto grado, con decirle: ¿No te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo y vete. Quiero dar a éste último lo mismo que a ti. ¿O es malvado tu ojo porque yo soy bueno??Qué se deduce de esta parábola? Porque también en otras parábolas puede observarse lo mismo. Así aquel hijo bueno parece haberse atorado en esa misma enfermedad, cuando vio a su hermano el pródigo disfrutar de mayores honores que los que él había gozado. Pues así como aquí estos obreros recibían una mayor recompensa con ser llamados primero que los otros, así aquel hijo con la abundancia de los dones de su padre quedaba más honrado. Así se comprueba con lo de ese hijo bueno.

?Qué podemos, pues, decir? Porque en el reino de los cielos, nadie disputa acerca de tales derechos; puesto que allá el cielo está libre de toda perversidad y envidia. Si acá los justos y santos en esta vida expusieron sus vidas por los pecadores, mucho más se gozan cuando los ven allá gozando de los bienes celestes, pues juzgan comunes a ellos los bienes de los otros. Entonces ¿por qué motivo Cristo usó de esta forma de hablar? Se narra la parábola, pero no conviene tomar todo a la letra en las parábolas, sino que una vez que hemos comprendido el fin de la parábola debemos cogerlo y no examinar con vana curiosidad el resto. Finalmente ¿por qué fue así dispuesta semejante parábola y qué es lo que quiere establecer? Quiere hacer más fervorosos y diligentes a aquellos que se han convertido en su extrema ancianidad y en forma alguna que se les considere como inferiores a los demás. Para esto trae al medio a los que llevan pesadamente sus bienes espirituales; no precisamente para delatarlos como enfermos de envidia; sino para demostrar que aquellos otros tan gran honor gozan, que aun mueven a envidia a los demás. También nosotros solemos decir: aquél me acusó de que tan grande honor te he concedido. Y no lo decimos porque en realidad seamos acusados o porque queramos acusar al otro sino solamente para declarar de este modo la grandeza del don. Mas ¿por qué no contrató desde luego y al punto a todos los trabajadores? Por su parte y en cuanto le tocaba a todos los contrató. Si no todos lo obedecieron, su voluntad hizo ver la diferencia de los que fueron llamados. Por esto unos fueron llamados a la hora temprana, otros a la de tercia, otros a la de sexta o a la de nona, y otros aun a la de undécima, porque era entonces cuando obedecerían.

Esto lo indicó ya Pablo diciendo: Cuando le plugo a Dios que me segregó desde el seno materno. 308 Y ¿cuándo le plugo? Precisamente cuando Pablo obedecería. Dios desde el principio lo quería; mas, como entonces Pablo no iba a obedecer, a Dios le plugo en el momento en que sí obedecería. Así llamó al ladrón, aunque hubiera podido llamarlo antes, pero antes el ladrón no habría obedecido. Si Pablo no habría obedecido desde el principio, mucho menos el ladrón. Y si los trabajadores dicen: Porque nadie nos ha contratado, dije ya que en las parábolas no hay que examinar curiosamente todo lo que en ellas se dice. Por lo demás, no es el padre de familia quien lo dice, sino ellos. Y él no los redarguye para no dejarlos perplejos, sino atraerlos. Puesto que la parábola misma está indicando que él, cuanto fue de su parte, los llamara; pues precisamente salió a buscar obreros y contratarlos.

De manera que por todos lados nos queda manifiesto que se dijo la parábola para quienes en su primera edad y para quienes más tardíamente y ya en la ancianidad siguen la virtud: para los primeros a fin de que no se ensoberbezcan ni se burlen de los que llegaron a la hora undécima; para los otros a fin de que comprendieran que podían en breve tiempo compensarlo todo. Pues hablaba Jesús del encendido fervor, de dejar las riquezas, de despreciar todas las cosas temporales; y para eso se necesitaba un ánimo juvenil y grande fervor, encendía en ellos la llama de la caridad y los preparaba para proceder con tenacidad y constancia y les ponía delante que quienes llegaron los postreros podían recibir el salario íntegro del día. Aunque esto no lo dice claramente para no arrojarlos a la soberbia, sino que deja entender que todo depende de su bondad, y que mediante su auxilio ellos no caerán sino que conseguirán los bienes inefables.

Y esta es la principal finalidad de la parábola. Si luego anade: Y serán primeros los últimos y últimos los primeros, y también: Pues muchos son los llamados y pocos los escogidos, no te admires. Pues no lo pone como deducción de la parábola, sino que solamente quiere decir: Así como sucedió aquello, así también sucederá esto otro. Pues en realidad no fueron primeros los últimos, sino que todos recibieron la misma recompensa, fuera de toda esperanza y expectación. Pues así como esto sucedió fuera de toda esperanza y expectación, de manera que los que llegaron postreros fueron igualados a los que llegaron primero, así sucederá también lo otro que es cosa mayor y más admirable: que los últimos sean antes que los primeros y los primeros después de los últimos. De modo que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. Por lo demás, me parece que esto lo dice aludiendo a los judíos y también a los que al principio fueron fieles, pero luego, habiendo abandonado la virtud se quedaron atrás; y a los que, saliendo de su perversidad se aventajaron a muchos otros. Pues vemos en la vida cambios semejantes así en la fe como en el modo de vivir. 309 En consecuencia, os ruego que con todas nuestras fuerzas cuidemos de permanecer en la recta fe y demostremos ante todos un género de vida excelente. Pues si no llevamos una vida digna de nuestra fe, sufriremos extremos castigos. Así lo declaró ya desde aquellos tiempos antiguos el bienaventurado Pablo cuando dijo: Todos comieron un mismo manjar milagroso. Y todos bebieron una misma bebida misteriosa, 310 pero anadió: Sin embargo, no todos lograron la salvación sino que quedaron tendidos en el desierto. Lo mismo declaró Cristo a los evangelistas, poniendo ejemplo en varios que habían echado los demonios y habían profetizado y sin embargo fueron condenados al suplicio. Y a lo mismo tienden todas sus parábolas, como la de las vírgenes, la de la red, la de las espinas, la del árbol que da fruto: en todas se exige juntamente con la fe la virtud puesta en práctica.

Raras veces diserta Jesús sobre los dogmas, pues éstos no necesitan trabajo; en cambio frecuentemente habla del género de vida, o mejor dicho, en todas partes: pues para eso se necesita de una guerra perpetua y consecuentemente de un trabajo continuo. Mas ¿para qué hablo del conjunto de la vida ordenada? Un poco que de ella se desordene acarrea graves males. Así por ejemplo, el descuido en hacer limosnas lleva a los perezosos a la gehenna; aun cuando la limosna no sea la virtud íntegra, sino sólo una parte de ella. Así las vírgenes necias que no tenían el ornato de la limosna sufrieron el castigo. Por igual motivo fue atormentado el rico aquel; y los que no dieron de comer al hambriento por esa causa serán condenados con los demonios.

También el no maldecir es una parte de la virtud; y sin embargo a quienes de eso no se abstienen se les excluye del reino, pues dice: Quien a su hermano lo llamare fatuo será reo de la gehenna. 311 Igualmente la continencia es parte de la virtud. Pero sin ella nadie verá a Dios, pues dice: Mirad de alcanzar la paz con todos y la santificación, sin la cual nadie gozará del favor de Dios. 312 También la humildad es parte de la virtud. Pero aun cuando alguno todo lo demás lo cumpla bien, pero no procura esta humildad, no será limpio delante de Dios. Claro aparece en el fariseo, que adornado de otros infinitos bienes, por aquí lo perdió todo. Pero yo tengo una cosa más que anadir. Pues no únicamente una sola parte de la virtud descuidada nos cierra la entrada en el cielo, sino que lo mismo acontece si esa parte no se practica con la conveniente diligencia y fervor. Pues dice el Señor: Si vuestra justicia no sobrepasa a la de los escribas y fariseos no entraréis en el reino de los cielos. 313 De manera que si no das limosna en cantidad mayor que ellos, no entrarás en el reino. Pero ¿cuánto daban ellos de limosna? Voy ahora a declararlo para excitar a que den los que no dan; y para que quienes dan no se ensoberbezcan sino que sean más generosos aún. ¿Qué daban ellos? El diezmo de todos sus haberes y luego otro diezmo y luego un tercer diezmo, de manera que daban casi la tercera parte de sus bienes; puesto que tres décimas casi la completan. Y luego además las primicias, los primogénitos de sus animales y otras muchas limosnas, por ejemplo para la purificación, por sus pecados y lo que daban en las fiestas y en los jubileos y en perdonar deudas y dar libertad a los siervos y en conceder préstamos sin cobrar réditos. 314 Pues si quien da de limosna la tercera parte de sus bienes, o mejor dicho la mitad (pues reunidas todas esas partidas equivalen a la mitad), si el que da la mitad de sus bienes no hace obra notable, quien no da ni la décima parte ¿qué recompensa merecerá? Con razón dijo: Pocos son los que se salvan.

En consecuencia, no hagamos poco caso del cuidado de una vida virtuosa. Pues si una parte de la virtud si se descuida, tan grave daño acarrea, ¿cómo escaparemos del castigo, estando rodeados por todas partes de cosas que merecen juicio y condenación? ¿qué penas no se nos impondrán? Preguntarás: entonces ¿qué esperanza nos queda de salvación? Porque cada una de las cosas que hemos enumerado nos amenaza con la gehenna. A mí me toca decíroslo. Pero en realidad, si cuidamos podemos alcanzar la salvación; por medio de la limosna podemos curar nuestras llagas. Porque no fortalece tanto al cuerpo la unción con el óleo, como la misericordia torna al alma firme e invencible en todo. Ella la hace inexpugnable al demonio, pues ungida con ese óleo, de cualquier parte que el diablo la quiera tomar, el aceite no se lo permite, sino que al punto se le resbala: el óleo no le permite al demonio cogerla por los hombros ni retenerla con sus manos.

Unjámonos frecuentemente con este óleo; pues él es motivo de salud, y confiere luz y esplendor. Instarás diciendo: pero es que aquel otro posee tantos más cuantos talentos de oro y nada da. ¿Qué te interesa esto? Así serás tú más admirable, si de tu pobreza te muestras más generoso que él. Por esto Pablo admiraba a los macedonios: no porque daban, sino porque daban de su pobreza. Ni mires, pues, a esos ricos, sino al común doctor de todos, que no tenía en dónde reclinar su cabeza. Insistirás: pero ¿por qué fulano y fulano no lo hacen así? No condenes a los otros, sino tú procura estar libre de acusación: mayor será tu castigo si acusas a los demás y tampoco das nada. Serás reo del mismo crimen de que los acusas. Si Cristo no permite ni aun a los buenos juzgar de los demás, mucho menos a los pecadores.

No juzguemos, pues, de los otros ni nos fijemos en los desidiosos, sino en Cristo Señor nuestro y de ahí tomemos ejemplo. ¿Acaso yo fui el que te colmó de dones? ¿fui yo el que te redimió para que hacia mí vuelvas tus miradas? Es otro el que te ha dado todo. ¿Por qué, dejando a un lado al Señor, vuelves tus ojos al consiervo? No lo has oído que dice: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y también: Quien de vosotros quiera ser el primero sea esclavo de todos; y luego: Como el Hijo del hombre que no vino a ser servido sino a servir. Y para que, si acaso topas con consiervos perezosos, no te hagas negligente, te aparta de ellos diciendo: Os he dado ejemplo para que como lo he hecho con vosotros, así vosotros lo hagáis. 315 ¿Es que entre los vivos no hay alguien que te pueda servir de maestro y llevarte a esa virtud? Pues mayor gloria y encomio será para ti, por llegar a ser admirable sin preceptor: y esto se puede alcanzar y con facilidad, si queremos, como se comprueba con los que primeramente lo llevaron a cabo. Así Noé, Abraham, Melquisedec, Job y otros a éstos semejantes. Vale la pena mirar hacia ellos diariamente; y no hacia esos otros a quienes diariamente emuláis y de quienes en vuestras reuniones habláis.

Porque yo por todas partes no oigo sino palabras como éstas: Aquél posee tantas y tantas yugadas de campo; aquel otro es rico; el de más allá construye edificios. Pero ¡oh hombre! ¿por qué tan reciamente anhelas las cosas exteriores? ¿por qué te fijas en otros? Si quieres fijarte en otros, considera a los hombres probos e ilustres que cuidadosamente guardan todos los mandamientos; pero no a quienes los quebrantan y viven en desdoro perpetuo. Si a éstos miras, sacarás de ahí muchos males, y caerás en arrogancia y desidia y harás daño a los demás. Pero si consideras a los probos, por ahí lograrás humildad, diligencia, compunción y otros mil bienes. Oye lo que le sucedió al fariseo porque habiendo hecho a un lado a los hombres buenos, se fijó en el pecador: óyelo y teme. Observa cuán admirable fue David por haber puesto sus ojos en sus mayores que habían brillado por la virtud: Extranjero soy, dice, y peregrino, como todos mis padres. 316 Y esto porque él y cuantos eran como él, dejando a un lado a los pecadores, pensaban en los varones conspicuos por la virtud. Pues haz tú lo mismo.

Tú no estás sentado como juez de los hechos ajenos ni estás deputado para examinar las culpas de otros. Se te ha ordenado examinar tus pecados y no los ajenos. Pues dice Pablo: Si nos examináramos a nosotros mismos, no seríamos castigados; si bien cuando el Señor nos castiga, nos quiere ensenar. 317 Pero tú has invertido el orden cuando no te exiges cuenta de tus culpas graves o leves, y en cambio andas cuidadosamente investigando las culpas de los demás. No lo hagamos ya más, sino que, echando a un lado semejante perturbación del orden, establezcamos en nuestro interior un tribunal acerca de nuestros pecados y seamos a la vez jueces, acusadores y verdugos. Si quieres examinar los hechos ajenos, fíjate no en los pecados sino en las buenas obras; para que por medio del recuerdo de nuestras culpas y la emulación de los buenos y la presencia del incorruptible tribunal, cada día, como aguijoneados por el estímulo de la conciencia, y excitándonos a mayor humildad y diligencia, consigamos los bienes futuros, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, al cual, en unión con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXV (LXVI)

Mientras subían a Jerusalén tomó consigo a solas a los doce; y les decía por el camino: Mirad que subimos a Jerusalén y el Hijo del hombre va a ser entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte. Y lo entregarán a los gentiles para ser vilipendiado y azotado y crucificado.

Y al tercer día resucitará (Mt 20, 17-19).

No SUBE directamente y al punto de Galilea a Judea, sino tras de haber obrado diversos milagros y haber confundido a los fariseos y haber hablado a los discípulos claramente acerca de la pobreza. Pues dice: Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes; y acerca de la virginidad: El que pueda entender que entienda; y acerca de la humildad: Si no os convertís y os hacéis como ninos, no entraréis al reino de los cielos; y de la recompensa en esta vida: Quienquiera que dejare casas, o hermanos, o hermanas, recibirá el ciento tanto en esta vida; y finalmente también de la recompensa futura: Y poseerá en herencia la vida eterna. Finalmente se dirige a la ciudad de Jerusalén; y habiendo de llegarse a ella, de nuevo habla de su Pasión.

Era verosímil que quienes no querían que tales cosas sucedieran, las hubieran echado en olvido; por lo cual frecuentemente se las recuerda, para ejercitar continuamente su ánimo y aminorarles la pena. Y necesariamente tenía que hablarles aparte, pues no era conveniente que aquello se divulgara ni claramente se dijera, ya que de ello ningún bien se habría seguido. Si los discípulos al oírlo se perturbaron, mucho más se habría perturbado el vulgo. Preguntarás: pero ¿acaso no se le dijo esto al pueblo? Cierto que sí, pero no tan claramente.

Porque ya les había dicho: Destruid este templo y en tres días lo reedificaré; y también: Esta generación pide una senal y no se le dará otra senal que la de Jonás profeta; y además: Aún estoy con vosotros por un poco de tiempo y me buscaréis y no me encontraréis. En cambio, a los discípulos no les habla así, sino que, del mismo modo que con toda claridad les había dicho las otras cosas, así también lo hizo con ésta.

Mas ¿por qué se las decía si al fin y al cabo no entendían la fuerza de sus palabras? Para que más tarde comprendieran que él iba a la Pasión con plena presciencia y plena libertad y no sin saberlo ni obligado. En cambio, a los discípulos, no solamente se las predijo por ese motivo, sino además, como ya dije, para que en esa expectación se ejercitaran y así lo soportaran con mayor facilidad; no fuera a ocurrir que si sucedía sin que la esperaran sufrieran excesiva perturbación. Por esto al principio únicamente les predijo su muerte; y cuando ya en eso se habían ejercitado y lo habían meditado, anadió lo demás. Por ejemplo: Será entregado a los gentiles para ser vilipendiado y lo azotarán. Y esto para que también cuando presenciaran cosa tan triste esperaran la resurrección. Y pues no les había ocultado lo que era triste y penoso, le dieran fe en lo glorioso.

Advierte cómo espera la oportunidad. No les habló de esto a los comienzos, para no turbarlos; ni tampoco les dijo todo en una misma ocasión, para no entristecerlos; sino tras de haber ellos tenido experiencia de su poder y haberles hecho grandes promesas acerca de la vida eterna. Entonces por fin les mete conversación sobre esto; y lo hace una y dos y muchas veces, tejiéndola entre los milagros y las ensenanzas. Otro evangelista anade que alegó a los profetas. Y otro dice que no entendieron sus palabras y que se les ocultaba el sentido y que lo seguían estupefactos. Dirás que con eso se perdió el fruto de la predicción. Pues si no entendían lo que se les decía y habían oído, en vano podían esperar; y no pudiendo esperar, tampoco se les podía avivar la esperanza. Pero yo te voy a proponer algo más difícil aún. Si no entendían ¿por qué se entristecían? Y sin embargo, otro evangelista dice que se entristecieron. Repito pues: si no entendían ¿por qué se entristecían? ¿Por qué Pedro prorrumpió y dijo:!Salvo seas, Señor! ¡eso no será jamás! si no comprendía? ¿Qué podemos responder? Respondemos que sí comprendía que Jesús iba a morir, aun cuando la economía completa de semejante misterio no la comprendía con claridad ni tampoco lo de la resurrección ni las consecuencias tan grandes que de ella se iban a seguir. Esto estaba oculto a ellos. Y por esto se dolían. Habían visto que otros muertos habían sido resucitados por él; pero que él se resucitara y que de tal modo se resucitara que ya jamás hubiera de morir, esto no lo habían visto. Y esto era lo que aun habiéndoseles dicho repetidas veces no lo comprendían; ni sabían con claridad qué género de muerte ni cómo le había de sobrevenir al Maestro. Por tal motivo quedaron estupefactos y así lo iban siguiendo. Y no sólo por eso, según me parece, sino además porque al hablarles de la Pasión les ponía terror.

Semejantes cosas no les inspiraban confianza, aun cuando muchas veces oyeran lo de la resurrección. Pues aparte de lo referente a su muerte, los perturbaba sobre todo el oír que sería vilipendiado y azotado y otras cosas semejantes. Cuando por una parte pensaban en los milagros, en los posesos liberados, en los muertos resucitados y los demás hechos maravillosos; pero luego oían esas otras cosas, quedaban estupefactos, de que quien tales cosas había llevado a cabo tales otras hubiera de padecer. Por aquí caían en grandes dudas, y unas veces creían y otras no creían y no atinaba con el sentido de sus palabras. Y tan es así que no las entendían con claridad, que al punto se acercaron los hijos del Zebedeo y le trataron acerca de los primeros puestos en el reino. Pues le dijeron: Queremos que uno de nosotros se siente a tu derecha y el otro a la izquierda.

Preguntarás: pero ¿cómo es que aquí el evangelista dice que fue la madre la que se acercó? Es verosímil que sucedieran las dos cosas. Pues ellos tomaron consigo a su madre para mayor eficacia en la súplica y para de este modo doblegar a Cristo. Y que su súplica fuera sincera y que por cierta vergüenza recurrieran a su madre, observa cómo se desprende de las palabras que Cristo les dirige. Pero, mejor, sepamos antes qué es lo que piden, con qué fines y de dónde les vino impulso semejante. ¿De dónde les nació el impulso? Veían que Cristo los honraba más que a los otros y así esperaban conseguir lo que pedían. Pero ¿qué piden? Oye a otro evangelista que con claridad lo expone. Como se iban acercando a Jerusalén, dice, y pensaban ellos que ya iba a establecerse el reino de Dios, hicieron su petición. Pensaban que ya estaba cerca ese reino y que era un reino sensible y que si alcanzaban lo que pedían ya en adelante nada triste les acontecería ni sufrirían. Pues no suplicaban únicamente por el reino, sino por verse libres de trabajos.

Por esto Cristo ante todo les quita semejante pensamiento y les ordena esperar muertes, peligros y toda clase de sufrimientos extremos. Les dice: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Que ninguno de vosotros se perturbe por ver así de imperfectos a los apóstoles, pues aún no había llegado la cruz, aún no se había dado la gracia del Espíritu Santo. Si quieres conocer su virtud contémplalos después de esos misterios: los encontrarás superiores a toda enfermedad y vicio del alma. Por eso el evangelista descubre sus imperfecciones, para que veas cuáles fueron luego por obra de la gracia. Por su petición se descubre que no buscaban nada espiritual y ni noción tenían del reino de allá arriba. Pero veamos cómo se acercan y qué es lo que piden. Le dicen: Queremos que nos concedas cualquier cosa que te pidamos. Cristo les responde: ¿Qué queréis? No lo hizo porque lo ignorara, sino para que ellos quedaran obligados a contestar y así descubrieran su llaga, y ponerle remedio.

Ellos por su parte, avergonzados de haberse dejado llevar hasta ese punto del afecto humano, lo interrogaron aparte de los otros discípulos. Pues dice el evangelista que se les adelantaron para no ser oídos de los otros; y así le expusieron su petición. Pienso yo que, como habían oído aquello de: os sentaréis sobre doce tronos, querían obtener los primeros puestos. Sabían que antecedían a los demás, pero temían de Pedro. Le dicen pues a Jesús: Ordena que se siente uno de nosotros a tu diestra y el otro a la izquierda. Y le urgen diciendo: Ordena. ¿Qué les contesta? Para demostrarles que ni pedían cosa alguna espiritual, y que si supieran lo que pedían, jamás lo habrían pedido, les dice. No sabéis lo que pedís. Es decir, cuán alta cosa sea, cuán admirable, cuán por encima de las mismas Potestades del cielo. Luego anade: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber y ver bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado??Observas cómo inmediatamente los aparta de aquella opinión hablándoles de cosas enteramente contrarias? Como si les dijera: vosotros me habláis de honores y coronas; pues yo os hablo de certámenes y trabajos y sudores. No es este tiempo de premios ni ahora aparecerá aquella mi gloria: sino que la vida presente es de muerte, guerras y peligros.

Advierte cómo por el modo de preguntarles al mismo tiempo los exhorta y atrae. Porque no les dice: ¿Podéis soportar la muerte? ¿podéis derramar vuestra sangre? Sino ¿qué? ¿Podéis beber el cáliz? Y luego alentándolos y atrayéndolos anade: que yo voy a beber, con el objeto de darles mayor prontitud por razón de su companía. Y lo llama bautismo para indicar que de ahí vendría gran purificación a todo el orbe. Ellos le dicen:!Podemos! Lo prometen al punto, llevados del fervor de su alma, sin saber lo que dicen, pero esperando de este modo conseguir lo que pedían. ¿Qué les dice él? Beberéis en verdad mi cáliz y seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado. Grandes bienes les profetiza. Pues significa: Seréis dignos del martirio y padeceréis lo que yo voy a padecer; terminaréis vuestra vida con una muerte violenta y en esto seréis mis companeros. Pero sentaros a mi diestra y a mi izquierda, no está en mi poder otorgarlo, sino a aquellos a quienes está reservado por mi Padre.

Una vez que les hubo levantado el ánimo y llevado a regiones más altas y los hizo vencedores de la tristeza, finalmente corrige su petición. Mas ¿qué significa lo que ahora se dice? Porque muchos hacen una doble pregunta: en primer lugar si el sentarse a la derecha de Cristo le está reservado a alguno; y en segundo lugar, si acaso el que es Señor de todos no puede concederlo a quienes está reservado. En suma, qué significa lo dicho. Si resolvemos la primera cuestión la segunda quedará clara para esos que preguntan. ¿Qué significa, pues? Ninguno se sentará ni a la diestra ni a la siniestra de El, pues su trono es inaccesible a todos: no digo únicamente a los hombres ya sean santos y aun apóstoles, pero aun a los ángeles, los arcángeles y todas las Potestades del cielo. Pablo eso lo pone como prerrogativa del Unigénito cuando dice: Porque ¿a cuál de los ángeles dijo jamás: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies? A los ángeles dice: El hace a sus ángeles vientos y a sus ministros llama de fuego; pero respecto del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos. 318 Entonces ¿cómo dice: Sentarse a mi diestra y a mi izquierda no está en mi poder otorgarlo? ¿Es porque ya están determinados los que ahí se han de sentar? ¡De ninguna manera! ¡lejos tal cosa! Sino que responde según el pensamiento de los que le preguntaban, atemperándose a su debilidad. Porque ellos nada sabían de aquel trono sublime ni del trono a la diestra del Padre, pues no alcanzaban ni siquiera las cosas más bajas con mucho de que cada día eran instruidos. Lo único que ellos buscaban era sentarse en los primeros lugares y preceder a los otros y que nadie allá con El estuviera antes que ellos. Pues, como ya dije, habían oído lo de los doce tronos e ignorando qué fuera eso, pidieron el primer lugar.

Así que lo que Cristo dice es esto: Ciertamente moriréis por mí, os inmolaréis en aras de la predicación, seréis partícipes de mi Pasión. Pero eso no basta para que os adquiera los primeros lugares y estéis en los puestos delanteros. Si llega algún otro que haya padecido el martirio y haya alcanzado la virtud con mayor perfección que vosotros, aunque yo os amo y os prefiero a otros, no por eso rechazaré al otro a quien ensalzan sus virtudes y os daré el puesto de preferencia. Aunque para no causarles dolor, no se lo dijo con estas palabras, sino que como en enigma lo dejó entender con decirles: Mi cáliz ciertamente lo beberéis y seréis bautizados con el bautismo con que yo lo seré; mas el sentarse a mi diestra o a mi izquierda no está en mi poder otorgarlo, sino a aquellos a quienes está reservado por mi Padre.

Pero ¿para quiénes está preparado? Para aquellos que por sus obras pueden llegar a ser sobresalientes. Por eso no dijo: no puedo darlo yo, sino mi Padre, para que no fuera a suceder que alguno, débil aún en la fe, lo tomara a debilidad de Cristo y dijera que no podía éste retribuir. ¿Qué fue lo que dijo? No está en mi poder, no me toca, sino a aquellos para quienes está preparado. Para que esto que digo quede más claro, lo explicaré con un ejemplo. Supongamos un prefecto de certámenes y que muchos bajan a las competencias, atletas eximios. Pero que dos de esos atletas se acercan al prefecto de certámenes y son muy especiales amigos suyos, y le dicen: Haz que seamos proclamados y coronados, porque se apoyan en la dicha amistad y benevolencia. Y aquél les contesta: No me toca ni está en mi poder concedéroslo, sino sólo a aquellos para quienes está eso preparado a causa de sus trabajos y sudores. ¿Pensaremos y diremos que ese prefecto está destituido de todo poder? De ninguna manera. Al revés: lo alabaremos por su sentido de justicia y equidad.

Pues bien, así como no diríamos que él no concede la corona por falta de poder, sino porque no quiere violar las leyes de las competencias, ni perturbar el orden jurídico, del mismo modo, creo yo, se expresó Cristo, de todas maneras levantándoles el ánimo para que pongan la esperanza de su salvación, después de Dios, en sus buenas obras. Por esto dice: A aquellos para quienes está preparado. Como si dijera: pues ¿qué si aparecen otros mejores que vosotros? ¿que mejores obras practican? ¿Acaso vosotros, por haber sido mis discípulos vais a ocupar los primeros asientos, si no es que se os juzgue dignos de ellos? Por esto de tener El la plena potestad de juzgar se ve claro ser El dueno del universo. Así dice a Pedro: Te daré las llaves del reino de los cielos. Y Pablo significando lo mismo, decía: En el término, me está reservada una corona de justicia, con la que me retribuirá en aquel día el Señor como justo juez; y no sólo a mí, sino a los que habrán deseado con amor su advenimiento. 319 Se refiere al advenimiento que ya tuvo realización. Y a todos es manifiesto que nadie se aventajará a Pablo. Ni te admires de que Cristo estas cosas las haya dicho en forma un tanto oscura. Pues Jesús los despide, de tal modo disponiendo las cosas que ellos no se preocupen ni turben por eso de los primeros asientos, pues aquello les había acaecido por humanas afecciones; y así, para no entristecerlos, logra ambas cosas mediante esta oscuridad.

Entonces se indignaron los otros diez contra ambos hermanos. Entonces... ¿Cuándo? Cuando Jesús los increpó. Pues mientras Cristo daba su parecer no se indignaban; sino que aun cuando veían que los dos hermanos eran preferidos, por honra y reverencia del Maestro callaban, aunque en su ánimo sintieran dolor, pues no se atrevían a manifestarlo. Ya antes habían sufrido lo mismo respecto de Pedro, es decir, ese afecto humano, allá cuando la didracma: no se indignaron, sino que solamente preguntaron: ¿Quién es mayor? Acá, cuando vieron lo que los dos discípulos pedían, se indignaron. Pero no se indignaron al hacer aquéllos su petición, sino cuando Cristo los increpó y les advirtió que no ocuparán los primeros asientos, sino en el caso de que se mostraran dignos de ello.

?Observas cuán imperfectos eran aún todos, tanto los que intentaban preceder a los diez, como los diez que sentían envidia de los otros dos? Pero, como ya dije, tráelos al medio más tarde y los verás desnudos de toda esa clase de afecciones. Mira cómo el mismo Juan, que ahora con el motivo dicho se acercó a Jesús, luego en todo daba la primacía a Pedro, tanto cuando éste predicaba, como cuando hacía milagros. Así se ve en los Hechos de los Apóstoles. Tampoco oculta sus hechos preclaros, sino que narra la confesión hecha por Pedro, mientras todos callaban, y cómo entró al sepulcro, y lo antepone a sí mismo. Ambos habían estado presentes a la crucifixión, pero Juan, omitiendo las alabanzas propias se contenta con decir: El discípulo aquel era conocido del pontífice. 320 Santiago sobrevivió poco tiempo, pues desde el principio ardía en sumo fervor, de manera que habiendo renunciado a todas las cosas, llegó a tan alta cumbre que desde luego sufrió el martirio. Luego todos por el ejercicio de todas las virtudes se hicieron egregios. Pero entonces se indignaron.

?Qué hace Cristo? Habiéndoles llamado a sí, les dijo: Sabéis que los jefes de las naciones dominan despóticamente sobre ellas. Pues los veía turbados, con llamarlos antes de hablarles los apaciguó tanto con el llamamiento mismo como con acercarlos a Sí. Porque los dos dichos, separados del resto de ellos, estaban ahí cerca hablando en privado. Por eso los llama también a ellos cerca de sí, y de esta manera y también con poner de relieve lo que los otros habían dicho y comunicarlo con los otros, consoló los ánimos de todos que andaban agitados. Pero no los apacigua ahora como lo había hecho anteriormente. Porque entonces trajo al medio a un nino y les ordenó imitar su humildad y sencillez. Ahora en cambio más acremente los reprende por ejemplos contrarios.

Les dice: Los jefes de las naciones dominan despóticamente sobre ellas y sus magnates ejercen sobre ellas un poder tiránico. No debe ser así entre vosotros, sino que quien aspire entre vosotros a ser grande sea servidor de todos; y quien quiera ser el primero, será esclavo y el último de todos. Demostró así que el anhelar los primeros puestos era cosa que se acercaba a los usos de los gentiles. La ambición es una pasión tiránica que con frecuencia agita a los grandes hombres. Por lo cual necesitan de mayor castigo. Por lo cual también él aplica un mayor castigo al avergonzar a los ánimos llenos de hinchazón mediante la comparación con los gentiles; y con esto corta la envidia de los diez y la arrogancia de los otros dos. Como si dijera: No os indignéis como si se os hiciera injuria. Quienes ambicionan los puestos primeros, a sí mismos se hacen daño y se causan desdoro, pues por eso mismo ocupan el último lugar. Porque las cosas no van por el mismo camino entre nosotros y entre los gentiles. Los jefes de las naciones dominan despóticamente sobre ellas; pero acá conmigo, el último es el primero. Ni penséis, que lo digo sin razón, sino tomad ejemplo de mis obras. Porque yo hice todavía algo más. Siendo Rey de las Potestades del cielo, quise hacerme hombre y ser vilipendiado y sufrir improperios. Y no contento con esto, me presenté a la muerte.

Por tal motivo dice: El Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir, y a dar su vida por la redención de muchos. Que es como decir: no paré aquí, sino que di mi vida para redención. Y ¿por quiénes? Por enemigos. Mientras que tú, si fueres humillado, en tu favor lo llevas; yo en cambio lo hice por ti. No temas, pues, como si fueras a perder tu honra. Pues por más que te humilles, no puedes abajarte tanto cuanto se abajó tu Señor. Pero ese abajarse fue ascensión para todos y manifestó así su gloria. Pues antes de hacerse hombre, solamente era conocido de los ángeles; pero una vez que se hizo hombre y fue crucificado, no sólo no disminuyó su gloria, sino que recibió además una nueva por el conocimiento que de El tuvo el orbe. No temas como si se te arrebatara tu honra por el hecho de humillarte; pues, al contrario, de ese modo, se te aumenta mucho más y se te hace mayor.

En consecuencia, no echemos por el otro camino, para danarnos a nosotros mismos y hacernos guerra. Si queremos aparecer grandes, no seremos grandes, sino al revés, seremos vilísimos. ¿Observas cómo continuamente los exhorta a lo contrario y sin embargo concediéndoles lo que desean? Ya muchas veces lo hemos demostrado anteriormente: así lo hizo, por ejemplo, cuando se trataba de los avaros y de los codiciosos de vanagloria. Pues decía: ¿Por qué das limosna delante de los hombres? ¿Para gozar de gloria? ¡No lo hagas! ¡alcanzarás gloria! ¿Por qué amontonas riquezas? ¿para enriquecerte? No amontones riquezas y serás rico. Y lo mismo ahora: ¿por qué anhelas los primeros puestos? ¿para preceder a otros? Pues escoge el último lugar y obtendrás el primero, puesto que ambicionar aquéllos es propio de los ínfimos. Si quieres ser grande, no busques ser grande y entonces serás grande. Pues lo otro es ser de verdad el último.

?Adviertes la manera con que los aparta de semejante enfermedad, demostrándoles que de ese modo caen y del otro consiguen lo que anhelan; para que aquello lo huyan y busquen lo otro? Y trajo a colación los gentiles para declarar que semejante anhelo está lleno de desdoro y es abominable. Es necesario que el arrogante se humille y que el humilde sea elevado. Pues esta es la auténtica y verdadera elevación, que no consiste únicamente en el nombre y apelativo. La elevación simplemente en lo externo, es fruto del temor y la necesidad; pero la otra elevación es una semejanza de la alteza de Dios. El que con ella es excelso, aun cuando a nadie cause admiración permanece excelso. Por el contrario el soberbio, aun cuando todos lo adulen y reverencien, es el más bajo de todos. Su honor se apoya en la fuerza y en la necesidad y por lo mismo fácilmente cae; el otro nace del propósito de la voluntad y por lo mismo permanece firme.

Admiramos a los santos porque siendo ellos los más eximios de todos, se mostraron los más humildes de todos. Y por eso permanecen exaltados hasta el día de hoy y la muerte nada les quitó de su excelsitud. Pero si os place demostraremos esto mismo mediante el raciocinio. Acá llamamos alto al que sobresale por la estatura de su cuerpo o porque está en lugar levantado; y llamamos humilde a lo contrario. Pues bien: veamos quién es de verdad alto, si el soberbio o el humilde, para que conozcas que nada hay más alto que la humildad y nada más bajo que la soberbia. El arrogante y soberbio quiere ser el más alto que todos y dice que nadie hay digno de él; y por más honores que consiga, siempre ambiciona y busca otros mayores y piensa que aún nada ha conseguido. Desprecia a los hombres y anda buscando que lo honren: ¡cosa la más irracional de todas! Pues parece cosa enigmática. Busca que lo glorifiquen aquellos a quienes desprecia. ¿Ves cómo el que se levanta más alto, cae y yace por tierra? Pues eso de que juzgue que todos los demás hombres con él comparados nada son, queda condenado por el nombre mismo de arrogancia. Entonces ¿por qué corres tras de quienes, según tú, nada son? ¿por qué buscas que te honren? ¿por qué traes y llevas semejantes acompanamientos y turbas? ¿Adviertes, carísimo, a ese bajo y sobre bajos apoyado? Pero ¡ea! ¡examinemos al que de verdad es eximio! Este conoce bien lo que es el hombre. Sabe que el hombre es un ser elevado y él se juzga el último; por lo mismo, por mínimo que sea el honor de que disfruta, lo juzga grande. Por lo mismo, es constante, es eximio, no cambia de pareceres; porque juzga ser honores grandes los que provienen de aquellos que él juzga grandes, aun cuando parezcan pequenos los hombres, pues para él son grandes. El arrogante al revés: juzga hombrecillos de nada a los que le tributan honores y en cambio juzga grandes los dichos honores. Además el humilde no sufre enfermedades del ánimo: no lo conmueve la ira ni el amor de la vanagloria ni la envidia. Pero ¿qué habrá más excelso que una alma libre de tales enfermedades? El arrogante está pleno de ellas y se revuelca en el cieno a la manera de un gusano, pues constantemente lo excitan la envidia, la ira y el rencor. Entonces ¿quién es más excelso? ¿el que está por encima de las enfermedades del alma o el que es esclavo de ellas? ¿el que las teme y tiembla de ellas o el que permanece invicto y jamás ellas se apoderan de él? ¿Qué ave diríamos que vuela más alto: la que está por encima de las manos y lazos del cazador o la otra para coger la cual el cazador no necesita ni de trampas, pues anda rastrera y no puede levantarse a lo alto? Este es el arrogante: cualquier lazo fácilmente lo coge, pues anda arrastrándose sobre la tierra.

Y si quieres, examina esto mismo por el lado del demonio. ¿Quién más abatido que el demonio por haberse ensoberbecido? ¿quién más excelso que el hombre si quiere ser humilde? El demonio se arrastra puesto bajo nuestras plantas, pues dice la Escritura: Caminad sobre las serpientes y los escorpiones. 321 El humilde en cambio vive con los ángeles. Y si quieres conocer lo mismo por los hombres soberbios, piensa en aquel bárbaro que llevaba consigo tan numeroso ejército, pero no conocía ni siquiera lo que todos conocen; como por ejemplo que la piedra es piedra y que los ídolos, ídolos son; y por lo mismo era inferior a los mismos ídolos. Pero los que son fieles y piadosos, ascienden sobre el sol; y ¿qué puede haber más elevado que ellos? Traspasan incluso las bóvedas celestes, y pasando de vuelo a los ángeles, se presentan ante el trono mismo regio de Dios. Y para que por otro camino conozcas la vileza de los arrogantes, te pregunto: ¿quién podrá ser humillado y abatido: aquel a quien Dios auxilia o aquel a quien Dios combate? Sin duda éste último. Pues oye lo que dice la Escritura acerca de ambos: Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. 322 Voy a ponerte otra pregunta: ¿quién es más elevado: el que sacrifica a Dios y le ofrece víctimas; o el que apartado de Dios no pone en él su confianza en absoluto? Dirás: ¿qué sacrificio puede ofrecer el humilde? Pues oye a David que dice: Mi sacrificio es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias. 323 ¿Has visto la pureza del humilde? Pues mira ahora la impureza del otro: Impuro es delante de Dios todo el que tiene un corazón arrogante 324 Anádese que en aquél descansa el Señor: ¿En quién voy a fijarme? En el humilde y contrito, que tiembla de mi palabra. 325 Este en cambio es arrastrado juntamente con el diablo, porque el arrogante sufrirá los tormentos del demonio. Por lo cual decía Pablo No sea que infatuado caiga en la condenación del diablo. 326 Y además siempre le sucede lo contrario de lo que anhela. Se ensoberbece para ser honrado y resulta el más despreciado de todos. Porque los arrogantes son la gente más ridícula, odiados de todos, fácil presa de sus enemigos, inclinados a la ira, impuros delante de Dios. Pero ¿qué habrá peor que esto? Es el colmo de todos los males.

En cambio ¿qué hay más dulce que los hombres humildes? ¿qué hay más feliz? Son amables y queridos de Dios y ante los hombres disfrutan de suma gloria; y todos los honran como a padres, los reciben como a hermanos, los abrazan como a miembros propios. Seamos, pues, humildes para que seamos excelsos. La arrogancia abaja demasiado. Ella fue la que echó por tierra al Faraón. Dijo: No conozco a ese Señor. 327 Y quedó inferior a las ranas, a los mosquitos y a las langostas y finalmente con armas y caballos fue sumergido en el mar. En cambio, Abraham dijo: Yo soy polvo y ceniza 328 y así venció a millares de bárbaros; y habiendo ido a dar en mitad de Egipto, regresó tras de lograr un trofeo más espléndido aún; y ejercitando la humildad, siempre salió cada vez más elevado. Por eso en toda la tierra es celebrado, en todas partes es coronado y ensalzado. El Faraón en cambio no es sino tierra y ceniza u otra cosa i la hay más vil que ésas.

Nada aborrece Dios tanto como la soberbia. Por esto desde el principio puso todos los medios para desterrar esta enfermedad. Para ello fuimos hechos mortales, y vivimos entre dolores y gemidos, y entre trabajos y miserias. Por la arrogancia pecó el primer hombre, pues esperaba ser igual a Dios y el resultado fue que ni siquiera conservó lo que ya poseía, sino que todo lo perdió. Esa es la naturaleza de la arrogancia: que no sólo nada nos ayuda para la vida, sino que nos priva aun de lo que ya tenemos. En cambio la humildad no nos priva de bien alguno, sino que nos aporta los que no poseíamos. Pues bien: insistamos en esta virtud, ejercitémosla para que juntamente disfrutemos de la vida presente y consigamos la eterna, por gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder, junto con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXVI (LXVII)

Al salir ellos de Jericó le seguía una gran multitud. Y dos ciegos, sentados a la vera del camino, como oyeron que pasaba Jesús, se pusieron a gritar: ¡Señor, Hijo de David, apiádate de nosotros (Mt 20, 29-30).

ADVIERTE de qué lugar sale para Jerusalén; y en qué sitio estaba antes. Me parece de suma importancia investigarlo. ¿Por qué no fue antes a Galilea, sino que atravesó Samaria? Pero en fin dejemos eso a los que estas cosas estudian. Pues si alguno quisiere examinar cuidadosamente, hallará que Juan bien lo deja entender y pone el motivo. Por nuestra parte, estemos a lo que nos hemos propuesto, y escuchemos a estos ciegos, mucho mejores que muchos de los que ven. Pues sin tener guía, sin ver a Jesús que se acercaba, procuraban empenosamente acercársele. Y comenzaron a clamar con grandes voces; y como se les ordenara callar, más aún clamaban.

Así es un alma perseverante: se aprovecha por medio de los mismos que procuran impedirla. Cristo permite que se les ordene callar para que resalte el fervor de ellos y conozcas que en realidad eran dignos de recibir la salud. Por lo mismo ni siquiera les pregunta si creen, como solía hacerlo, pues sus clamores y el anhelo de acercársele suficientemente manifestaban su fe. Por aquí conoces, carísimo, que aun cuando seamos viles y bajos en exceso, si nos acercamos anhelosos a Dios, podremos alcanzar por nosotros mismos lo que pedimos. Observa cómo estos ciegos, sin tener el patrocinio de ninguno de los apóstoles y por el contrario habiendo muchos que los detenían, pudieron pasar por sobre todos los obstáculos y acercarse a Jesús. Y aunque los evangelistas no testifiquen haber tenido ellos alguna confianza por su género de vida, pero el fervor les valió para todo.

Imitémoslos. Aunque el Señor dilate su don, aunque muchos se nos interpongan, no cesemos de pedir. Así nos conciliaremos especialmente a Dios. Advierte cómo a éstos por su fervor, para nada logra impedirlos ni la pobreza ni la ceguera, ni el que no sean oídos, ni el que las turbas los increpen. Así es un alma fervorosa y puesta en trabajos. ¿Qué hace Cristo?: Los hace llamar y les dice: ¿Qué queréis que haga con vosotros? Respóndenle: ¡Señor, que se abran nuestros ojos!?Por qué les pregunta? Para que nadie pensara que El les daba una cosa distinta de la que ellos suplicaban. Pues suele Cristo ante todo poner de manifiesto la virtud de los que son curados y luego darles el remedio. Y esto así para inducir a los demás al mismo fervor, como también para dejar en claro que con todo derecho gozan del beneficio. Así procedió con la mujer cananea, así con el centurión, así con la mujer que padecía flujo de sangre. Incluso esta admirable mujer previno y se anticipó a la pregunta del Señor. Sin embargo, Jesús no la exceptuó, sino que después del milagro y ya dada la salud, luego hizo públicas sus virtudes y la hizo célebre. Así cuidaba de publicar las buenas obras de los que se le acercaban y aun declararlas mayores de lo que eran, como lo hace aquí.

Una vez que los ciegos declararon qué era lo que anhelaban, movido a compasión, Cristo los tocó. Esa compasión, causa de la curación, fue el motivo único de su venida al mundo. Sin embargo, aunque todo era obra de gracia y de misericordia, buscaba El que aquéllos fueran dignos del beneficio. Y que estos ciegos lo fueran, queda claro por los clamores que lanzaban y porque, habiendo obtenido el don, no hicieron lo que muchos hacen, sino que no se apartaron ya de Jesús. Porque muchos una vez obtenida la gracia se tornan desagradecidos. No eran ellos así, sino que antes de la curación tuvieron perseverancia y después de ella fueron agradecidos, pues siguieron a Jesús.

Cuando se acercaban a Jerusalén, y llegaron a Betfagé, en el monte de los olivos, despachó Jesús a dos de sus discípulos con este encargo: Llegad a la aldea de enfrente y luego hallaréis una asna atada y su pollino junto a ella. Desatadlos y traédmelos. Si alguno os dijere algo, respondedle: El Señor tiene necesidad de ellos y luego os los devolverá. Esto sucedió para que se cumpliera lo predicho por el profeta: Decid a la hija de Sión: Mira: Tu Rey viene a ti manso y montado sobre una asna y sobre un pollino que ella crió. Muchas veces había Jesús subido a Jerusalén, pero nunca lo había hecho con tan grande pompa. ¿Por qué fue esto? Porque las otras subidas eran apenas el principio de la nueva economía; ni él era suficientemente conocido; ni estaba próximo el tiempo de su Pasión. Por eso anteriormente se mezclaba entre las turbas y aun subía de incógnito. Además de que semejante modo de subir anteriormente no habría causado admiración y en cambio podría haber causado mayor ira a los fariseos. Pero una vez que ya había dado pruebas convincentes de su poder y estando ya la cruz a las puertas, se revela con mayor claridad y todo lo hace con solemnidad mayor, tal que pudiera luego herirlos a ellos.

Pudo todo hacerlo desde el principio, pero no habría tenido utilidad. Advierte por tu parte cuántos milagros se verifican y cuántas profecías se cumplen. Les dijo: Encontraréis una asna; les predijo que nadie se les opondría, sino que quienes tal oyeran guardarían silencio. No es pequena condenación de los judíos todo esto de que Jesús a hombres desconocidos y que nunca había visto los persuada a que le entreguen lo que les pertenece, sin contradecirlo. En cambio los judíos, cuando Él por medio de sus discípulos obraba milagros, estando ellos presentes no creyeron. Ni pienses que fue cosa pequena lo que sucedió. Porque ¿quién les persuadió a los duenos que, al ver cómo les llevaban lo suyo, sobre todo siendo pobres y probablemente agricultores, no lo impidieran? Pero ¿qué digo no lo impidieran, pero ni siquiera altercaran o si altercaron en seguida los persuadió a retirarse? Ambas cosas eran admirables: que nada dijeran cuando les llevaban los animalitos; y que en oyendo que el Señor los necesitaba, se apartaran y no contradijeran, sobre todo cuando no veían delante al Señor en persona, sino a sus discípulos. Por aquí declara que bien podía impedir a los judíos en su obra aunque ellos se resistieran, al tiempo en que lo iban a prender y dejarlos mudos; pero que no quiso hacerlo. Ensena, por otra parte, a los discípulos que cuando El pida se le debe dar, aun cuando ordene que se le entregue la vida; y que no se le ha de contradecir. Pues si lo obedecieron los desconocidos, mucho más debían ellos abandonarlo todo.

Además cumplía entonces otra doble profecía: una con sus obras, otra cosa con sus palabras. Pues Zacarías predijo que El se asentaría en una asna como rey, y así al asentarse ahora cumplió esa profecía. Al mismo tiempo, comenzaba a cumplir otra, que con sus hechos El presignificaba. ¿Cómo? Prefigurando la vocación de las naciones impuras con el sentarse en el asna y cumplir la profecía de Zacarías, pues había de suceder que El se asentara en ellas y ellas se llegaran a él y lo siguieran. Así se enlazó una profecía con otra. Pero a mí me parece que no fue esta la única causa de que se asentase en la pollina, sino además para darnos ejemplo de virtud. Porque no únicamente cumplía las profecías, ni únicamente iba injertando los dogmas verdaderos, sino que además nos ensenaba el recto modo de ordenar nuestra vida. Por dondequiera nos iba dejando reglas para el diario uso y para llevar continuamente una vida virtuosa.

Por esto al nacer no se procuró una mansión espléndida, ni una madre rica e ilustre, sino pobre y desposada con un artesano; y nació en un tugurio, y fue recostado en un pesebre. Y cuando escogió a sus discípulos no los tomó de entre los retóricos y sabios filósofos ni de entre los ricos, opulentos y nobles, sino de entre los pobres e hijos de pobres y plebeyos. Y cuando ha de poner la mesa a las turbas, sólo presenta panes de cebada o manda a los discípulos que vayan a la plaza y los compren; y cuando dispone los lechos del triclinio, usa únicamente de heno. Se viste de panos vulgares y que usan los del pueblo. Casa no la llega a tener. Y si necesita ir de un sitio a otro, camina a pie y se fatiga. Cuando se asienta, no necesita de trono ni de almohadones, sino que toma asiento en la tierra, unas veces en el monte y otras junto a la fuente; ni solamente al lado del pozo, y solo y sin cortejo, y así habla a la samaritana.

También puso términos definidos al dolor, y cuando se hace necesario llorar, derrama algunas lágrimas, siempre proponiéndonos la regla y modo de hasta dónde debemos ir y en dónde conviene detenernos en semejantes manifestaciones. Y como acontece que algunos, por ser más débiles, necesitan de cabalgadura, aquí nos puso la medida, demostrándonos no ser necesarios los corceles y ni los mulos, sino que se ha de usar del asno y no más y que con eso basta para el diario uso. Pero veamos también la profecía expresada con las palabras y con los hechos. ¿Cuál es?: He aquí que tu rey viene a ti manso y montado sobre un asno, en un pollino, cría de asna, 329 no conduciendo una carroza como los otros reyes, no exigiendo tributos, no metiendo pavor, no circundado de guardias, sino en todo esto mostrando su modestia grande.

Pregunta, pues, a los judíos: ¿qué rey montado en un asno penetró en Jerusalén? No podrán senalar a otro, sino a éste. Y, como ya dije, esto lo hacía Jesús prefigurando lo futuro. Pues aquí por el pollino es significada la Iglesia y el nuevo pueblo, el antes impuro, purificado una vez que Jesús se asentó entre él. Observa la exactitud de la imagen. Son los discípulos quienes desatan el asna. Pues mediante los apóstoles los pueblos y nosotros hemos sido llamados y traídos a Jesús. Y pues nuestra vocación enciende la emulación de ellos, por ser gloriosa, por esto el asna sigue al pollino. Y una vez que Cristo se asiente entre las naciones, entonces vendrán también los judíos, pero inflamados en perversos propósitos, como lo declara Pablo con estas palabras: Una parte de Israel cayó en ceguedad, hasta que ingrese la totalidad de los gentiles. Entonces todo Israel será salvo. 330 Que esto fuera una profecía, es manifiesto por lo ya dicho; pues si no fuera profecía no habría el profeta declarado con tanta diligencia la edad del pollino. Ni solamente se significa eso con lo dicho antes, sino además que los apóstoles con facilidad traerán los pueblos. Así como en este caso nadie contradijo ni quiso detener el asna, así en la conversión de las naciones, nadie de los que antes las habían poseído pudo impedirlas ahora. Y no se asienta Jesús sobre el asna en pelo, sino sobre los mantos de los apóstoles. Pues ya habían recibido el pollino, arrojan todo lo demás. Así dijo Pablo: Por lo que a mí hace, con sumo gusto gastaré y me desgastaré yo todo, en bien de vuestras almas. 331 Por tu parte, considera también la mansedumbre del pollino, que siendo aún sin domar y sin haber experimentado el freno, no recalcitra, sino que quietamente era llevado. Y también esto era profecía de lo futuro; y significaba la mansedumbre futura de los pueblos y el pronto cambio de las costumbres. Todo lo llevó a cabo aquella palabra: Desatadlo y traédmelo; de manera que lo desordenado se ordenara y lo inmundo se purificara finalmente.

Observa también el ánimo abyecto de los judíos. Muchos milagros hizo Jesús y nunca lo admiraron como ahora; pero como vieron a las turbas que afluían, quedaron espantados: Y se conmovió toda la ciudad y se decían: ¿Quién es éste? Y las turbas respondían: Este es Jesús el profeta de Nazaret de Galilea. Les parecía con eso decir algo grande, pero en eso mismo su sentencia era rastrera, baja, abyecta. Por su parte Cristo procedía así no por ostentación, como ya dije, sino para cumplir una profecía y ensenarnos la virtud y para consolar a los discípulos que se dolían de que iba a morir; y al mismo tiempo demostrando que todo lo iba a padecer voluntariamente.

Advierte lo exacto del profeta y cómo todo lo predijo. Unas cosas las profetizó David, otras Zacarías. Procedamos nosotros de igual manera: celebrémoslo con himnos y demos nuestros vestidos a los que lo traen. ¿De qué perdón seremos dignos si otros cubren con sus mantos el asno en donde El se asentaba y otros arrojaban sus vestidos a sus pies, y nosotros viéndolo a El desnudo y cuando no se nos ordena despojarnos de todo, sino solamente gastar un poco, ni siquiera esa pequena generosidad demostramos? Aquéllos lo siguen delante y en pos, mientras que nosotros aun acercándose El lo rechazamos y lo injuriamos. ¿De qué castigo, de qué venganza no es digno todo esto? Se acerca a ti el Señor necesitado y ni siquiera quieres escuchar su súplica, sino que lo acusas, lo increpas; y lo haces tras de haber escuchado las palabras de este pasaje. Pues si con dar una miseria de pan o una mezquindad de dinero, todavía te muestras tan agarrado, tan avaro, tan tardo, ¿qué sería si tuvieras que dar todo lo que tienes? ¿No has observado cómo allá en el teatro aquellos hombres generosos derrochan cantidades para las meretrices? Pero tú ¿ni siquiera la mitad de lo que ellos dan, mejor aún, ni aun una mínima parte, gastas? El demonio por su parte ordena dar a quienesquiera que sean, y con eso nos acarrea la gehenna y sin embargo tú así das. Cristo ordena dar a los pobres y promete el reino de los cielos; y tú, no sólo no das, sino que además injurias; y prefieres obedecer al demonio para ser atormentado antes que a Cristo para conseguir tu salvación. ¿Qué habrá peor que semejante estulticia? Aquél te acarrea la gehenna, éste el reino; y sin embargo dejas a éste y corres hacia aquél. A éste que se acerca lo rechazáis; a aquél que anda lejos, lo llamáis. Es como si un rey vestido de púrpura y ornado con la diadema no te persuadiera, y en cambio un ladrón que vibra la espada y te amenaza con la muerte fácilmente te persuadiera.

Pensando estas cosas, carísimos, por fin abramos los ojos y estemos vigilantes. Ya me da vergüenza hablaros de la limosna, habiendo con tanta frecuencia tocado este punto, sin conseguir mayor fruto de mis admoniciones. Ciertamente dais ya un poco más que antes, pero no cuanto yo quisiera. Os veo que sembráis, pero no con generosidad; por lo cual temo que recogeréis poco. Examinemos, si os parece, cómo es poco lo que damos; y si hay en la ciudad más pobres que ricos y los que ni son pobres ni ricos, sino que tienen un lugar intermedio. Pongamos la décima parte que son ricos, la décima que son pobres que nada tienen, los demás pongámoslos en la clase intermedia. Dividamos la multitud entera de la ciudad entre el número de los pobres y observaréis cuánto sea el desdoro.

Abundantemente ricos hay pocos; los que vienen enseguida, son muchísimos; los pobres con mucho en menor número. Y sin embargo, siendo tantos los que pueden alimentar a los pobres, todavía hay muchos que van al lecho hambreados; y no porque no pueden los opulentos suministrarles lo necesario, sino porque éstos son en exceso duros e inhumanos. Si dividen entre sí los ricos y los que gozan de mediano bienestar a los que necesitan de pan y de vestido, apenas se encontrará que a un pobre lo tengan que alimentar cincuenta y aun cien de aquéllos. Y sin embargo, habiendo tan grande abundancia de quienes pueden suministrar lo necesario, diariamente andan los pobres llorando su penuria. Y para que comprendas su inhumanidad y dureza, advierte que la Iglesia apenas si posee lo que uno de esos ricos y uno de bienestar medio; y sin embargo a cuántas viudas y a cuántas doncellas alimenta cada día: su número sube a unas tres mil. Y anade a los que están detenidos en las cárceles, a los enfermos en los hospitales, y a los demás que aunque de buena salud, son peregrinos, o están mutilados de alguno de sus miembros, y a otros que adventiciamente socorre día por día. Y sin embargo sus haberes no se han disminuido. De manera que con diez ricos que quisieran suministrar tanto como la Iglesia, no quedaría pobre alguno sin socorro.

Preguntarás: entonces ¿qué queda para nuestros hijos? Siempre queda el capital y además se aumentan los réditos si colocas en el cielo tus haberes. Pero si no queréis dar tanto, a lo menos dad la mitad, o la tercera parte o la cuarta o la quinta o en fin al menos la décima. Podría así nuestra ciudad alimentar a los pobres de diez ciudades. Si os place hagamos las cuentas. Pero en realidad esto no necesita de cuentas, pues es patente lo fácil que eso sería. Observad cuántas y cuán grandes alcabalas con frecuencia tiene que pagar una sola casa para los gastos urbanos sin grave detrimento y casi sin sentir semejante gasto. Si cada uno de los ricos quisiera tomar sobre sí este servicio en favor de los pobres, en un momento se ganaría el cielo.

Entonces ¿qué perdón, qué sombra de excusa nos queda si ni siquiera lo que aquí tenemos que abandonar al partir de esta vida lo damos a los pobres con la generosidad con que otros gastan en los teatros, sobre todo teniendo que coger tan abundante fruto de semejante obra? Aunque hubiéramos de permanecer aquí para siempre no convendría omitir gastos tan bellos. Pero siendo así que dentro de un poquito de tiempo nos hayamos de partir, y tengamos que ser arrebatados de aquí sin cosa alguna ¿qué defensa tendremos si no damos limosna de nuestras entradas a los pobres? No te obligo yo a que disminuyas tus posesiones; no porque yo no lo quisiera, sino porque te veo en exceso desidioso. De manera que no te obligo a eso; pero de ellas toma algo de los frutos y dalo y no reúnas con eso dineros. Te basta con que como de una fuente fluyan a ti los réditos de tus riquezas: haz a los pobres partícipes de ellos. Sé buen administrador de los bienes que Dios te ha concedido.

Alegarás que tienes que pagar contribuciones. Entonces ¿desprecias al pobre sólo porque no hay quien te exija? Y por cierto, no te atreves a resistir al cobrador que te obliga y te urge, ya produzca frutos tu campo, ya no los produzca; y en cambio al pobre que nada te exige y solamente te pide cuando tu campo ha producido ganancias ¿ni siquiera le diriges una palabra? Pero ¿quién te librará de aquellos intolerables suplicios? ¡Nadie, en verdad! Si aquí en la tierra cuidadosamente pagas tus contribuciones porque para quien no las satisfaga hay decretadas gravísimas penas, quisiera yo que medites qué mayores castigos se te preparan por este otro lado: no porque vayas a ser puesto en cadenas, ni porque vayas a ser encarcelado, sino porque serás arrojado al fuego eterno. Consecuentemente, paguemos antes que nada estas otras contribuciones. Son más fáciles de pagar, tienen mayor recompensa, es más abundante la negociación, y más grave el castigo si perversamente nos portamos. Porque caeremos en un castigo que no tendrá fin.

Y si me objetas los soldados que luchan contra los bárbaros en tu defensa, hay acá también otro ejército que hace la guerra y lucha en tu favor; pues cuando reciben tu limosna, con sus oraciones aplacan a Dios para contigo; y aplacándolo apartan de ti no a los bárbaros sino las asechanzas de los demonios no dejan que te acometa el Maligno fuertemente ni que con frecuencia se levante contra ti, sino que le debilitan sus fuerzas. Pues viendo diariamente a este ejército que con sus preces y oraciones lucha en tu favor contra el demonio, exígete a ti mismo este bello tributo que consiste en suministrarle alimentos. Manso como es este Rey no te ha impuesto cobradores pues quiere que tú voluntariamente des; y aunque des una nonada la recibe. Y si por no ser tú tan rico dejas de dar durante mucho tiempo, no obliga al que no tiene.

Pues no abusemos de su paciencia. Atesoremos para nosotras, no ira sino salvación; no muerte, sino vida; ni suplicios ni castigos, sino honores y coronas. No hay aquí que pagar a los conductores de lo que ha de darse; no hay que trabajar para sacar la plata. Si tú la entregas, Dios se encarga de llevarla al cielo; él mismo te prepara la negociación sumamente productiva. No hay que andar buscando algún hombre que lleve lo que damos. Da y al punto tu dádiva sube al cielo; y no para que con ella otros soldados se alimenten, sino para guardártela con grandes réditos. Porque acá, si algo das ya no te es lícito retirar tu dádiva; en cambio allá en el cielo, la recibirás de nuevo con grandes honores y fructificando mayores ganancias espirituales. Lo que acá pagas son exacciones; pero allá se te convierte lo que des en aumento, en réditos, en deuda que te pagarán. Dios te ha hecho una escritura, pues dice: Quien se apiada del pobre, presta al Señor, el cual le dará su recompensa. 332 Aun siendo Dios te ha dado arras y fiador.

?Qué arras son ésas y qué fiador? Los bienes de la vida presente, los bienes espirituales, los bienes sensibles, las primicias y comienzos de los bienes futuros. Entonces ¿por qué tardas, por qué dudas cuando ya recibiste tantos y tan excelentes bienes y tantos otros esperas? Los que ya recibiste son el cuerpo que te formó, el alma que inspiró, la razón de que a ti en la tierra solo te dotó, el uso de todas las cosas que caen bajo los sentidos que te proporcionó. Además te dio el conocimiento de Sí mismo, entregó por ti a su Hijo; te concedió el bautismo repleto de bienes tantos y también la mesa sagrada; y finalmente te ha prometido el reino y bienes inefables. Pues habiendo recibido tantos bienes y habiendo de recibir tantos otros -pues lo repetiré de nuevo- ¿serás tacano respecto de riquezas que perecen? ¿Qué perdón tendrías? Es que atiendes a tus hijos y por causa de ellos te rehúsas a dar limosna. Más bien edúcalos para que sepan ganar semejantes lucros. Si tuvieras dineros puestos a rédito y tu deudor fuera un hombre probo, preferirías dejar a tus hijos antes las escrituras de contrato, que el dinero mismo, para que ellos de ahí fueran recibiendo grandes frutos y no se vieran obligados a andar buscando otro con quien colocarlo. Pues en nuestro caso pásales a tus hijos esa escritura de Dios y déjales a El como deudor. No vendes tus campos, sino que los heredas a tus hijos, para que se conserven sus frutos y de ahí se les aumente su caudal. Y ¿temes dejarles esta escritura más fructuosa que cualquier campo y cualesquiera entradas y que tan grandes frutos produce? ¿Qué estulticia, qué locura es ésta? Y eso aun sabiendo que aunque dejes la escritura a tus hijos, sin embargo al partir de este mundo la llevas contigo. Porque así son las cosas espirituales y gozan de amplia largueza. No seamos pues tan apocados ni resultemos tan inhumanos con nosotros mismos; sino tomemos esta valiosa mercancía, para que al salir de esta vida la llevemos con nosotros y sin embargo la heredemos al mismo tiempo a nuestros hijos, y consigamos los bienes futuros, por gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, al cual, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXVII (LXVIII)

Entró Jesús en el templo y arrojó a todos los que en el templo compraban y vendían; y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los que vendían palomas. Y los amonestó diciendo: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración, mas vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones (Mt 21, 12-13).

ESTO MISMO refiere Juan, pero lo hace al principio de su evangelio, mientras que Mateo lo hace al fin. Por esto es verosímil que haya sucedido dos veces y en diversas fechas. Y esto parece claro así por el tiempo, como por la respuesta. Pues la primera vez sucedió en el tiempo de Pascua; ahora en la Pascua misma. Entonces dijeron los judíos a Jesús: Qué senal nos das. 333 Acá, en cambio, callan aun cuando El los reprende, porque ya todos admiraban a Jesús. Pero de aquí resulta una más grave acusación contra los judíos, pues perseveraron en semejante comercio a pesar de que Jesús procedió contra él una y dos veces. Y lo llamaban adversario del Padre, cuando 1o conveniente era aprender que El daba al Padre el debido honor y que poseía un gran poder. Porque ya había hecho muchos milagros y veían que sus obras estaban de acuerdo con sus palabras.

Pero ni así se dieron por vencidos, sino que se indignaban a pesar de oír al profeta que así clamaba y traía al medio a los ninos de muy corta edad que lo proclamaban. Por esto Jesús al reprocharlos, les presenta a Isaías, que dice: Mi casa será llamada casa de oración. Y manifestó su poder no únicamente con este hecho, sino con curar a diversos enfermos. Pues dice el evangelista: Se le acercaron los cojos y los ciegos y los curó: así demostró su fuerza y poder. Pero ellos, ni así dieron su brazo a torcer, sino que, al oír a los ninos que lo ensalzaban y vieran sus milagros, se ahogaban de ira y le decían: ¿No oyes lo que éstos dicen? Esto podía Cristo haberles dicho a ellos: ¿No oís lo que estos ninos dicen? Porque los ninos lo ensalzaban como a Dios. ¿Qué hace Cristo? Como contradecían lo que era evidente, más acremente los reprende diciendo: ¿No habéis leído nunca que: De la boca de los pequenos y de los ninos de pecho te procuraste alabanza? 334 Bellamente dijo: De la boca, pues aquellas palabras no procedían de la mente y pensamiento de ellos, sino la lengua aún tierna de los ninos era dirigida por la virtud de El. Era eso figura de los gentiles que apenas balbucía, pero luego con ánimo y su fe grandemente lo ensalzaron y fue un consuelo grande para los apóstoles; pues para que no dudaran de cómo unos hombres rudos podrían llevar adelante la predicación, estos ninos se adelantaron y les quitaron del ánimo semejante angustia; y les dieron esperanzas de que quien dio a los ninos capacidad para cantar himnos, también a ellos les daría la facilidad para expresarse. Aparte de que con aquel milagro se demostró que era El el creador de la naturaleza. De manera que los ninos, a pesar de su tierna edad, hablaban cosas de buen augurio y que decían bien con lo celestial; mientras los judíos hablaban cosas redundantes en locura y furor. Así es la perversidad. Muchas cosas había que podían conmoverlos: las turbas, el haber arrojado a los vendedores, los milagros, los ninos que cantaban; pero El los abandona para dar lugar a que se aplaque su hinchazón y su rabia; y no quiso ensenar entonces para que no llevaran pesadamente su doctrina, pues estaban ardiendo en ira y envidia.

Al amanecer, mientras hacía el camino de retorno a la ciudad, sintió hambre. ¿Cómo fue que tuviera hambre al amanecer? Pues cuando El se lo permitió a la carne, entonces se manifestó esa hambre. Y viendo una higuera cerca del camino se llegó a ella. Y no le encontró sino hojas. Otro evangelista anade que aún no era tiempo del fruto. Pero entonces ¿cómo es que otro evangelista dice: Se acercó por si acaso encontraba en ella fruto? Aquí es cosa clara que el evangelista habla de lo que pensaban los discípulos, pues con frecuencia los evangelistas exponen las opiniones de los discípulos. Eran éstos aún un tanto imperfectos. Y así como pensaban lo anterior, así les sucedía al creer que Jesús maldecía la higuera porque no llevaba fruto. Mas ¿por qué fue maldecida? Por razón de los discípulos, a fin de que tuvieran confianza.

En efecto: Jesús por dondequiera dispensaba beneficios y a nadie castigaba; y sin embargo, era necesario dar un ejemplo de su potestad para castigar, para que supieran tanto los discípulos como los judíos que El, pudiendo acabar con los que lo crucificaron, sin embargo de buena gana les permitió que lo crucificaran y no los destruyó. Pero no quiso hacer demostración en los hombres, sino que dejó ejemplo de su poder de castigar en un árbol. Pero cuando tales demostraciones se llevan a cabo en algunos sitios, o árboles o animales irracionales, no te eches a inquirir con vana curiosidad, ni preguntes: ¿Con qué justicia fue secada la higuera, no siendo tiempo de que llevara fruto? Tal pregunta es vanísima. Atiende mejor al milagro, admíralo, glorifica al autor de los milagros. Lo mismo preguntaron muchos con ocasión de las piaras ahogadas en el lago, inquiriendo la justicia de lo hecho. Pero no hay que hacerles caso: al fin y al cabo los cerdos carecían de razón, lo mismo que la higuera carecía de alma.

Pero en fin: ¿por qué se llevó a cabo así la cosa y por qué la ya dicha fue la razón de la maldición aquella? Como ya indiqué, todo eso era lo que pensaban los discípulos. Sin motivo dicen algunos que en eso de no ser el tiempo de llevar fruto, se significa la Ley; pues al fin y al cabo, el fruto de la Ley era la fe; y ya había llegado el tiempo de la fe, fruto venido de la Ley. Pues dice Jesús: Ya las regiones están blanqueando para la siega; y también: Yo os he enviado a segar lo que vosotros no habéis trabajado. 335 Pero nada se deja entender aquí acerca de la Ley, sino que el hecho declara la potestad vindicativa de Jesús. Al decir: Aún no era tiempo, se significa que Cristo vino a la higuera no precisamente porque tuviera hambre, sino por razón de los discípulos, los cuales se admiraron grandemente, aún cuando ya habían visto senales más maravillosas. Pero este Caso era insólito, ya que por vez primera Cristo manifestaba su potestad de castigar.

Por eso hizo el milagro no en otro árbol, sino en ese que es abundantísimo en savia, para que por aquí apareciera ser un milagro mayor. Y para que veas que por ellos fue hecho, para que se les acrecentara la fe, oye lo que sigue. ¿Qué es lo que dice? Vosotros si queréis creer haréis milagros mayores y si confiáis en la oración. ¿Adviertes cómo todo fue hecho por razón de ellos, a fin de que no temieran las asechanzas? Por esto lo repite para persuadirlos a que insten en la oración y confiadamente crean. En cambio los judíos, arrogantes e hinchados de soberbia, para poner mácula en su doctrina le preguntan: ¿Con qué autoridad haces esto? No pudiendo negar los milagros, le objetan el echar del templo a los vendedores y haberlos reprendido.

Del mismo modo aunque no con las mismas palabras le preguntan, según Juan, y expresan la misma sentencia. Porque le dicen: ¿Qué senal nos presentas que te acredite para proceder así? 336 Pero allá les responde: Destruid este templo y en tres días lo reedificaré. Mientras que acá los deja en duda. Por aquí se ve que aquel, suceso se verificó al principio cuando comenzaba a hacer milagros y esto otro ya al fin. Y lo que le quieren decir es lo siguiente; ¿Te has convertido en maestro? ¿has sido consagrado sacerdote, pues tanta potestad has demostrado? Cierto que El nada exigió con arrogancia sino únicamente miró por el honor y decoro del templo. Pero ellos, no teniendo ninguna otra cosa que achacarle, aprovechan esta ocasión de acusarlo. Y al tiempo en que arrojaba del templo a los vendedores, nada le dijeron ni se atrevieron, pues acababa de hacer milagros; pero después, cuando lo encontraron, comenzaron a increparlo.

?Qué hace El? No responde directamente a lo que le preguntan, ni les pone de manifiesto que ellos mismos, si quisieran, podían ver su poder; sino que les opone otra pregunta a su vez: ¿El bautismo de Juan de dónde procedía? ¿Del cielo o de los hombres? Preguntarás que tal pregunta qué tiene que ver con lo que se trataba, Pero perfectamente viene bien. Pues si decían que del cielo, les replicaría: Entonces ¿por qué no creísteis en él? Puesto que si hubieran creído no le habrían ellos hecho su pregunta. Pues Juan había afirmado de El: No soy digno de desatar la correa de sus sandalias. 337 Y también: He aquí el Cordero de Dios que carga sobre sí el pecado del mundo; y también: El es el Hijo de Dios; y además: El que viene de arriba es superior a todos; y: Trae en su mano el bieldo, y limpiará su era. 338 Si pues hubieran creído en Juan, nada les podía impedir que vieran con qué potestad Jesús hacía lo que hacía. Mas como ellos, con maligna intención, le contestaron: No lo sabemos, no les respondió El: Pues tampoco yo sé; sino ¿qué?: Pues tampoco yo os diré con qué potestad hago esto. Si ignoraban convenía ensenarlos; pero como procedían con malicia, con todo derecho nada les responde. Y ¿por qué no dijeron que el bautismo de Juan venía de los hombres? Dice el evangelista que temían a las turbas. ¿Adviertes lo perverso de su corazón? Siempre desprecian a Dios y todo lo hacen por humanos respetos. A causa de los hombres temían a Juan, no porque lo reverenciaran, sino únicamente por motivo de los hombres. Y por causa de los hombres tampoco querían creer en Jesucristo, lo que fue para ellos origen de todos los males.

Luego les dijo Jesús: ¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Y dijo al primero: Anda hoy a trabajar en la vina. Pero él le respondió: No quiero. Mas después, arrepentido, fue. Y dijo al segundo lo mismo. Y éste le contestó: Voy, pero no fue, ¿Quién de los dos hizo la voluntad de su padre? Le responden: El segundo. De nuevo mediante parábolas los confunde, dando a entender tanto la perversidad de ellos, como la obediencia de las gentes reprobadas. Porque estos dos hijos significan lo que sucedió con los gentiles y con los judíos. Los gentiles, que no habían prometido obediencia ni conocían la Ley se mostraron obsecuentes con sus obras. En cambio los judíos, tras de haber dicho: Todo lo que ha dicho el Señor Dios lo escucharemos y lo haremos, 339 con las obras no obedecieron. Pues para que no creyeran que la Ley les servía de algo, les demuestra que ella misma los condena. Así lo dice también Pablo: No los que oyen la Ley son justos ante Dios, sino los que cumplen la Ley serán justificados. 340 De modo que para que ellos mismos por su propio juicio se condenen, Jesús de tal manera maneja el negocio que pronuncien su propia sentencia.

Lo mismo hace en la siguiente parábola de la vina. Y para mejor conseguirlo introduce otra persona sobre la cual recaiga la acusación. Puesto que no querían directamente confesar ser ellos el hijo desobediente, mediante otra parábola los lleva a donde El quiere. Y cuando ellos, por no entender a dónde se dirigía lo que les decía, sentenciaron, entonces El les declaró lo que detrás de la parábola se ocultaba. Pues les dijo: Los publicanos y las meretrices se os adelantarán en el reino de los cielos. Vino Juan a vosotros predicando el camino de la justicia y no le creísteis; pero los publicanos sí le creyeron. Y vosotros ni aun viendo esto os habéis después arrepentido ni creído en él.

Si solamente hubiera dicho: las meretrices os precederán, esa palabra les habría parecido dura: ahora, en cambio, una vez que ellos mismos pronunciaron la sentencia, parece más suave. Por esto anadió el motivo. ¿Cuál fue? Les dice: Vino Juan a vosotros y no a los publicanos y meretrices. Y no sólo eso, sino que vino predicando el camino de la justicia. Y no lo podéis acusar de haber sido ni tardo ni inútil, pues su vida 'estuvo libre de culpa en absoluto y disfrutó de una singular providencia; y sin embargo no le hicisteis caso. Además hay otra acusación contra vosotros: que los publicanos sí lo escucharon', y de aquí se sigue una tercera, pues vosotros, ni aun después de ver eso le creísteis. Convenía que vosotros fuerais los primeros en creer; pero que no lo hicierais ni aun después de ellos, no merece perdón: la eximia alabanza que ellos merecen aumenta vuestra culpa. A vosotros vino y no lo recibisteis; no vino a ellos y ellos lo recibieron: ni siquiera admitís a éstos como maestros.

Observa con qué cantidad de razones se justifica la alabanza de aquéllos y se demuestra la culpa de estos otros. A vosotros vino y no a ellos. Vosotros -no le creísteis pero eso no fue obstáculo para los publicanos y meretrices. Ellos le creyeron, pero en nada os aprovechó a vosotros. -Porque la palabra os precederán no se dice como si los judíos los hubieran de seguir, sino como una esperanza que les queda con tal que quieran, Porque a los que son rudos nada los excita tanto como la emulación. Por lo cual dice constantemente: Los primeros serán últimos y los últimos serán primeros. Y así hace memoria de los publicanos, y las meretrices para inflamarlos en celo de emulación. Porque dos son los pecados nacidos del defecto de fervor: el excesivo amor de los bienes del, cuerpo y el excesivo de los bienes de fortuna y dineros. Y así les demuestra que esto es de verdad obedecer a la ley de Dios, el dar fe al Bautista. Y que las meretrices entren al reino de los cielos, no es cosa simplemente de gracia, sino también de justicia; porque no entran permaneciendo meretrices, sino obedeciendo y creyendo y limpias y habiendo cambiado de vida.

?Adviertes cómo mediante la parábola y el haber hecho mención de las meretrices convierte el discurso en más breve y menos molesto? Porque no dijo al punto: ¿Por qué no creísteis al Bautista? sino, lo que era más picante aún, lo dijo solamente tras de haber conmemorado a los publicanos y a las meretrices;, y así por el orden mismo de la materia' los acusa de indignos de perdón y les demuestra que en todo proceden por temores humanos y ansias de la gloria vana. Puesto que ellos no confesaban a Cristo por temor de ser expulsados de la sinagoga; ni tampoco se atrevían a reprender al Bautista, no por piedad con él, sino por miedo a las turbas. Todo eso lo probó con lo dicho antes; pero luego les causó una más grave herida al decirles: Y vosotros, viendo aquello no hicisteis penitencia ni le creísteis. Porque cosa mala, es no escoger desde luego lo, bueno; pero mayor pecado es no cambiar más adelante. Esto fue lo que sobre todo a muchos los hizo malvados, como lo advierto en cantidad de hombres, a causa de su extrema necedad. Os ruego que no seáis así vosotros, sino que aun cuando hayáis caído en lo más profundo de la maldad, no desesperéis de poder volver a lo que es mejor: cosa fácil es, al fin y al cabo, salir de las profundidades de la perversidad.

?Ignoráis acaso cómo aquella meretriz que a todas las mujeres superaba en lascivia; luego las venció a todas en piedad? Y no me refiero a aquella de la cual habla el evangelio, sino a la otra que en nuestros días fue la más malvada de cierta ciudad de Fenicia. Esta meretriz entre nosotros vivía y sobresalía en las representaciones teatrales y su fama en todas partes era celebrada y no en sola nuestra ciudad, sino también entre, los, de Cilicia y Capadocia. Consumió las riquezas de muchos, acabó con muchos pupilos y se decía que usaba de malas artes y que tendió sus redes no únicamente con la belleza de su cuerpo sino además con sus maleficios. Enredó al hermano de la emperatriz, pues tenía gran fuerza para tiranizar. Pero de pronto, no, sé cómo -o por mejor decir lo sé perfectamente espontáneamente cambió de vida, alcanzó gracia de Dios, despreció toda aquella maldad; y habiendo hecho a un lado los atractivos demoníacos, corrió hacia los cielos.

Esto a pesar de que nadie había más torpe que ella cuando se mostraba en el teatro. Pero luego superó a muchas en la castidad y todo el tiempo lo pasaba cenida de cilicios. No faltaron algunos que presionaran al prefecto de la ciudad, con el objetó de volverla al antiguo modo; pero ni aun los soldados con armas pudieron llevarla a la escena ni apartarla del coro de vírgenes que la habían recibido. Se hizo digna de los sagrados misterios y mediante la gracia alcanzada de Dios, tras de haber demostrado un empeno en la virtud digno de aquel favor, así terminó su vida. Borró todos sus pecados con la gracia y después del bautismo demostró muy grande virtud. Jamás quiso ya recibir a sus antiguos amantes sino que a sí misma se encerró y pasó muchos anos como en una cárcel. Así serán últimos los primeros y los primeros serán últimos. Y así necesitamos nosotros de un ánimo fervoroso, pues nada impide que nos tornemos grandes y dignos de admiración.

En conclusión, que nadie, aunque viva en maldad, desespere; que nadie dormite en el ejercicio de las virtudes. Pero que tampoco se confíe, pues con frecuencia sucederá que la meretriz se le adelante. Ni el otro desespere pues podrá adelantarse aun a los primeros. Oye lo que dice el Señor a Jerusalén: Yo dije, una vez que fornicó en todas las cosas: Vuélvete, y no se convirtió. 341 Es que cuando vamos al Señor con un fervor ardiente, él ya no se acuerda de las culpas pasadas. No es Dios como los hombres; no echa en cara' lo pasado ni dice: ¿Por qué anduviste lejos tanto tiempo? con tal de que hagamos penitencia. Nos ama en cuanto nos volvemos a El, con tal de que nos acerquemos en forma conveniente. Unámonos pues a El intensamente y traspasemos nuestros corazones con su santo temor. Esto se ve no solamente en la Ley nueva, sino también en la Antigua.

?Quién peor que el rey Manasés? Y sin embargo, pudo aplacar a Dios. ¿Quién más feliz que Salomón? Y sin embargo se descuidó y cayó. Más aún: puedo demostrar ambas cosas en su padre, pues fue bueno y malo. ¿Quién más feliz que judas? Y acabó en traidor. ¿Quién más mísero que Pablo? Pero se hizo apóstol. ¿Quién más pecador que Mateo? Y fue evangelista. ¿Quién más digno de alabanza que Simón? Y cayó más miserablemente que todos. Y ¿cuántos cambios semejantes puedes contemplar antiguos y recientemente sucedidos? Por lo cual repito: no desespere ni el comediante, pero tampoco se fíe quien está en la iglesia. A éste se le dice: El que crea estar en pie, vea no caiga 342 Y al otro: ¿Acaso el que cae no se levantará? 343 Y también: Robusteced las manos tardas y las rodillas débiles. 344 De nuevo a aquéllos se les dice:!Vigilad!; y a éstos: Despierta tú que duermes y levántate de entre los muertos. 345 Porque aquéllos deben conservar lo que poseen; y estos otros tornarse lo que no son. Aquéllos deben cuidar y conservar su salud; éstos deben librarse de su enfermedad: están enfermos, pero muchos enfermos han recobrado la salud; y los sanos, si se descuidan caen en enfermedad.

Por eso dice Cristo a éstos: Mira, estás curado: no peques más, no sea que te suceda algo peor; mientras que a los otros dice: ¿Quieres ser sano? Toma tu camilla y vete a tu casa. 346 Porque ciertamente es grave parálisis el pecado, es grave. Ni es solamente parálisis, sino algo más grave. Porque el pecador no únicamente se priva de bienes, sino que anda ejercitando el mal. Pero aunque en ese estado te encuentres, si tienes una poca de voluntad de salir de él, se remediarán todos los males. Aunque lleves ya treinta y ocho anos de enfermedad, si quieres recuperar la salud, nada lo impide. Todavía ahora se presenta Cristo y te dice: Toma tu camilla. Con tal que quieras, levántate y no desesperes. No tienes un hombre que te baje a la piscina, pero tienes a Dios. No tienes quien te ponga en la piscina, pero tienes al que puede no permitir que necesites de la piscina. No tienes quien te baje, pero tienes al que puede ordenarte tomar tu camilla.

Aquí no puedes decir: Para cuando yo desciendo ya otro ha bajado antes que yo. Porque si lo quieres, nadie te impide que bajes a la fuente; porque es fuente que, perpetuamente mana y de su plenitud todos recibimos la salud de alma y cuerpo. La gracia no se consume, no se gasta. Acerquémonos, pues, también ahora. Meretriz era Raab y fue conservada; homicida era el ladrón y fue hecho ciudadaño del paraíso. Judas, companero de Jesús, fue a la perdición. El ladrón, estando en la cruz, se convirtió en discípulo. Tales son las maravillas de Dios. Así fueron aceptos los magos; así el publicano quedó hecho evangelista; así Pablo, el blasfemo, fue hecho apóstol.

Advierte a tales hechos y nunca desesperes, sino siempre confía y excítate a ti mismo. Lo único- que has de hacer es comenzar el camino que a eso conduce y apresurar el paso. No cierres las puertas, no tapies la entrada. Breve es el tiempo presente y pequeno el trabajo. Pero ni aunque fuera grande deberías desesperar. Aunque ahora no tomes sobre ti el bellísimo trabajo que consigo llevan la penitencia y la virtud, ciertamente en el mundo tendrás que trabajar y sudar de otro modo. Pero si en la virtud y en lo mundaño hay trabajos, ¿por qué no tomas el que produce gran fruto y lleva consigo excelente recompensa? Aunque a decir verdad, no es igual el trabajo en lo uno y en lo otro. Porque en las cosas mundanas hay frecuentes peligros, daños continuos que se suceden unos a otros, es incierta la esperanza, mucha la sujeción y dispendios de dineros, de fuerzas corporales y del alma y la cantidad de frutos es mucho menor de lo que se esperaba, si es que algunos se logran, pues los sudores en los negocios seculares, no, siempre fructifican.

Pero aun cuando no fracasen, aun cuando produzcan, abundante fruto, permanecen por poco tiempo. Pues cuando, envejezcas y no puedas ya disfrutar de ellos a tu' talante, será cuando recibas el pago y recompensa. De manera que el trabajo se toma cuando el cuerpo está en su vigor, mientras que el placer y deleite viene cuando el cuerpo está ya debilitado por la ancianidad y el tiempo ha amortecido los sentidos aunque no los haya destruido en absoluto, de manera que el temor de la muerte no deja ya disfrutar de los dichos placeres. En cambio en los negocios del espíritu las cosas van por otro camino: el trabajo está en la corruptibilidad y muerte del cuerpo, pero la corona totalmente se encuentra en la inmortalidad que nunca se termina. Precede el trabajo y es breve; viene luego la recompensa y es ingente, para que ya libremente descanses, sin temor de nada desagradable.

Porque allá no hay que temer cambio alguno, desgracia ninguna; como sucede en este mundo. Por lo demás ¿qué clase de bienes son éstos de acá, ni seguros ni duraderos y terrenos y que apenas han aparecido cuando desaparecen y se poseen con infinitos trabajos? ¿Qué bienes habrá iguales a aquellos otros que son inmutables, jamás envejecen, no dan trabajo y te proporcionan las coronas debidas al tiempo mismo de los certámenes? Porque quien desprecia las riquezas recibe ya desde acá su recompensa, pues queda libre de cuidados, envidias, falsas delaciones, asechanzas, iras. Quien es ordenado y vive moderadamente, es coronado y vive entre delicias aun antes de su muerte, libre de desdoro, acusaciones, burlas, peligros, y de todos los demás males. Y cualquier otro género de virtudes nos acarrea ya desde acá de igual modo la recompensa.

Así pues, para que consigamos los bienes futuros y presentes, huyamos de la perversidad y ejercitemos la virtud. Por este medio pasaremos esta vida con placer y lograremos los bienes futuros. Ojalá que todos los alcancemos por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Notas

1 Mt 9, 4

2 Ml 3, 1

3 Mt 13, 55

4 Mt 3, 11

5 Hb 3, 3

6 Mt 12, 42

7 Sal 86, 8

8 Sal 77, 14

9 Ml 4, 5

10 Is 5, 4

11 Sal 51, 6

12 Lc 7, 29

13 Ez 16, 51

14 Is 36, 12

15 Flp 4, 4

16 Rm 6, 17

17 1Co 3, 18

18 Mt 7, 6

19 Rm 10, 3

20 Rm 1, 28

21 1Co 13, 9-12.

22 Mt 7, 14

23 2Co 4, 17

24 Rm 8, 35 y 18.

25 Hch 5, 41

26 Sal 38, 5

27 Za 5, 7

28 Flp 11 , 17 a 18.

29 La expresión del Santo es enérgica

30 Lc 6, 1.-Los fariseos en el acto de cortar las espigas veían la siega, y en el de frotarlas con las manos para sacar el grano veían la trilla: obras ambas prohibidas por la ley en sábado. El texto griego en Lucas dice que en un sábado deuteroproto, como anota el Crisós­tomo. Gran discusión se ha entablado sobre la interpretación de ese segundo primero. Muchos traductores actuales han suprimido en el texto esa expresión y dicen solamente: en un sábado.

31 Jn 5, 7

32 1S 21, 4-7.

33 Hch 2, 29

34 Pasaje oscuro.

35 Os 6, 6

36 Mc 2, 27

37 Nm 15, 33 y sgts

38 Lc 6, 36

39 Ex 12, 16

40 1Co 5, 8

41 Jn 7, 23

42 Jn 5, 17

43 Is 42, 1-3.

44 2Co 10, 6

45 Mt 8, 12

46 Pr 24, 17-18.

47 Qo 7, 3

48 Mt 5, 5

49 Lc 6, 25

50 Os 6, 6 y Mc 2, 27

51 Lc 11, 20

52 Lc 9, 50. 52

53 Se esfuerza cuanto puede el santo por explicar la imperdonabilidad que el texto del evangelio establece. Los teólogos en general entienden por pecado contra el Espíritu Santo el atribuir de mala fe al Malo las obras hechas por el Espíritu de Dios; y a ciencia y conciencia ir con­tra la Verdad que es la que ha de dar la salud, con lo que conscientemen­te se cierra el pecador la puerta de la salvación. Al no arrepentirse de lo malo que conscientemente está haciendo el pecador no puede ser perdo­nado. Se trata, pues, de una opinión directa, formal, constante, deli­beradamente querida y por lo mismo verdaderamente satánica que se hace a la verdad evidente y a la manifestación evidente de la acción del Espíritu Santo, como es el atribuir al demonio las obras que clara y evidentemente son de Dios y esto por pura malicia. De modo que la expresión del Crisóstomo ha de entenderse como si dijera: pues al fin y al cabo no se arrepienten, están endurecidos en el mal. Puede consultarse sobre este punto Cornelio A. Lápide, sobre este lugar de San Mateo y también la Cadena de Oro sobre el mismo texto. A. Lápide, t. V. págs. 306-307 de la edición de París 1891; La Cadena en la vers. castellana del Doctor Ramón Ezenarro, t. II, pág. 181 y sgts. Edición bilingüe. Madrid, 1886. Más brevemente en las notas de Nácar Colunga, etc.

54 1Co 11, 31,

55 Is 43, 26

56 Parece suponer el santo que Saúl no dio su hija Micol como es­posa a David, o que se la dio fingidamente, para tener mejor ocasión de matarlo; pero la narración bíblica no da pie para semejante supo­sición. El anhelo de las aplicaciones morales lo lleva a veces a esas des­viaciones históricas.

57 Otros leen en vez de esa frase: aun cuando no se te dé crédito.

58 Alude a una costumbre oriental de su tiempo, cuando tantos for­mulismos se usaban para impresionar así a los reos como a los expec­tadores.

59 Sal 4, 5

60 1Co 11, 31

61 Mt 27, 63

62 Jn 2, 19

63 Mt 9, 15

64 Jr 7, 17

65 Os 9, 7

66 Mt 24, 21

67 Jn 5, 14

68 Ez 16, 6-9.

69 Is 13, 9

70 Mt 5, 15

71 Ya en otra parte hemos notado lo que parece un descuido del santo al hablar de nuestra Señora y afirmar que Ella no era consciente del misterio que llevaba en su seno, y ahora que nada grande imaginaba acerca de su Hijo. Pugna esto con el mensaje del arcángel Gabriel en la Anunciación, aparte de que aun a San José le dijo el ángel las grandezas del Hijo de la Virgen. Por otra parte, no se ve claro cómo se puedan compaginar con lo de llena de gracia y bendita entre todas las mujeres los defectos que aquí le achacan el santo; y lo hace con las mujeres los defectos que aquí le achaca el santo; y lo hace con insis­tencia; y alude de nuevo en la siguiente Homilía. Lo que aduce del milagro en las bodas de Caná no tiene la fuerza que él le supone: la respuesta de Jesús a su Madre era únicamente para indicarle que la hora de los milagros no era llegada. Los autores anaden que la oración misma de María adelantó esa hora, por lo que Jesús casi al punto procedió a obrar el milagro.

72 Jn 7, 5

73 Mt 13, 55-56 y Mc 6, 3

74 Lc 11, 27-28.

75 Mt 3, 7-9.

76 Jn 8, 39

77 La Biblia de Jerusalén anota: La hora de Jesús es la hora de su glorificación, de su vuelta a la diestra del Padre. El evangelio senala su proximidad. Fijada por el Padre, no podrá ser adelantada. Con to­do, el milagro conseguido con la intervención de María será su anun­cio simbólico.

78 Mc 4, 13

79 Is 5, 4

80 Sal 80, 9

81 Rm 10, 14

82 Lc 9, 12

83 Mt 15, 12

84 Insiste el santo en su tesis de que el comienzo de la salvación toca al hombre. Ya en otras ocasiones hemos advertido que en su tiempo las cuestiones acerca de la gracia no se habían discutido. Más tarde San Agustín estudió profundamente el asunto y llegó a la conclusión de que el hombre necesita de la gracia aun para comenzar, pues dijo el Señor: Sin Mí no podéis hacer nada. Y comenta San Agustín: Y quien dijo nada, no dijo algo, sino nada. La cuestión teológica es profunda y nos llevaría muy lejos el tratarla en una nota. Véanse los tratadistas.

85 He aquí un texto discutido. Parece que el texto original decía simplemente ¿EXEt. Pero otros manuscritos, entre ellos el del santo, dicen ó SoXEl EXELv. Como se ve, el sentido varía mucho. El segundo resuelve la dificultad con decir: lo que aparentemente tiene, es decir, que en realidad no tiene; pero el primero parece más autorizado. La Biblia de Jerusalén pone una nota aclarativa: A las almas bien dispuestas se les dará, además de la Antigua Alianza, el perfeccionamiento de la Nueva; a las mal dispuestas, se les quitará aun lo que tienen, o sea la Ley judía que, abandonada a sí misma, quedará caduca.

86 Is 6, 9

87 Ez 18, 23

88 Is 58, 7

89 Mt 10, 22

90 1Co 16, 13

91 Jn 10, 41

92 Hch 13, 22

93 Mt 8, 20; Lc 9, 58

94 Mt 5, 16

95 Jn 21, 15

96 Mt 7, 16

97 Mt 11, 29

98 Lc 10, 8

99 Mt 10, 9

100 1Co 12, 31

101 Mt 19, 27

102 Mc 4, 33

103 Mt 12, 11

104 Jn 4, 35

105 Lc 10, 2

106 Mt 8, 13

107 Mt 23, 34

108 Is 66, 2

109 Sal 76, 10

110 Sal 34, 19

111 Sal 51, 19

112 Qo 32, 14

113 Mt 5, 8

114 Mt 11, 23

115 Lc 4, 23

116 Lc 11, 14

117 La opinión general actualmente es que Filipo se había divorciado de Herodías.

118 Mc 6, 2-3.

119 Mt 10, 37

120 Am 6, 7

121 Lc 7, 45

122 Gn 1, 11

123 Sal 78, 20

124 Jn 6, 26

125 En griego la palabra riquezas, tiene la misma raíz que el verbo usar. Así, las riquezas las hizo Dios para que circulen y no para amontonarlas o esconderlas bajo tierra.

126 Lc 6, 36

127 1Tm 2, 9

128 Mt 8, 27

129 Mt 23, 9

130 Mt 25, 26

131 Mt 25, 42 y sgts.

132 Mt 24, 11

133 Mt 28, 20

134 Lc 11, 41

135 Os 6, 6<7a>

136 Hch 10, 4

137 Dt 4, 2

138 Ex 20, 12

139 Mc 7, 11

140 Is 29, 13. En el evangelio la cita dice: Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está muy alejado de mí. Es vano el culto que me tributan. Ensenan una religión y unos ritos meramente externos.

141 Hch 10, 14

142 Mt 17, 26

143 Is 1, 15

144 Pr 18, 21

145 Mt 12, 37

146 La idea queda oscura, como ya lo había anotado Migne.

147 1Tm 2, 8

148 Si 18, 16

149 Mc 7, 24

150 Mt 10, 5

151 Sal 45, 11

152 Jn 9, 39

153 Mt 8, 7

154 Lc 8, 46

155 Jn 8, 33

156 Is 1, 18

157 Lc 11, 41

158 Pr 20, 6

159 Lc 6, 36

160 Ex 22, 1

161 Lc 19, 8

162 Qo 34, 20

163 Mc 8, 17-18.

164 Jn 6, 9

165 Mc 8, 12

166 Is 42, 2

167 Sal 72, 6

168 Gn 12, 1

169 2Co 1, 4

170 2R 20, 3

171 2Tm 4, 7

172 Jn 11, 13

173 Jn 6, 63

174 Jn 1, 49

175 Jn 1, 50

176 Lc 10, 22

177 Nótese bien que en este pasaje del evangelio Jesús solamente pro­mete a Pedro el primado, pues todos los verbos están en futuro. Se lo da más tarde en la aparición en el lago de Tiberiades.

178 Mt 24, 35

179 Jn 1, 3

180 Jn 16, 12

181 Lc 18, 34

182 Jn 13, 8

183 Hch 8, 32

184 1Co 7, 23

185 2Co 11, 14

186 Ga 6, 14

187 Sal 23, 4

188 Jr 23, 23

189 Is 58, 9

190 Is 7, 6-9.

191 1Co 2, 9

192 Jn 12, 24-25.

193 Mt 10, 5 y 16-17.

194 Pr 23, 4

195 Qo 30, 1

196 1Co 15, 41

197 Es probable que de aquí tomara el santo, pues convivió con los monjes varios anos, la doxología casi invariable de sus Homilías.

198 Dt 32, 15

199 Dt 6, 11

200 Col 3, 17

201 Lc 12, 7

202 Ga 5, 12

203. Lc 11, 3

204 Ga 1, 4-5.

205 Rm 1, 25

206 Mt 6, 33

207 Jn 12, 25

208 Mt 16, 27

209 Lc 9, 28

210 Mt 20, 22

211 Jn 9, 16

212 Jn 10, 33

213 Ex 32, 32

214 Lc 9, 54-55.

215 Mt 5, 20

216 Mc 14, 31

217 La Vulgata dice haremos, en plural.

218 Mc 9, 6

219 Lc 9, 33

220 Sal 97, 2

221 Sal 104, 3

222 Is 19, 1

223 Hch 1, 9

224 Dn 7, 13

225 Ex 24, 18

226 Sal 18, 12

227 Hb 4, 13,

228 229 Había varios géneros de esta clase de usura. En general, el deu­dor debía ir restituyendo mensualmente la centésima parte del capital, de manera de darlo íntegro en cien meses, además de los réditos que solían ser harto subidos, en especial en negocios de comercio marítimo.

230 Lc 6, 25

231 1Tm 6, 6

232 Jn 6, 25

233 Jn 1, 21

234 Tt 2, 11-12.

235 Ml 3, 23

236 Jn 12, 4

237 Por qué el santo cita sólo una parte del texto y luego sobre esa parte hace la aplicación a la conversión de los judíos? No aparece claro. Quizá en su códice así estaba.

238 Mt 16, 21

239 Mc 9, 32

240 Lc 9, 45

241 Mc 9, 22-23.

242 Este texto parece ser una anadidura posterior. No existe en muchos MNS de Mateo; está en Marcos, pero también ahí se habla de la oración y lo del ayuno parece anadidura.

243 Ez 16, 49

244 1Tm 5, 23

245 Sal 104, 15

246 1Co 6, 9-10.

247 Literalmente hombre de tres codos. Para el santo era ésa la estatura normal del hombre, como se ve en otros sitios de sus obras.

248 Mc 8, 8

249 1R 18, 18

250 1Co 12, 26

251 1Ts 2, 19

252 1Ts 3, 8

253 2Co 2, 4

254 2Co 11, 29

255 2Co 7, 5; y 2Co 11, 26.

256 Hch 20, 30

257 Mt 10, 36

258 Lc 17, 1

259 Dt 32, 8

260 Esta última sentencia parece ser un aditamento posterior.

261 Rm 14, 15

262 Lc 16, 13

263 Mt 6, 14

264 Lc 13, 23, El texto original dice: Uno le preguntó: Señor, ¿son pocos los que salvan? El les dijo: Esforzaos por entrar por la puerta estrecha. No fue, pues, sentencia del Salvador, sino opinión del que le preguntaba. Jesús no responde a la pregunta.

265 Is 13, 22

266 Mt 16, 26

267 Mt 5, 23

268 Mt 6, 12

269 1Co 5, 12

270 Mt 5, 46

271 Mt 21, 31

272 2Co 12, 9

273 Mt 5, 44

274 Jr 8, 14

275 1Co 13, 8

276 Jn 15, 13

277 Lc 23, 34

278 1S 2, 5

279 Mc 10, 26

280 Rm 11, 33

281 Mt 5, 22; Mt 18, 4

282 Mt 10, 25

283 Mt 5, 45

284 Mt 22, 18

285 Dt 24, 1

286 Ga 5, 12. Pablo trata de la circuncisión, pero con sorna se burla de los judíos circuncisos, pues anulaban la ley del evangelio y llega a decirles: ¡Ojalá que -no sólo se circunciden- lleguen hasta mutilarse esos que alborotan. Como se ve, implícitamente condena la mutilación. En la región de los Gálatas, los sacerdotes de Cibeles usa­ban la castración.

287 Lc 8, 10

288 Pr 9, 12

289 1S 28, 15

290 Nótese que el texto griego dice Q~8áoKale, ri áyaBóv aon?Ío'w; Y consiguientemente Jesús le contesta: Ti µe Épwras 7rÉpt rov aya0ow El santo ha seguido la Vulgata.

291 1Tm 6, 10

292 Jn 4, 22

293 Jn 5, 31

294 Mt 7, 11

295 Mt 23, 9

296 Lc 9, 23

297 Lc 18, 27

298 Jr 18, 7-9.

299 Gn 9, 2

300 Mt 4, 19

301 Mt 12, 27

302 2Tm 2, 12

303 Ga 4, 15

304 Mt 10, 39

305 1Co 7, 15

306 Mt 8, 11

307 La última sentencia parece ser anadidura posterior.

308 Ga 1, 15

309 Como se ve, trabaja el santo por hallar una interpretación conve­niente de la parábola; pero quizá no lo logra del todo. Generalmente los autores la explican así: El dueno de la vina, al contratar en esa forma a los obreros da muestras de una bondad que sobrepasa toda justicia, pero sin lesionarla. Así es Dios, que admite en su Reino a los rezagados, como son los pecadores y los paganos. Los llamados en la hora primera son los judíos, beneficiarios de la Alianza con Abraham; pero no deben escandalizarse de tan inmensa bondad, al tratárseles igual que a los otros.

310 1Co 10, 3-5.

311 Mt 5, 22

312 Hb 12, 14

313 Mt 5, 20

314 No se sabe de dónde tomó el santo los datos que aduce. Quizá es simple amplificación oratoria.

315 Jn 13, 15

316 Sal 39, 13

317 1Co 11, 31-32.

318 Hb 1, 13, Hb 7, 8

319 2Tm 4, 8

320 Jn 18, 16

321 Lc 10, 19

322 St 4, 6

323 Sal 51, 19

324 Pr 16, 15

325 Is 66, 2

326 1Tm 3, 6

327 Ex 5, 2

328 Gn 18, 27

329 Za 19, 9

330 Rm 11, 25-26.

331 2Co 12, 15

332 Pr 19, 17

333 Jn 2, 14-18. Solé Roruáa nota: La profanación del templo que hacía del atrio de los gentiles un mercado, puede que sea la misma que Juan narra en Jn 2, 14-18; y que los sinópticos ponen en este con­texto, por ser éste el primer viaje de Jesús a Jerusalén que ellos toman en consideración.

334 Sal 8, 3 y Sal 119, 25

335 Jn 4, 35 y 38

336 Jn 2, 18

337 Lc 3, 16

338 Textos de Juan y Mateo.

339 Ex 19, 8

340 Rm 2, 13

341 Jr 3, 7. El original dice: En vista de lo que había hecho, le dije: No vuelvas a mí. Y no volvió.

342 1Co 10, 12

343 Jr 8, 4

344 Is 35, 3

345 Ef 5, 14

346 Jn 5, 6, 8, 14